

Salmos 119.65-120

UNA EXPLICACIÓN Y APLICACIÓN DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

**LA VERDAD
PARA HOY
UNA ESCUELA DE
PREDICACIÓN IMPRESA**

Tomo 30, N.º 1

SALMOS 119.65-120

Autor: Eddie Cloer

𐤔 — *Tet*

La Palabra que
discierne (119.65-72) 3

𐤕 — *Yod*

La Palabra justa
(119.73-80) 9

𐤑 — *Caf*

La Palabra vigorizante
(119.81-88) 17

𐤌 — *Lamed*

La Palabra establecida
(119.89-96) 23

𐤇 — *Mem*

La Palabra esclarecedora
(119.97-104) 29

𐤍 — *Nun*

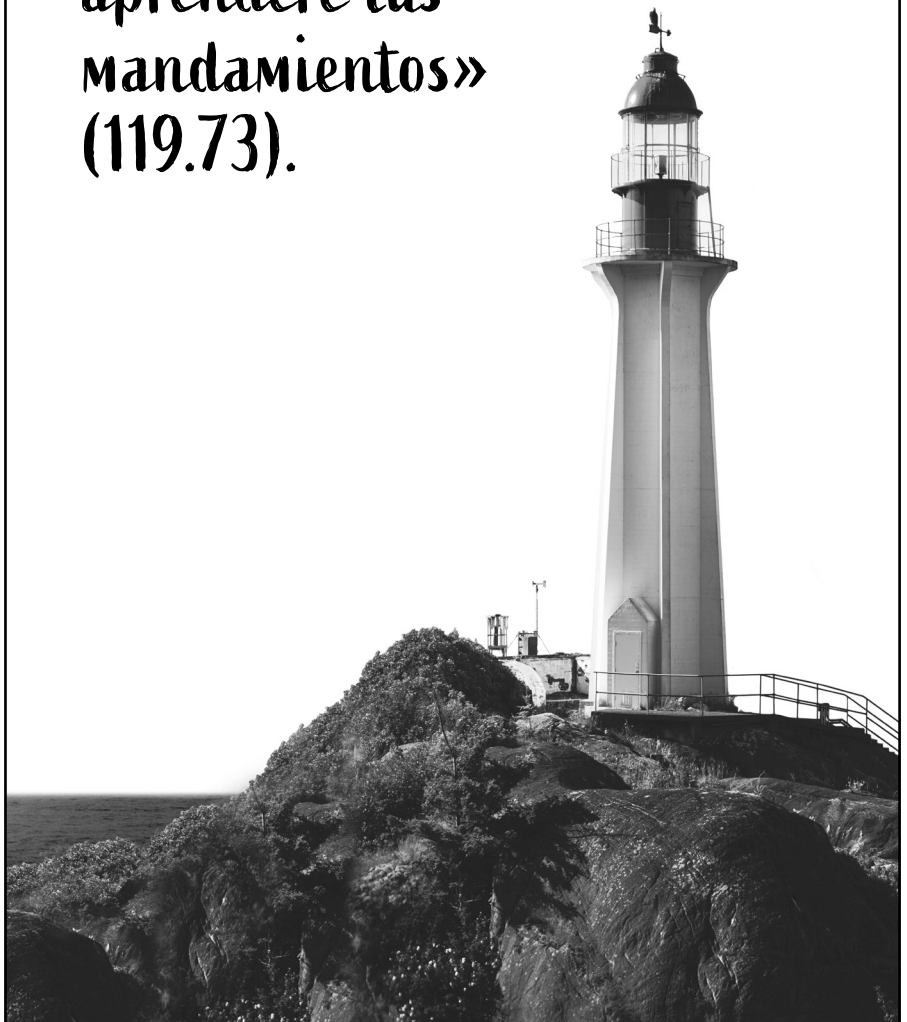
La Palabra que ilumina
(119.105-112) 36

𐤏 — *Sámec*

La Palabra que sustenta
(119.113-120) 44

**EDDIE CLOER, editor
2209 Benton Street
Searcy, AR 72143 - EE.UU.**

«Tus manos me
hicieron y me
formaron;
Hazme entender, y
aprenderé tus
mandamientos»
(119.73).



La Palabra De Dios Y El Pueblo De Dios (Sal 119.97–104)

Dios no olvidará, ni abandonará, ni le fallará a Su pueblo. Su promesa, «No te desampararé, ni te dejaré» (He 13.5b), es más fuerte que los cielos y la tierra. Jesús dijo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24.35).

El pueblo de Dios está estrechamente ligado a Su Palabra. Tenemos que estarlo, porque la Palabra sustenta nuestras vidas. Es apropiado que nos preguntemos: «¿Qué hace Su Palabra por nosotros?». En Salmos 119.97–104 se responde a tan importante pregunta.

Gozo interior. La verdad de Dios trae gozo a Su pueblo. Al vivir con la revelación de Dios, nos regocijamos por su exactitud, sus propiedades sanadoras, su guía absoluta y sus maravillas. Con el salmista, oramos: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca» (119.103). ¡Experimentar la Palabra de Dios nos conduce a una experiencia de vida más plena con Él!

Entendimiento interior. Su Palabra mora en Su pueblo. Podemos decir: «Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos, porque siempre están conmigo» (119.98). Se vuelven «siempre» nuestros a medida que los almacenamos en nuestra memoria, enfocamos nuestra meditación en ellos, los aplicamos fielmente en nuestra vida y permitimos que moldeen nuestra comprensión de Dios y de la vida. Cuando las enseñanzas de Dios viven en nosotros, descubrimos que nuestras mentes se llenan de los pensamientos de Dios.

Preparación para el futuro. Su Palabra nos prepara para lo que está por venir. Somos hechos más sabios que nuestros enemigos y recibimos más entendimiento de Su Palabra que de todos nuestros maestros terrenales. A medida que aprendemos de Dios, obtenemos más entendimiento del que nuestros maestros obtienen de los ancianos que

se sentaban a la puerta¹. Nuestro compromiso es firme: «¡Oh, cuánto [amamos] tu ley! Todo el día es ella [nuestra] meditación» (119.97). Dios va delante de nosotros y nos ha revelado el camino que recorreremos. Nos ha dado conocimiento que nos mantendrá en la fe en cualquier situación.

Seguridad espiritual. Su Palabra nos protege del error. Dios nos ha revelado el camino verdadero. Por medio de la Palabra que mora en nosotros, ha inculcado la verdad en nosotros. Sabemos que cualquier desviación de Su Palabra nos llevará por un camino falso. El verdadero entendimiento proviene de los preceptos de Dios. Con ese entendimiento, podemos fácilmente despreciar y evitar los caminos erróneos que nos llevarán a la muerte. Sus siervos dicen: «De tus mandamientos he adquirido inteligencia; por tanto, he aborrecido todo camino de mentira» (119.104).

Guía fiel. Su Palabra nos coloca bajo Su guía fiel. Reconocemos que Dios es nuestro Líder perfecto y fiel. La sabiduría nos dice que tenemos que ser firmes en vivir diariamente bajo Su tutela y consejo. Gracias a la escucha y la obediencia fieles, podemos decir: «No me aparté de tus juicios, porque tú me enseñaste» (119.102).

Dios no descuidará, ni descartará, ni abandonará a Su pueblo. Se mantiene en contacto con Sus seguidores y los guía por medio de Sus enseñanzas. Como siervos de Dios, mantenemos nuestra relación con Él llevando Sus preceptos en el corazón, orándole y viviendo según Su Palabra. ¿Qué más podemos pedir o desear?

¹ N. del T.: Los «ancianos a la puerta» a los que se refiere el autor era la antigua costumbre que tenían los ancianos de una ciudad de sentarse a la entrada de esta y a donde el pueblo llevaba sus casos para que ellos decidieran (Jos 20.4; Pr 31.23).

Traducido del inglés por Rodrigo Ulate González

Escuela Mundial de Misiones La Verdad para Hoy, es una obra no lucrativa sostenida por las iglesias de Cristo. Enviamos literatura cristiana a 150 naciones del mundo; lamentablemente, la enorme carga financiera de este esfuerzo nos imposibilita conceder peticiones de ayuda económica.

LA VERDAD PARA HOY es una publicación diseñada para alentar a predicadores, maestros y cristianos fieles a la gran tarea de estudiar y enseñar el evangelio. A menos que se indique una versión diferente, todas las citas bíblicas fueron tomadas de la traducción de Reina-Valera, revisión de 1960, © 1960 Sociedades Bíblicas Unidas. Se usan con permiso de la American Bible Society, New York, NY, www.americanbible.org. LA VERDAD PARA HOY © 2026 por TRUTH FOR TODAY, 2209 Benton Street, Searcy, AR 72143 EE.UU.

www.biblecourses.com

La Palabra que discierne

Estrofa 9: *Tet*

⁶⁵Bien has hecho con tu siervo,
Oh Jehová, conforme a tu palabra.
⁶⁶Enséñame buen sentido y sabiduría,
Porque tus mandamientos he creído.
⁶⁷Antes que fuera yo humillado, descarriado
andaba;
Mas ahora guardo tu palabra.
⁶⁸Bueno eres tú, y bienhechor;
Enséñame tus estatutos.
⁶⁹Contra mí forjaron mentira los soberbios,
Mas yo guardaré de todo corazón tus man-
damientos.
⁷⁰Se engrosó el corazón de ellos como sebo,
Mas yo en tu ley me he regocijado.
⁷¹Bueno me es haber sido humillado,
Para que aprenda tus estatutos.
⁷²Mejor me es la ley de tu boca
Que millares de oro y plata.

En la novena estrofa, el autor usa la novena letra hebrea, ט (tet), en su diseño acróstico. Comienza 5 de las 8 líneas con la misma palabra hebrea, טוב (tob), que quiere decir «bueno» (vv. 65, 66, 68, 71, 72). Sin embargo, comienza los versículos 67, 69 y 70 con diferentes palabras tet.

En cuanto a los grandes términos que se usan para la Palabra de Dios en el salmo, 4 aparecen en esta estrofa: «palabra» (vv. 65, 67); «mandamientos» (vv. 66, 69); «estatutos» (vv. 68, 71) y «ley» (vv. 70, 72). Los cuatro términos se repiten, sumando 8 veces el número total de veces que se usan.

Versículo 65. (טוב, tob, «bien».) El salmista comienza la estrofa diciendo: **Bien has hecho con tu siervo, oh Jehová.** La palabra hebrea tob, que transmite la idea de «bien», aparece primero en esta oración, acentuando la naturaleza de la alabanza a Dios que se está ofreciendo. La tra-

ducción literal de la oración hebrea es algo torpe: «Bueno has tratado a tu siervo». La Reina-Valera traduce la palabra tob como «bien». La NIV cambia el sentido de la oración presentándola como una petición: «Haz el bien a tu siervo conforme a tu palabra, Señor». Siguiendo más de cerca el Texto Masorético (TM)¹ y poniendo la oración en pasado, la NASB, la NKJV, la NJB y la NRSV la consignan: «Bien has tratado a tu siervo, oh Señor». La ASV y la KJV consignan de manera similar: «Bien habéis tratado a vuestro siervo».

Este hombre profesa que Dios lo ha cuidado abundantemente. Le ha provisto dándole momentos agradables. Además, en momentos de prueba, lo ha fortalecido de manera especial. Ha visto la misericordia de Dios expresada de múltiples maneras hermosas. En esta parte de su oración, mira atrás y se regocija por lo que Dios ha hecho por él. No le está pidiendo más bondades; se regocija por las innumerables obras de amor que ya le ha concedido.

Dios ha obrado con él **conforme a [Su] palabra** (vea 119.9, 25, 28, 41, 58). Sus promesas se han cumplido en la vida de este hombre, y Sus tiernos dones han sido congruentes con Su amorosa naturaleza y palabras.

A lo largo de esta parte de su oración, el salmista describe la bondad de Dios de varias maneras distintas. Dios ha cumplido Sus promesas siendo un

¹ El término «Texto Masorético» se refiere al «texto recibido del hebreo [Antiguo Testamento], tal como fue anotado para la puntuación (con acentos) y la vocalización (con puntos) por los masoretas (o masoritas), los maestros autorizados de la tradición escrituraria» (Richard N. Soulen y R. Kendall Soulen, *Handbook of Biblical Criticism [Manual de crítica bíblica]*, 3ª ed., rev. y exp. [Louisville: Westminster John Knox Press, 2001], 109).

Maestro fiel; demostró Su bondad rescatándolo de la aflicción; y demostró Su bondad otorgándole Su gracia. Le extendió Su gracia enseñándole valiosas lecciones por medio de sus luchas, y la demostró dándole las preciosas palabras de Su boca por las cuales ha de vivir. El salmo es una revelación de cómo la bondad de Dios fue derramada sobre la vida de este hombre.

Versículo 66. (טוֹב, *tob*, «buen».) El salmista continúa diciendo: **Enséñame buen sentido y sabiduría.** La primera palabra de esta oración no es «bien», como en el versículo anterior; es la forma nominal de la palabra «bondad» (טוֹב, *tub*). La oración dice literalmente: «La bondad del sentido y la sabiduría, enséñame». La mayoría de las traducciones la consignan como «Enséñame buen juicio y conocimiento» (ASV; KJV; NKJV; NRSV). La palabra «bondad» parece modificar tanto «sentido» como «sabiduría», en vista de que ambas provienen de la Palabra buena del Señor.

Tub se relaciona con la reputación de Dios en Salmos 25.7, que dice: «Conforme a tu misericordia acuérdate de mí, por tu bondad [*tub*], oh Jehová». Se usa como un pensamiento alentador para los siervos de Dios que transitan por el valle del sufrimiento: «Proclamarán la memoria de tu inmensa bondad [*tub*]» (145.7a).

El autor ve la bondad de Dios como la motivación de su determinación. Ora diciendo: «Hubiera yo desmayado, si no creyese que veré la bondad de Jehová» (27.13a). La palabra *tob* se usa en 68.10 como referencia al buen corazón de Dios: «Los que son de tu grey han morado en ella; por tu bondad [*tob*], oh Dios, has provisto al pobre». Nuevamente, vemos esta palabra en 31.19: «¡Cuán grande es tu bondad [*tub*], que has guardado para los que te temen, que has mostrado a los que esperan en ti, delante de los hijos de los hombres!». *Tob* siempre se refiere al carácter innato de Dios.

La palabra «sentido» (טָעַם, *ta'am*) se traduce de una palabra que conlleva la idea de «probar», «determinar el valor de» o incluso «descubrir». Se podría usar *ta'am* de la siguiente manera: «Ha experimentado [o “probado”] el deterioro de su salud con su enfermedad». Eliú le dijo a Job: «Porque el oído prueba las palabras, como el paladar gusta lo que uno come» (Job 34.3). El autor desea la capacidad de percibir o identificar la voluntad y los caminos de Dios a partir de Su Palabra.

La palabra hebrea para «sabiduría», דַּעַת (*da'ath*), es el término típico para un conjunto de conocimientos que proviene de la revelación divi-

na. Podríamos sustituir esta palabra con «entendimiento». «Sentido» es la capacidad de entender, comprender o aplicar. «Sabiduría» se relaciona con lo que se ha aprendido del estudio y lo que se ha entendido mediante el discernimiento.

¿Qué desea este hombre de parte de Dios? Desea la capacidad de reconocer la voluntad de Dios y el compromiso interior de elegir y andar en Sus mandamientos y caminos. Desea estar informado de lo que Dios ha dicho y enseñado en Su Palabra. Con un corazón sincero, busca el juicio correcto y el conjunto de conocimiento genuino que solo se puede recibir mediante el manejo adecuado de la Palabra.

De esta manera, su oración se convierte simplemente en «Enséñame», **porque tus mandamientos he creído.** Sería natural que quien confía en Sus mandamientos y los ama deseara una cualidad como el «buen sentido» y un conjunto de entendimiento que se encontraría en la «sabiduría» del Señor.

Versículo 67. (תֵּרַם, *terem*, «antes».) El salmista admite: **Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba.** Ha sido azotado por algún tipo de humillación, como una aflicción. Dejó que la Palabra se alejara de su vida diaria y que su relación con Dios se deteriorara. Las aflicciones siguieron a su descarrío y sirvieron como una especie de disciplina del Señor. Cuando los problemas actúan como disciplina de parte del Señor, se dan con amor para que produzcan el «fruto apacible de justicia» (He 12.11b).

La palabra hebrea que se traduce como «descarriado», שָׁגַג (*shagag*), es un participio y puede transmitir una acción continua, como en «me estaba extraviando» (YLT). Sin embargo, varias traducciones traducen esta frase, «me descarrié» (ASV; KJV; NASB; NKJV; NRSV), utilizando el pasado simple. Quizás deberíamos entender este participio como una acción continua hasta el momento del arrepentimiento.

Habiendo aprendido lecciones de sus desviaciones, el salmista ha vuelto a la fidelidad. **Mas ahora guardo tu palabra,** dice. Ha tomado la decisión de regresar y «ahora» ha vuelto a la rutina de cumplir la «palabra». El término hebreo para «guardo», שָׁמַר (*shamar*), quiere decir proteger, incluso con una cerca. Este hombre se rodea a sí mismo para sentirse constreñido a obedecer cada parte de la Palabra.

Usa el sustantivo hebreo singular אִמְרָה (*'imrah*), que quiere decir «dicho». Esta palabra se traduce

como «promesa» en la NJB. Es posible que el autor se refiera a la promesa general de Dios de que bendecirá a Su nación y a los individuos que se comprometan a obedecer Su Palabra. Un ejemplo de este mandamiento se encuentra en Deuteronomio 6.24, 25, que dice:

Y nos mandó Jehová que cumplamos todos estos estatutos, y que temamos a Jehová nuestro Dios, para que nos vaya bien todos los días, y para que nos conserve la vida, como hasta hoy. Y tendremos justicia cuando cuidemos de poner por obra todos estos mandamientos delante de Jehová nuestro Dios, como él nos ha mandado.

El uso singular del verbo «dicho» puede entenderse como una referencia al mandamiento general que engloba el llamado a obedecer todos Sus mandamientos. Podría ser una referencia específica a manifestar el espíritu de obediencia a los mandamientos de Dios. No es un llamado a la perfección, sino una orden a ser fiel.

Versículo 68. (טוֹב-אַתָּה, *tob-'ttah*, «Bueno eres tú».) Mientras ora por la fidelidad de Dios, este autor prorrumpe en un himno de alabanza, diciendo: **Bueno eres tú, y bienhechor.** Habiendo comprendido que la «bondad» es la naturaleza de Dios, expresa en alabanza que Él es absolutamente «bueno» y que es «bienhechor». El participio que usa, יָטַב (*yatab*), enfatiza la constancia y la bondad perenne.

¿Cómo, entonces, debemos ver el carácter de Dios? Según el salmista, Dios es perfectamente bueno y fielmente activo en hacer el bien. Siempre es bueno y aprueba perpetuamente a quienes hacen el bien. Este hombre sostendría que quien no comprende esta verdad sobre Dios simplemente no lo ha observado de cerca.

Esta verdad es una de las lecciones supremas que podemos aprender sobre Dios, a saber: Él es bueno y hace el bien. Esta verdad se ve constantemente en las oraciones y los cánticos de los salmos. Cuando llegan las dificultades, la humanidad tiende a creer que Dios ha olvidado o ignorado las necesidades humanas y que no es verdaderamente bueno. Este hombre ha optado por creer lo contrario, pues es capaz de ver la bondad de Dios por medio de sus pruebas. En su noche más oscura, puede decir con otro salmista: «Oh alma mía, dijiste a Jehová: tú eres mi Señor; no hay para mí bien fuera de ti» (16.2). También puede decir: «Bueno y recto es Jehová; por tanto, él enseñará a los pecadores el camino» (25.8).

En algún momento de su desconcertante prue-

ba, este hombre reconoce que «Todas las sendas de Jehová son misericordia y verdad, para los que guardan su pacto y sus testimonios» (25.10). Este pensamiento lo lleva al arrepentimiento, y su corazón implora a Dios, como dijo otro salmista: «Por amor de tu nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande» (25.11). Después de este perdón, su cántico podría ser: «Porque tú, Señor, eres bueno y perdonador, y grande en misericordia para con todos los que te invocan» (86.5). Otra estrofa de ese cántico podría revelar, como en 34.8, que Dios es el refugio invisible e invencible: «Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él».

El salmista ciertamente ha encontrado en la disciplina de Dios algo significativo, útil e incluso redentor para él. Como resultado, ora diciendo: **Enséñame tus estatutos.** Anhela Sus «estatutos» porque desea más de la bondad de Dios en su vida. Su deseo es que el Dios «bueno» le enseñe más sobre los «estatutos» que reflejan Sus buenos y justos caminos.

Versículo 69. (תַּפְּלוּ, *tap^elu*, «forjaron».) En su aflicción, el salmista dice: **Contra mí forjaron mentira los soberbios.** Sus enemigos lo rodean y obran malvadamente contra él mediante mentiras y otras acusaciones falsas. Estos audaces enemigos se identifican como los «soberbios» (זֶד, *zed*). Son hombres altivos y presuntuosos que creían que podrían salirse con la suya con sus malvados designios.

«Forjaron [de תַּפַּל, *taphal*] mentira [contra]» él. La palabra que usa se refiere a manchar, encubrir, remendar o cubrir. Transmite, en sentido figurado, que sus enemigos lo han cubierto o encubierto con mentiras, transformando su imagen pública en la de un personaje vil, alguien hipercrítico o que se opone a la voluntad de Dios. Job les dijo a sus cáusticos amigos que aparentemente habían venido a ayudarlo: «Porque ciertamente vosotros sois fraguadores de mentira; sois todos vosotros médicos nulos» (Job 13.4). Los adversarios del salmista vinieron con la intención de destruirlo con un arsenal de mentiras.

Anteriormente en su oración, mencionó a los mismos «soberbios» que lo ridiculizaban «mucho» (Sal 119.51a). Lo ridiculizaron con saña por su insistencia en buscar la voluntad de Dios y comprometerse a seguirla. En 119.61, dijo: «Compañías de impíos me han rodeado, mas no me he olvidado de tu ley». El salmista ve a sus enemigos rodeándolo de falsedades y tratando de contenerlo fuertemente.

En vista de que ellos buscan minimizar su fidelidad a la verdad del Señor, él responde a la maldad de ellos con la espada de la súplica. Le recuerda al Señor que no han logrado ni lograrán desviarle de su búsqueda de la obediencia. Dice en 119.51b: «Mas no me he apartado de tu ley». En 119.61b, ora diciendo: «Mas no me he olvidado de tu ley».

Este salmista promete: **Mas yo guardaré de todo corazón tus mandamientos.** Se está mostrando aún más firme en su obediencia comprometiéndose a observar Sus «preceptos».

Su declaración de compromiso es una de las seis veces que este salmo hace referencia a la idea de poner todo el corazón (vv. 2, 10, 34, 58, 69, 145). Su respuesta a los soberbios es integral. Usa la palabra נָצַר (*natsar*), que quiere decir guardar o vigilar. Se entrega por completo a guardar Sus mandamientos.

En su oración, dice que buscará a Dios (119.2, 10), buscará la obediencia (119.34), buscará la presencia de Dios (119.58) y buscará la voluntad de Dios (119.69, 145) con todo su corazón. ¿A qué debe entregar su corazón un hombre irreprochable? Si tomamos a este hombre como ejemplo, ¿deberíamos buscar a Dios, la obediencia, la gracia y el entendimiento con todo nuestro corazón!

Versículo 70. (תַּפַּשׁ, *tapash*, «cubierto».) Sus enemigos actúan con corazones corruptos. Dice de ellos: **Se engrosó el corazón de ellos como sebo.** Esta es una forma figurativa de describir sus mentes insensibles o rebeldes.

Sus corazones han sido insensibilizados (*tapash*) por el «sebo» (חֵלֶב, *cheleb*) que los envuelve, de modo que ninguna palabra del Señor puede llegar a su ser más profundo. El autor podría usar 17.10 para describirlos: «Envueltos están con su grosura; con su boca hablan arrogantemente». En 73.7a, a los soberbios o arrogantes se les describe de la siguiente manera: «Los ojos se les saltan de gordura». La imaginación de ellos es descrita como si hubieran «corrido» por ahí, causando disturbios; se han burlado y hablado con maldad de la «violencia», como si hacer violencia a otros fuera la forma correcta de actuar (73.7b, 8).

Dios le dijo a Isaías que algunas de las personas a quienes predicaría no lo escucharían, y sus corazones se endurecerían y se volverían insensibles. Serían llevados a esta condición por la predicación y la enseñanza del profeta. Continuarían en su condición endurecida. Se le dijo respecto al pueblo:

Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas

no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad (Is 6.9b, c, 10).

Los enemigos del salmista no desean escuchar el mensaje de Dios. Debido a sus corazones enfermos, no tienen la capacidad de experimentar el placer espiritual de recibir y andar en las verdades de Dios.

El corazón del autor es diferente. Puede decir: **Mas yo en tu ley me he regocijado.** Encuentra gozo en la ley de Dios. La entrada de los preceptos en un buen corazón enriquece incluso a uno que ya es bueno. El corazón malvado no puede continuar en sus malos caminos si la Palabra se arraiga en él. Si este corazón malvado continúa en esa condición, tiene que rechazar la Palabra envolviéndose con sebo para que ninguna palabra del Señor pueda penetrarlo.

Sin embargo, el salmista no solo recibe la Palabra de Dios, también se regocija en ella. La Palabra es el deleite de su vida. La ve como su mejor consejera (119.24). Es portadora de la compasión de Dios, y la recibe con alegría de corazón (119.77; Hch 2.41). Su deleite en ella contribuye a su salvación (119.92). Encuentra en la Palabra de Dios la respuesta a sus ambiciones más admiradas y deseadas (119.174). En tiempos de prueba, acude a la Palabra en busca de consuelo y gozo (119.143). El autor se regocija perpetuamente en la ley de Dios. Como consecuencia, ha permitido que este gozo moldee su personalidad y espíritu.

Versículo 71. (טוֹב-לִי, *tob-liy*, «bueno me es...».) Este hombre admite: **Bueno me es haber sido humillado.** Sorprendentemente, ha surgido una experiencia de aprendizaje en medio de su aflicción. Después, puede decir que está agradecido por sus aflicciones porque lo han llevado a la Palabra de Dios.

Ve la mano de Dios en este desarrollo. Según él, la bondad de Dios es evidente en todas partes, incluso en medio de sus aflicciones. Dios no crea el mal, sin embargo, puede extraer el bien del mismo. Este hecho se revela en el significado básico de Romanos 8.28: «Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados».

El autor ora diciendo: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba» (Sal 119.67a). Quizás su descarrío lo llevó a la aflicción. En la oscuridad de sus luchas, logra recordar la belleza y el signi-

ficado de las enseñanzas de Dios. En 119.67b, dice que ha aprendido a guardar los preceptos de Dios.

Nuestros problemas a menudo nos recuerdan lo que una vez tuvimos y nos ayudan a reconocer que necesitamos volver a esas cosas buenas. A veces nos inspiran a procurar lo que deberíamos haber procurado antes de caer en el valle de la desesperación. Dios ayudó a la situación de este hombre, transformándola mediante Su gracia y llevándola a una consumación de aprendizaje.

Este hombre le dice a Dios que está agradecido por sus luchas porque le ayudan a **[aprender] [Sus] estatutos**. Ofrece una afirmación rotunda. En medio de su sufrimiento, recurre a los «estatutos». Al aprenderlos, comienza a regocijarse en ellos. Este resultado misericordioso llena su corazón con cánticos de gozo.

Tenemos que ser guiados a estudiar la Palabra de Dios. Sabemos que debemos estudiar los preceptos de Dios, sin embargo, por diversas razones dejamos de concentrarnos en ellos. Dios nos permite saborear los amargos frutos de nuestros fracasos, y es entonces cuando recobramos la consciencia y nos vemos como realmente somos. Todo esto se une y engendra nuestra profunda determinación de volver a la obediencia y encontrar vida en la Palabra de Dios.

Versículo 72. (טוֹב-לִי, *tob-liy*, «mejor para mí».) Este siervo, gracias al crecimiento en Dios que ha experimentado, ha llegado a considerar **la ley de la boca** de Dios como el tesoro máspreciado, **mejor para él que millares de oro y plata**. La frase «tu boca» enfatiza el carácter superlativo de la Palabra de Dios. Para el salmista, volverse a Dios es renovar el compromiso de obedecer las palabras que salen de Su boca. Más adelante ora diciendo: «Vivifícame conforme a tu misericordia, y guardaré los testimonios de tu boca» (119.88).

Toda palabra que sale de la boca de Dios posee autoridad divina. Siendo Él el Creador, Gobernante y Sustentador de todas las personas, Su voz es la voz suprema de autoridad. Sus palabras tienen precisión divina. Quien las pronunció es el Dios de absoluta perfección. Sus palabras no tienen defectos. Además, Sus palabras son eternas. Han sido infundidas con Su aliento y naturaleza eternos.

Las palabras de la boca de Dios le dan al autor el mensaje correcto. En consecuencia, solo enseñará lo que el Señor le ha dicho que enseñe (119.13). Por estas razones, considera que las palabras de Dios superan todo lo valioso que los hombres conocen.

Las palabras de Dios son diferentes a todas las

demás y llevan en sí mismas su propia autenticidad. Los nobles y humildes de la tierra temblarán ante ellas. Incluso los reyes las recibieron: «Te alabarán, oh Jehová, todos los reyes de la tierra, porque han oído los dichos de tu boca» (138.4). El salmista cree que cualquiera que lea las palabras de Dios y medite en ellas creará que son inspiradas por Dios.

Sus palabras tienen cierta pureza y solo pueden clasificarse como «verdad absoluta». De Él proviene únicamente verdad eterna (119.111a). Sus palabras son siempre justas. Dios puede decir: «Justas son todas las razones de mi boca; no hay en ellas cosa perversa ni torcida» (Pr 8.8). Las palabras de Dios crean una corriente de agua viva que trae vida eterna. Su boca, como «la boca del justo», es fuente de vida, fuente de conocimiento eterno y fuente de sabiduría (Pr 10.11; 10.31).

El verdadero profeta recibía sus mensajes fieles de la boca del Señor, no de la imaginación humana. Jeremías, hablando palabras del Señor, dijo:

No escuchéis las palabras de los profetas que os profetizan; os alimentan con vanas esperanzas; hablan visión de su propio corazón, no de la boca de Jehová (Jer 23.16b).

Una de dos, el mensaje del profeta provenía de la boca del Señor o era vano. A Ezequiel se le dijo: «A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por atalaya a la casa de Israel, y oirás la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte» (Ez 33.7).

Toda vida verdadera proviene de la obediencia a la Palabra de Dios. Jesús, en Su respuesta a la primera tentación de Satanás, lo dejó claro citando Deuteronomio 8.3: «Escrito está: No solo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4.4).

Pedro escuchó a Jesús decir: «todo aquel que oyó al Padre, y aprendió de él, viene a mí» (Jn 6.45b). Jesús dijo que Él es «el pan vivo que descendió del cielo» (Jn 6.51a). Dijo con vehemencia: «... si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo» (6.51b). Al escuchar esta palabra eterna de nuestro Salvador, Pedro respondió: «Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente» (Jn 6.68b, 69). Solo las palabras de la boca de Dios abren el camino a Su hogar.

Las palabras divinas de Dios son el tesoro del corazón del siervo. Han sido «para siempre [establecidas]» (119.152), y él las anhela (119.131). Dice: «tu ley es mi delicia» (119.77, 174). La ley es

el deleite del siervo (119.174), porque sabe que Dios las ha pronunciado con Su boca (119.88). Está dispuesto a esperar Sus palabras porque las ama (119.163b).

Con un corazón que ama la verdad de Dios, reconoce que nada en la tierra física es más valioso para él que la santa Palabra de Dios. Sabe que nada —ninguna palabra, ningún hecho, ningún tesoro— es más espiritual, más perdurable ni más valioso que las palabras que salen de la boca de Dios.

Lo anterior quiere decir que jamás puede avergonzarse de las palabras de Dios. Cuando se presenta la oportunidad, dice: «Hablaré de tus testimonios delante de los reyes, y no me avergonzaré» (119.46). El corazón del salmista rebosa de reverencia por la verdad divina que posee. Los príncipes podrían perseguirlo, sin embargo, él puede decirle a Dios: «Pero mi corazón tuvo temor [“reverencia”; NASB] de tus palabras» (119.161).

Usando otra metáfora, dice: «¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras! Más que la miel a mi boca» (119.103). Continúa diciendo: «Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, porque son el gozo de mi corazón» (119.111). La posesión más preciada de este hombre es la Palabra divina que Dios le ha dado. Ve este don de Su voluntad como eterno: «Hace ya mucho que he entendido tus testimonios, que para siempre los has establecido» (119.152). Es como si hubiera encontrado un tesoro invaluable de Dios: «Me regocijo en tu palabra como el que halla muchos despojos» (119.162). Ve estas palabras como evidencia de la bondad de Dios:

«De generación en generación es tu fidelidad; tú afirmaste la tierra, y subsiste» (119.90). Considera estas palabras como perlas justas de verdad: «Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia» (119.172).

La elevada visión que este hombre tiene de la Palabra eleva los mandamientos de Dios por encima de las cosas más preciadas de su mundo del Antiguo Testamento. Una elevación como esta es similar a lo que un salmista le dijo al hombre que teme al Señor:

¿Quién es el hombre que teme a Jehová?
Él le enseñará el camino que ha de escoger.
Gozará él de bienestar,
Y su descendencia heredará la tierra.
La comunión íntima de Jehová es con los que
le temen,
Y a ellos hará conocer su pacto (Sal 25.12–14).

¿Qué valor podríamos darles a las palabras que nos han llegado de la boca de Dios?

LA ESTROFA TET EN HEBREO

- טוֹב עֲשִׂיתָ עִם-עַבְדְּךָ יְהוָה כְּדַבְּרְךָ : (65)
 טוֹב טַעַם וְרַעַת לְמַהֲנִי כִּי בְמִצְוֹתֶיךָ הָאֲמֹנָתִי : (66)
 טוֹרֵם אֲעֲנֶה אֲנִי שִׁגְג וְעִתָּה אֲמַרְתָּה שְׁמַרְתִּי : (67)
 טוֹב-אֵתָהּ וּמַטִּיב לְמַהֲנִי חֻקֶּיךָ : (68)
 טָפְלוּ עָלַי שִׁקְר וְרִים אֲנִי בְּכָל-לֵב | אֲצַר פְּקוּדֶיךָ : (69)
 טָפַשׁ כַּתְּלֹב לִבִּים אֲנִי תוֹרַתְךָ שֶׁשֶׁשֶׁעֲתִי : (70)
 טוֹב-לִי כִּי-עֲנִיתִי לְמַעַן אֲלַמֵּד חֻקֶּיךָ : (71)
 טוֹב-לִי תוֹרַת-פִּיךָ מֵאֲלֹפֵי זָהָב וְכֶסֶף : (72)

La Palabra justa

Estrofa 10: *Yod*

**⁷³Tus manos me hicieron y me formaron;
Hazme entender, y aprenderé tus mandamientos.**

**⁷⁴Los que te temen me verán, y se alegrarán,
Porque en tu palabra he esperado.**

⁷⁵Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos,

Y que conforme a tu fidelidad me afligiste.

**⁷⁶Sea ahora tu misericordia para consolarme,
Conforme a lo que has dicho a tu siervo.**

**⁷⁷Vengan a mí tus misericordias, para que viva,
Porque tu ley es mi delicia.**

**⁷⁸Sean avergonzados los soberbios, porque
sin causa me han calumniado;**

Pero yo meditaré en tus mandamientos.

⁷⁹Vuélvanse a mí los que te temen

Y conocen tus testimonios.

**⁸⁰Sea mi corazón íntegro en tus estatutos,
Para que no sea yo avergonzado.**

Los versículos 73 al 80 comprenden la décima estrofa de esta oración. Todos los versículos de este párrafo comienzan con la décima letra del alfabeto hebreo, י (*yod*). Los versículos 76 y 80 comienzan con la misma palabra hebrea, יִהְיֶה (y^{hiy-na}), que puede traducirse como «que sea», «sea» o «por favor sea». Las demás líneas comienzan con otras palabras que contienen la letra *yod*.

Siete de los términos principales para la Palabra se usan ocho veces en esta estrofa: «mandamientos» (vv. 73, 78); «palabra» (v. 74); «juicios» (v. 75); «dicho»¹ (v. 76); «ley» (v. 77); «testimonios» (v. 79) y «estatutos» (v. 80).

¹ N. del T.: La palabra «dicho» aparece como un verbo en el versículo 76 («has dicho»), no como el sustantivo «dicho» en representación de la Palabra de Dios, como en «tus dichos» (Sal 119.11).

Versículo 73. (יָדַי, *yade*, «manos».) El salmista comienza diciendo: **Tus manos me hicieron y me formaron.** Se siente estimulado al pensar en cómo Dios lo creó. Reconoce que Dios es su Creador. Con Sus manos lo [hizo] (פָּעַל, *‘asah*). Además, Dios lo formó (כִּוֵּן, *kun*). Estas dos palabras podrían ser sinónimas. Sin embargo, probablemente presentan ideas ligeramente diferentes. *‘Asah* quiere decir «creado» o «hecho». *Kun* transmite la idea de «establecido» o «puesto en su lugar».

Dios creó a este hombre y lo está elevando para conformarlo a Su voluntad para Su gloria. De manera similar, un salmo anterior alababa a Dios no solo por crear al hombre, sino también por establecerlo en Su mundo:

Le has hecho poco menor que los ángeles,
Y lo coronaste de gloria y de honra.
Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos;
Todo lo pusiste debajo de sus pies (8.5, 6).

La combinación de estas dos palabras, *‘asah* y *kun*, crea una imagen única de Dios. En conjunto, representan el hecho de que Dios conoce la naturaleza del salmista y lo que desea hacer en su vida. Las dos palabras son necesarias para representar cómo Dios desea moldear el corazón del salmista. Dios no solo lo creó y lo formó del polvo de la tierra, también lo formó o estableció para que pudiera ser completo en Él.

La descripción que el salmista hace de Dios, de manera elemental, pone de relieve los diferentes niveles de la creación del hombre por parte de Dios. En el principio, Dios creó su cuerpo. Este nivel de la creación es la vida física del hombre: «el nivel corpóreo». En segundo lugar, Dios le dio vida: «el nivel de la vida». Lo creó para que fuera un ser humano vivo y palpitante. Moisés aludió

a ambos niveles de la creación cuando escribió: «Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente» (Gn 2.7).

Quizá podríamos llamar al tercer nivel «el nivel de la imagen». Dios no solo creó al hombre en una criatura viviente que respira; lo creó en un ser a Su «imagen». Moisés también se refirió a este hecho: «Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó» (Gn 1.27). Esta verdad tiene que implicar que creó a la raza humana como seres que no solo reflejen Su semejanza en diversas maneras, sino que también puedan crecer a Su semejanza. Podemos desarrollarnos espiritualmente para asemejarnos más al Dios que nos creó. Solo con respecto a la humanidad, Dios usó variaciones de la referencia «a nuestra imagen» (Gn 1.26, 27; 5.3; 9.6). Esta cualidad del ser distingue al ser humano de todas las demás criaturas vivientes de la creación de Dios.

El cuarto nivel es el más alto: «el nivel eterno». Dios creó al hombre para que pudiéramos elevarnos y cumplir nuestro rol en Su propósito eterno. Tiene que ser por esta etapa por la que el salmista está orando. Desea que Dios complete su vida, que haga realidad lo que tiene planeado para él.

El salmista comprende que fue creado y formado para servirle a Dios, para crecer y convertirse en un verdadero hombre de Dios. En resumen, en esta parte de su oración pide a Dios que lo lleve a la plenitud o consumación. Fue creado para servirle a Dios, y sabe que este propósito solo puede cumplirse mediante un crecimiento continuo en Su Palabra. Reconocer esta verdad lo lleva a una súplica adicional a Dios: **Hazme entender, y aprenderé tus mandamientos.** Quiere comprender cómo fue creado, cuál es su propósito, cómo son descritos sus valores en la Palabra y cuál debe ser su enfoque en la vida. Este entendimiento lo colocará en la mejor posición para comprender y digerir los «mandamientos» de Dios. Solo Aquel que lo creó y lo formó puede guiarlo hacia esta vida espiritual que ha sido planeada para él.

Versículo 74. (יִרְאֵךְ, *yere'e*, «temen».) El autor continúa diciendo: **Los que te temen me verán, y se alegrarán.** En este punto, el autor introduce su admiración por las almas afines, las personas piadosas que «temen» a Dios. Su petición es que sean testigos de su espiritualidad y se regocijen en ella. Un hombre fiel siempre se preocupa por la influencia espiritual que ejerce, especialmente en otras personas de fe. Desea que las personas

piadosas que lo rodean vean su vida constante y su camino hacia el propósito divino de Dios, y se regocijen en lo que Dios está haciendo con él. Como resultado de ver este crecimiento en él, otros posiblemente acogerán el consuelo y la alegría de la piedad.

El autor hace tres referencias en su extensa oración a los que «temen» a Dios (vv. 63, 74, 79). Nadie puede hacer que los fieles anden con Dios si no ama a todos los que buscan una estrecha comunión con Él. Este hombre no solo conoce a estos piadosos que lo rodean, también se declara «compañero» de ellos. Se considera parte de ellos y los ve como suyos. Busca el bienestar y las vidas de ellos para alentarlos.

Respecto a su relación con ellos, dice: «Compañero soy yo de todos los que te temen y guardan tus mandamientos» (119.63). Con un sentido de privilegio, anuncia su fuerte conexión con todos ellos. Sin orgullo personal, le pide a Dios que les permita ver su vida en Él. Ora diciendo: «Los que te temen me verán, y se alegrarán, porque en tu palabra he esperado» (119.74). Si puede, quiere ser una luz que los guíe; y se ayudarán mutuamente. Él dice: «Vuélvanse a mí los que te temen y conocen tus testimonios» (119.79). Su expectativa es espiritual. Llama a sus amigos en la fe a acercarse a él para tener relaciones más fuertes y significativas con Dios y con él.

Un salmista describió al pueblo de Dios como una unidad que no solo es hermosa, sino también placentera. Al respecto, escribió: «¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es habitar los hermanos juntos en armonía! Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, [...] como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion» (Sal 133.1–3b).

La idea de vivir los unos por los otros constituía un tema importante para el apóstol Juan. Su punto de vista del amor fraternal implica sacrificio: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos» (1ª Jn 3.16). Además, este vivir unos por otros incluye velar por el bienestar físico y espiritual de unos por otros, como lo indica la siguiente exhortación de Juan: «Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?» (1ª Jn 3.17).

El salmista explica la razón de la alegría de sus amigos: **Porque en tu palabra he esperado.** Espera

que quienes temen al Señor tomen nota especialmente de su espíritu de espera en la Palabra de Dios. Este hombre vive con una fe paciente que acoge las promesas de la Palabra. Esta espera, según las promesas de Dios, eventualmente demostrará su valor en la vida. El salmista acoge con agrado la idea de que la Palabra cumplirá sus propósitos en él. Nada le complace más que otros vean que su vida refleja una manifestación de la transformación que trae la Palabra. Espera fielmente en la Palabra para que lo lleve más plenamente a los propósitos de Dios.

Versículo 75. (יָדָעְתִּי, *yada'ti*, «conozco».) El salmista le asegura a Dios: **Conozco, oh Jehová, que tus juicios son justos.** La Palabra de Dios es una extensión de Sus pensamientos y carácter. Las verdades en ella provienen por medio de las palabras de Su boca. Este hecho es una creencia certera suya. No puede abstenerse de decir: «Conozco». Su convicción sobre la integridad de la verdad divina es inquebrantable, y promete: «Te alabaré con rectitud de corazón cuando aprendiere tus justos juicios» (Sal 119.7). Concluyendo esa promesa, dice: «Juré y ratifiqué que guardaré tus justos juicios» (119.106). Resumiendo todo esto con un firme «por eso», dice: «Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira» (119.128). La Palabra que el Dios justo ha hablado es completa y perfectamente justa. Es impecable en sus pensamientos, mensaje, naturaleza y propósitos. Tiene absoluta integridad. La perfecta fidelidad de Dios hace imposible que de Sus labios provenga alguna falsedad (He 6.18).

Sin embargo, parece claro que la palabra «juicios» (מִשְׁפָּט, *mishpat*) se relaciona más con las formas en que Dios trata con Sus siervos que con Sus palabras. El salmista no está pensando en su obediencia a los mandamientos de Dios; más bien, sus aflicciones acuden a su mente. Le confiesa a Dios que Sus juicios sobre su vida —discernidos en Su disciplina, reprensiones y reproches— son correctos o justos. Los caminos de Dios son justos y apropiados. Este hombre no duda del amor de Dios por él, a pesar de haberle permitido enfrentar estas aflicciones. Su fe se sostiene por la integridad de la verdad de Dios y por Su completa fidelidad al tratar con Su pueblo. En este asunto, puede decir: «Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles» (Sal 119.138).

Este hombre se da cuenta y le confiesa a Dios: **Y que conforme a tu fidelidad me afligiste.** Pa-

rece que Dios ha usado Su Palabra para castigar a Su siervo. Con una fe perseverante, afirma que Dios, en Su fidelidad (אֱמוּנָה, *'emunah*), ha permitido que la aflicción venga sobre él. No la ha traído en Su ira, pues eso significaría Su juicio. Con amor paternal, Dios ha administrado la disciplina. Si el salmista ha caído en pecado, tiene que ser redimido asimilando nuevamente la verdad de Dios. De esta manera, la Palabra de Dios servirá como método de corrección en su vida.

La fidelidad de Dios tiene una presencia constante. Se manifiesta en el hecho de que Dios permite la aflicción y permanece presente en medio de la prueba como parte de la fuerza sustentadora que Dios le ha provisto. Su fidelidad se hace evidente aún más después de la prueba, al tiempo que Dios extrae algo bueno de estas trágicas circunstancias. Su fidelidad es constante: en su prólogo, en su desarrollo y en su epílogo.

Santiago resumió el panorama general del salmista de su aflicción de la siguiente manera:

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman. Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie (Stg 1.12, 13).

Santiago ha aludido, de manera breve, a las dimensiones de la fidelidad de Dios. La primera dimensión es que Él es fiel en mantener nuestras tentaciones en consonancia con las grandes cosas comunes de la vida. Santiago dijo, en esencia: «Dios se asegurará de que nuestras luchas sean solo las comunes a los hombres. No permitirá que Sus siervos enfrenten lo que solo los ángeles tienen que enfrentar».

La segunda dimensión es que Él proveerá una capacidad divinamente empoderada que está presente en estas pruebas. Ninguna prueba superará lo que un hombre con su Dios pueda soportar.

La tercera dimensión es evidente en la verdad de que estas pruebas no eludirán la vía divina de escape. Junto con cada lucha, Dios proveerá una manera de vencer. Ninguna persona temerosa de Dios caminará alguna vez en un valle oscuro de pecado sin salida. Dios se asegurará de que la vía de escape para los justos sea visible, factible y accesible. En cualquier prueba o tentación, podemos decirnos unos a otros: «Pero fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal» (2ª Ts 3.3).

Versículo 76. (אֲהִי־נָא, *y'ehiy-na'*, «Te ruego».)

Este hombre suplica: **Sea ahora tu misericordia para consolarme.** Un consuelo especial surge de la disciplina que se le ha impartido. Solo la misericordia del Señor puede brindarle la seguridad y la paz que ha recibido.

La palabra hebrea para «misericordia», חֶסֶד (*chesed*), representa la lealtad al pacto. Esta palabra puede entenderse como el concepto de gracia de la dispensación mosaica. Su significado no refleja exactamente el de la palabra «gracia», sin embargo, ambas son similares. La misericordia es la base de la relación de este hombre con el Señor. Lo ha introducido en la relación y es el medio por el que permanece en ella. Por ejemplo, David habló de la misericordia de Dios en su adoración: «Mas yo por la abundancia de tu misericordia entraré en tu casa; adoraré hacia tu santo templo en tu temor» (Sal 5.7).

Chesed se ha traducido como «misericordia», «amor inagotable», «bondad» y «favor». La lealtad al pacto de parte de Dios le brinda consuelo a este hombre en su momento de necesidad. No tiene derecho a reclamar ningún galardón de parte de Dios. La confianza solo puede llegar a él mediante la misericordia que Dios muestra.

La misericordia fluye del amor eterno en el carácter de Dios y reside donde sea que Él esté: «De tu misericordia, oh Jehová, está llena la tierra» (119.64). Para describir a Dios, podemos tomar prestada una frase de lo que se le dijo a Israel: «Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él» (130.7). La verdad es esta: «Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia. Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras» (145.8, 9). En efecto, el Señor favorece a quienes le temen; y «los que esperan en su misericordia» reciben sus bendiciones (147.11).

El salmista pide la misericordia de Dios **conforme a lo que [ha] dicho a [Su] siervo.** A la misericordia de Dios se le menciona seis veces en esta oración (vv. 64, 76, 88, 124, 149, 159). Este hombre conoce las Escrituras lo suficiente como para comprender que la misericordia de Dios solo será administrada a Su siervo «conforme a» Su Palabra. La misericordia es parte integral de las promesas de Dios a Su pueblo. El pacto hecho con ellos tiene la misericordia como fundamento, muro y techo. Con esta misericordia, el salmista creará, sostendrá, mantendrá y ejecutará el liderazgo de Dios sobre Su pueblo.

El salmista sabe que puede ser vivificado según la misericordia de Dios. Mediante ese avivamiento, podrá comprometerse a guardar las palabras de la boca de Dios (119.88). La oración favorita de los siervos implica dos verdades evidentes en 119.124, a saber: «Haz con tu siervo según tu misericordia, y enséñame tus estatutos». No podemos acudir a Él de ninguna otra manera: «Oye mi voz conforme a tu misericordia; oh Jehová, vivifícame conforme a tu juicio» (119.149). Su misericordia constituye la fuente de nuestra vida y el principal llamado a nuestra vivificación cuando nos alejamos de Él. Podemos decir con el salmista: «Mira, oh Jehová, que amo tus mandamientos; vivifícame conforme a tu misericordia» (119.159).

Versículo 77. (יְבוֹאוּנִי, *y^ebo'uni*, «vengan a mí».) Este hombre pide: **Vengan a mí tus misericordias, para que viva.** La palabra hebrea plural que se ha traducido como «misericordias», רַחֵם (*racham*), también puede expresarse como «tierna misericordia» o «compasión». El término comunica la profunda ternura de una madre para con su hijo.

Racham indica una suave súplica a Dios para que extienda Su misericordia al salmista. Mientras ora, tiene que estar pensando en su pecaminosidad y sus fracasos. Es consciente de que todo pecado tiene que ser cubierto por la compasión, la misericordia y el perdón de Dios. Para él, la gracia de Dios constituye su única esperanza de salvación. Describe las «misericordias» de Dios como el camino hacia la verdadera vida.

El libro de Salmos contiene 13 referencias a las «misericordias» del Señor (25.6; 40.11; 51.1; 69.16; 72.13; 77.9; 79.8; 102.13; 103.4, 13; 106.46; 119.77; 135.14). Cada uso de la palabra amplía nuestra comprensión de la misericordia de Dios.

Salmos 25.6 usa la palabra para describir un atributo de Dios: «Acuérdate, oh Jehová, de tus piedades y de tus misericordias». Es similar a decir: «Recuerda, oh Señor, quién eres».

Salmos 40.11 conecta esta palabra con la respuesta continua de Dios a la necesidad humana: «Jehová, no retengas de mí tus misericordias; tu misericordia y tu verdad me guarden siempre». Dios nunca ignora a los necesitados.

Salmos 51.1 describe el tipo de perdón que Dios otorga: «Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones». El perdón es otorgado en proporción a la misericordia de Dios.

Salmos 69.16 describe la misericordia de Dios como una expresión de Su bondad: «Respóndeme,

Jehová, porque benigna es tu misericordia; mírame conforme a la multitud de tus piedades».

Salmos 72.13 usa la palabra «misericordia» para referirse a la bondad con la que Dios extiende la mano a quienes tienen sus alacenas vacías. Como se traduce en este versículo, «misericordia» implica la idea de piedad. La palabra hebrea חַסָּד (*chus*), que en realidad quiere decir «piedad», está tan estrechamente relacionada con la palabra «misericordia» que en Salmos 72.13 se traduce como «misericordia»: «Tendrá misericordia [*chus*] del pobre y del menesteroso, y salvará la vida de los pobres». Sin misericordia, no tenemos esperanza. Todos los demás casos de «misericordia» en el libro de Salmos se traducen de *racham*.

Salmos 77.9 ilustra que la «misericordia» es esencial, pues dice: «¿Ha olvidado Dios el tener misericordia? ¿Ha encerrado con ira sus piedades?». Sin misericordia, no tenemos esperanza.

Salmos 79.8 asume que la anterior idea debe ser incluida en cada súplica penitente: «No recuerdes contra nosotros las iniquidades de nuestros antepasados; vengan pronto tus misericordias a encontrarnos, porque estamos muy abatidos». Solo un hombre arrepentido puede presentarse delante de Dios.

Salmos 102.13 indica con la palabra «misericordia» el carácter salvador de Dios: «Te levantarás y tendrás misericordia de Sion, porque es tiempo de tener misericordia de ella, porque el plazo ha llegado». Dios, nuestro Salvador, actúa conforme a Su misericordia.

Salmos 103.13 describe la misericordia (la Reina-Valera usa «se compadece» en este versículo) como la respuesta de Dios a quienes viven en Él: «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen». Dios vela con compasión por Sus siervos.

Salmos 106.46 asevera que la misericordia de Dios está siempre disponible: «Hizo asimismo que tuviesen de ellos misericordia todos los que los tenían cautivos». Dios provee esta bendición a Sus hijos fieles sin importar dónde se encuentren.

En 135.14, la Reina-Valera traduce נַחַם (*nacham*) como «compadecerá»; sin embargo, usualmente traduce *nacham* como «consolar». La verdadera misericordia conlleva el mayor consuelo. *Nacham* aparece otras 11 veces en los salmos (23.4; 69.20; 71.21; 77.2; 86.17; 90.13; 106.45; 110.4; 119.52, 76, 82).

El deseo del salmista es que Dios no lo olvide y le ruega que regrese a él con perdón. Su súplica es similar a la de 90.13, que dice: «Vuelve, oh Jehová;

¿hasta cuándo? Y aplácate para con tus siervos». Con amor, dice en su corazón: «Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen» (103.11).

El salmista implora compasión de parte del Señor **porque [Su] ley es su delicia**. La ley de Dios le otorga a su vida la plena seguridad del perdón y a su mente una comprensión fiel de la voluntad de Dios. Otros pasajes de Salmos 119 enfatizan que la ley del Señor trae «conocimiento» y «entendimiento» (119.12, 34), «vida», «consuelo» y «gozo» (119.77, 50, 111). El salmista, junto con todos los siervos de Dios, ha hallado gozo en los estatutos mismos (119.16, 70), gozo en la obediencia a la Palabra (119.35) y gozo en la dignidad de los mandamientos del Señor (119.47).

Versículo 78. (יְבוֹשׁוּ, *y^eboshu*, «sean avergonzados».) El autor ora diciendo: **Sean avergonzados los soberbios, porque sin causa me han calumniado**. Enemigos poderosos, atrincherados en la maldad, buscan interferir con la vida en Dios de este hombre. Se han propuesto a «calumniarlo» (אָוַת, *'awath*), o frustrar su vida espiritual. La metodología de ellos consiste en extraviarlo con muchas mentiras difamatorias. Este hombre desea mantenerse fuerte en medio de tal persecución.

Hace referencia a los «soberbios» (זֶדִּי, *zed*) seis veces en su súplica (vv. 21, 51, 69, 78, 85, 122). Estas personas son insolentes, presuntuosas y con muchas malas intenciones. Sus corazones siniestros los han llevado a las profundidades de la iniquidad. Muy probablemente están usando dichos, historias e insinuaciones falsos sobre este hombre al intentar destruir su integridad como siervo justo del Señor.

Estos malvados hombres se esfuerzan por desprestigiar su carácter justo, y ora diciendo: «Los soberbios se burlaron mucho de mí» (119.51a). Puede decir que lo están reprochando con maldad (119.42). Tienen que esforzarse diligentemente para reunir las acusaciones falsas que usan en su ataque contra él (119.69). Los describe como si cavaran hoyos para él (119.85). Sus ataques son tan fuertes a veces que cree que lo destruirán (119.87). Estos adversarios han conjurado en sus corazones designios destructivos que están ansiosos por llevar a cabo (119.157).

Una maldición se abre paso en su súplica en este punto, a saber: «Sean avergonzados los soberbios» (119.78a). No suele orar por sus enemigos de forma negativa, sin embargo, está abrumado y necesita ser liberado. Los métodos de sus adversarios son

subversivos, sus instrumentos son malignos y su objetivo es llevarlo a la apostasía. Su deseo es que se avergüencen tanto de sus terribles crímenes que se llenen de una tristeza y penitencia según Dios, y se unan a él en su caminar con Dios.

En contraste con la soberbia de sus enemigos, el salmista jura diciendo: **Pero yo meditaré en tus mandamientos.** Lo llena una poderosa determinación que lleva a su oración el anuncio de que no permitirá que mentiras perversas lo persuadan ni lo desalienten. Continuará con el estilo de vida y los patrones de pensamiento a los que se ha comprometido. Sin ninguna interrupción significativa, continuará su vida de meditación en la Palabra.

La meditación tiene un gran valor para este siervo de Dios, ya que moldea su pensamiento y motiva su corazón. Independientemente de las fuerzas que luchan contra él, no dejará de concentrarse en los pensamientos de Dios. No desaprovechará la oportunidad de meditar o reflexionar sobre Sus preceptos. Aunque enfrente serias persecuciones y calumnias, los enemigos de Dios no lo persuadirán a apartarse de establecer Sus preceptos como su fundamento. Se propone permanecer fiel a esos preceptos toda su vida.

Versículo 79. (יָשׁוּבוּ, *yashubu*, «vuélvanse».) Consciente de que puede ser una fuente de aliento para otros, el salmista dice: **Vuélvase a mí los que te temen.** Quizás algunos de los siervos del Señor han roto su comunión con él. Sin embargo, cree que hay esperanza y que los lazos de amor no se han roto. Después de que ellos contemplan su compromiso de caminar con el Señor, su intachable seguimiento de los testimonios del Señor y su actitud de amar lo que Dios ama, espera que regresen a él.

El versículo 79a puede traducirse de tres maneras. Primero, con un paralelismo presente: «Que se vuelvan a mí los que te temen, los que entienden tus estatutos». Segundo, con una mirada al futuro: «Que se vuelvan a mí los que te temen, para que conozcan tus decretos». Tercero, como un recuerdo del pasado: «Que se vuelvan a mí los que te temen, y que se vuelvan a mí los que han conocido tus testimonios». La perspectiva más razonable parece coincidir con la primera y la tercera traducción. El contexto dice mucho sobre su significado preciso. Este hombre desea recuperar su comunión con aquellos que han sido guiados por la Palabra a una relación profunda con el Señor.

Como sucede con las personas justas, la asociación con los seguidores de Dios es de suma

importancia. Este hombre de Dios ve a quienes temen a Dios como su familia espiritual. Le brindan un sentido de pertenencia que nadie más podría brindarle, y sin ellos se siente solo. Todos necesitamos hermanos y hermanas espirituales, y sin ellos nuestra fuerza puede disminuir rápidamente. Este hombre ve a quienes temen al Señor como camaradas en su batalla espiritual. Los soldados en batalla consideran a sus compañeros como un refugio que a nada se le debe permitir destruir. Estos hermanos se comprometen a permanecer unidos, a luchar juntos e incluso a morir juntos si es necesario.

Este hombre hace de los que temen a Dios su refugio y su comunión. Es natural para él tener esta perspectiva. Además de mencionar cuatro características negativas en 15.3, 5, David escribió que el que «honra a los que temen a Jehová» (Sal 15.4) será recibido en la presencia de Dios.

El temor y la alabanza claramente van de la mano. Quienes «temen a Jehová» y quienes lo alaban (vea Sal 22.23) son uno. Son quienes cumplen el rol que Dios le ha dado a Su familia en la vida. Quienes temen al Señor y reverencian Su nombre están en posición de «benedicir a Jehová» de manera justa (135.20). Cada persona en «toda la tierra» debe «temer a Jehová», y «todos los habitantes del mundo» deben temerle (33.8).

Dios también vela porque el temor a Él y la recepción de Su protección vayan de la mano. Quienes temen al Señor están bajo Su cuidado, «pues nada falta a los que le temen» (34.9). Estas personas que temen al Señor y confían en Él son quienes lo tienen como «[su] ayuda y [su] escudo» (115.11).

Además, el temor y la gracia van de la mano. Quienquiera que forme parte de la compañía de quienes temen al Señor, sean grandes o pequeños, conocidos o desconocidos, serán bendecidos por Dios. En ese número, Dios bendecirá a «pequeños y a grandes» (115.13). Quienes temen al Señor son objeto de Su gracia y son quienes cantan: «Que para siempre es su misericordia» (118.4).

Este hombre desea estar con el pueblo de Dios, como los que **conocen** [Sus] **testimonios**. Estas personas desean vivir conforme a los «testimonios» de Dios. Han llegado a conocer lo que es justo y viven para crecer en su comprensión de las cosas de Dios. Son estudiantes que meditan en las verdades de Dios y practican diariamente Sus preceptos.

Versículo 80. (יְהִי־לִבִּי, *yehi-libi*, «sea mi corazón».) El último versículo de esta estrofa comienza

diciendo: **Sea mi corazón íntegro** [תָּמִים, *tamim*] **en tus estatutos**. La palabra *tamim* se usa solo dos veces en este salmo (vv. 1, 80). A veces se traduce como «perfecto».

Tamim constituye una de las palabras más hermosas del Antiguo Testamento, porque expresa el verdadero propósito de todo siervo fiel del Señor. De Noé una vez se escribió: «Noé, varón justo, era perfecto [*tamim*] en sus generaciones; con Dios caminó Noé» (Gn 6.9). Dios dijo de Job: «¿... no hay otro como él en la tierra, varón perfecto [*tamim*] y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?» (Job 1.8). Ninguno de estos hombres fue «perfecto» en el sentido de intachable, sin embargo, ambos eran «perfectos» en el sentido de ser irreprochables. En el Nuevo Testamento, Zacarías e Isabel eran «justos ante los ojos de Dios, andando irreprochablemente [ἀμemptos, *amemptos*] en todos los mandamientos y preceptos del Señor» (Lc 1.6). Demostraron que, aunque no podemos ser intachables, sí podemos ser irreprochables.

El salmista ha procurado seguir los estatutos de Dios y desea ser irreprochablemente obediente. Juan escribió sobre la obediencia en el contexto de someterse a la voluntad de Dios. Afirmó: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos» (1ª Jn 2.3). Juan no estaba refiriéndose a impecabilidad. En 1ª Juan 1.8 y 5.3, caracterizó al cristiano con espíritu de obediencia, movido por el amor y que se deleita en hacer la voluntad de Dios.

El autor desea un corazón irreprochable **para [...] no [ser] avergonzado**. Un hombre irreprochable no tiene por qué avergonzarse. Tiene confianza en lo que ha hecho y en lo que hace. Está seguro de su relación con Dios y está en paz con la condición de su corazón delante de Dios.

LA ESTROFA YOD EN HEBREO

- (73) יְרִידָה עֲשׂוּנִי וְיִכּוֹנְנֵנִי הַבִּינֵנִי וְאֶלְמְדָה מִצִּוְתֶיךָ :
- (74) יִרְאַיִךְ יִרְאוּנִי וְיִשְׁמְחוּ כִּי לִדְבָרֶךָ יִתְלַתִּי :
- (75) יִרְעֵתִי יִהְיֶה כִּי־צָדֵק מִשְׁפָּטֶיךָ וְאִמּוֹנָה עֲנִיתָנִי :
- (76) הֲיִנָּא חֶסֶדֶךָ לְנַחֲמֵנִי כְּאִמְרָתֶךָ לְעַבְדֶּךָ :
- (77) יִבְאוּנִי רַחֲמֶיךָ וְאַחֲנֶיהָ כִּי־תִוְרָתֶךָ שִׁשְׁשָׁעִי :
- (78) יִבְשׂוּ זְדִים כִּי־שָׁקַר עֲוֹנוֹנִי אֲנִי אֲשִׁיחַ בְּפִקּוּרֶיךָ :
- (79) יִשׁוּבוּ לִי יִרְאַיִךְ וְיִדְעוּ [וְ]יִדְעוּ [וְ]יִדְעוּ עֲדָתֶךָ :
- (80) יִהְיֶה־לִּבִּי תָמִים בְּחֻקֶיךָ לֹמַעַן לֹא אֲבוֹשׁ :

Cuando llega la compasión de Dios (119.77)

El mensaje más notable de la Biblia es la verdad de que Dios siempre viene con compasión a quienes lo buscan. Cuando corremos hacia Dios, Éste corre hacia nosotros con un corazón lleno de gracia. El salmista oró para recibir la compasión de Dios: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia» (119.77). Anhelaba la vida verdadera, sin embargo, sabía que no podía obtenerla por sí solo. Tenía que venir por medio de la inagotable misericordia de Dios. Dios acude a quienes han pedido Su compasión y han abierto su corazón a Su voluntad.

Dios siempre viene con abundante compasión. No escatima en Su perdón, pues lo concede en abundancia. Isaías suplicó: «Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana. Si quisierais y oyereis, comeréis el bien de la tierra» (Is 1.18, 19a). Más adelante, dijo: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová» (Is 55.8). La plenitud del amor de Dios supera nuestra comprensión.

Dios concede perdón «según las riquezas de su gracia» (Ef 1.7). No hace nada de manera mediocre. Su perdón tiene una plenitud que desafía nuestra comprensión. Juan escribió sobre esta salvación trascendental: «Y ahora, hijitos, permaneced en él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, para que en su venida no nos alejemos de él avergonzados» (1ª Jn 2.28). Cuando Dios perdona, ¡lo hace de manera completa!

Dios viene a nuestro encuentro con compasión y entusiasmo. Está dispuesto y deseoso de restaurarnos a una relación divina con Él. La parábola de Jesús sobre el hijo pródigo en Lucas 15 incluye la siguiente frase: «Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó» (Lc 15.20). Cuando se trata de perdón, restauración y amor, Dios puede proveer. Su misericordia no solo llena Su corazón, sino que también llena Su mundo. No quiere «que ninguno perezca, sino que todos

procedan al arrepentimiento» (2ª P 3.9). Él «quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad» (1ª Ti 2.4).

Si Judas hubiera reconocido el afán de Dios por perdonar a una persona desobediente, probablemente habría regresado a Dios, y su historia habría sido la mayor ilustración de la gracia salvadora de Dios.

Jamás debemos dudar de la disposición de Dios a perdonar un corazón arrepentido. El hecho de que algunos hayan pisoteado Su gracia no lo hará reacio a perdonar a otros. Con Isaías, el profeta de la gracia de Dios, podemos decir:

Por tanto, Jehová esperará para tener piedad de vosotros, y por tanto, será exaltado teniendo de vosotros misericordia; porque Jehová es Dios justo; bienaventurados todos los que confían en él (Is 30.18).

Dios viene a nosotros con una misericordia duradera. La misericordia de Dios tiene expectativas perdurables; concederá el perdón sin reparos. Sin embargo, desea de manera especial la comunión que fluye de ese perdón. El padre en la historia de Jesús en Lucas 15 quería que su hijo volviera a la comunión con su familia, a salvo del lejano país del despilfarro. Quería que regresara a una vida restaurada en su hogar —para vivir y caminar con él— y así poder gozar de la vida juntos.

El perdón es solo el comienzo. Nos permite entrar, sin embargo, la comunión con Dios es el propósito de ese perdón. Dios corre hacia nosotros con Su compasión porque desea que estemos en comunión con Él.

Todos esperamos que nuestro Dios no nos abandone. Todo cristiano puede decir: «Jehová, no retengas de mí tus misericordias; tu misericordia y tu verdad me guarden siempre» (Sal 40.11). Cuando oramos: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia», podemos estar seguros de que Dios nos escuchará. Él nos coronará «de favores y misericordias» (103.4) porque «Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen» (103.13).

«Íntegro en tus estatutos» (119.80)

«Sea mi corazón íntegro en tus estatutos, para que no sea yo avergonzado» (119.80). ¿Cómo podemos saber que no nos avergonzaremos de nuestra forma de cumplir los preceptos de Dios? Tenemos que tener cinco compromisos: dedicar nuestro corazón a buscar la Palabra, estudiarla, entregarnos

a ella, compartirla y encontrar satisfacción en ella.

El autor de Salmos 119 estudió y meditó en la Palabra porque quería comprenderla e incorporarla a su vida. La Palabra de Dios es el camino a la salvación, una guía para una vida fiel, una luz en la oscuridad y un consuelo en tiempos de dificultad. A menudo se encontraba esperando una mejor comprensión de la Palabra para ser más completo en su obediencia.

Buscar la Palabra. La integridad de una persona debe ser el centro de su respuesta a Dios, quien no aceptará a nadie que se acerque a Él ni a Su obra a menos que tenga un corazón puro. Una de las imágenes más tristes del pueblo de Dios aparece en Isaías 29.13. Isaías describió a los israelitas acercándose a Dios con sus palabras y honrándolo con sus labios. Al mismo tiempo, se acercaron con corazones alejados de Él. Tenían una reverencia por Él que consistía solo en palabras memorizadas.

Estudiar la Palabra. La persona con un corazón íntegro manejará la Palabra de Dios de manera responsable. Por ejemplo, el estudiante de la Palabra puede dividirla adecuadamente para su aplicación comprendiendo que Dios les dio ciertos mandamientos a Noé, Daniel y Moisés que no nos dio a nosotros.

Este hombre oró para poder comprender la Palabra de Dios. Le pidió a Dios: «Dame entendimiento, para que guarde tu ley y la guarde con todo mi corazón» (119.34). Sabía que debía aprender los mandamientos que Dios tenía para él. Por consiguiente, le pedía de manera constante a Dios que se los enseñara para poder obedecerlos.

Entregarse a la Palabra. Este tipo de estudio requiere más que leer los mandamientos. Hemos de estudiarlos, meditar en ellos, analizarlos y contextualizarlos de manera adecuada. El estudio de la Palabra debe considerarse un asunto serio. El salmista oró diciendo: «Mi carne se ha estremecido por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo» (119.120). Recibimos la verdad de Dios, y Éste espera que nos entreguemos a ella con reverencia.

Compartir la Palabra. Una persona con un corazón íntegro comparte con entusiasmo la Palabra de Dios. Si entendemos que la Palabra de Dios es una luz para nuestras vidas y una guía fiel para nuestras mentes, la compartiremos con los demás. De la verdad divina aprendemos que cuando nuestros corazones están anclados en la Palabra de Dios —cuando amamos a Dios por encima de todo,

(Continúa en la página 51)

La Palabra vigorizante

Estrofa 11: *Caf*

- ⁸¹Desfallece mi alma por tu salvación,
Mas espero en tu palabra.
- ⁸²Desfallecieron mis ojos por tu palabra,
Diciendo: ¿Cuándo me consolarás?
- ⁸³Porque estoy como el odre al humo;
Pero no he olvidado tus estatutos.
- ⁸⁴¿Cuántos son los días de tu siervo?
¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?
- ⁸⁵Los soberbios me han cavado hoyos;
Mas no proceden según tu ley.
- ⁸⁶Todos tus mandamientos son verdad;
Sin causa me persiguen; ayúdame.
- ⁸⁷Casi me han echado por tierra,
Pero no he dejado tus mandamientos.
- ⁸⁸Vivifícame conforme a tu misericordia,
Y guardaré los testimonios de tu boca.

Los versículos 81 al 88 comienzan con la undécima letra del alfabeto hebreo, כ (caf). Los versículos 81 y 82 comienzan con la misma raíz, כָּלָה (calah). Los versículos 83, 84, 87 y 88 comienzan con la misma partícula, כִּי (ci). *Ci* sirve como la palabra constructiva inicial de 119.83. Se añade a מָה (mah) en 119.84, a מַעַט (ma'at) en 119.87 y a חֶסֶד (chesed) en 119.88. El versículo 85 comienza con כָּרָה (carah), y el versículo 86 comienza con כּוֹל (kol).

Cinco de los grandes términos asociados con la Palabra de Dios se utilizan en esta estrofa: «palabra» (vv. 81, 82); «estatutos» (v. 83); «ley» (v. 85); «mandamientos» (vv. 86, 87) y «testimonios» (v. 88).

Versículo 81. (כָּלָה, *cal'ta*, «desfallece».) Con profunda desesperación, el salmista anhela la liberación que Dios provee para Sus elegidos. Dice: **Desfallece mi alma por tu salvación.** La raíz hebrea כָּלָה (*calah*), que se traduce como «desfallece», conlleva la idea de «consumido».

La raíz *calah* también aparece en 119.82, donde se traduce como «desfallecieron». *Calah* aparece también en 73.26 como «desfallecen»: «Mi carne y mi corazón desfallecen [*calah*], mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre».

La oración de este hombre no es por liberación del pecado, sino por liberación de la situación en la que se encuentra. La «salvación» que anhela podría tener varios aspectos diferentes: recuperar la salud, eliminar la ignorancia espiritual, recuperarse de la soledad o ser liberado de la persecución. Su anhelo se extiende en dos direcciones, como lo ilustra 119.123: «Mis ojos desfallecieron por tu salvación, y por la palabra de tu justicia». Ambos deseos —la salvación y la Palabra— se complementan.

Sus circunstancias lo han sometido a tal estrés que cuestiona su capacidad de perseverar. La pesada carga que lleva y su constante súplica por la liberación de Dios lo han agotado hasta quedar exhausto.

El contexto inmediato indica que tiene que estar orando para que Dios lo libre de la persecución de todos sus enemigos. Tres versículos después, su oración es: «¿Cuántos son los días de tu siervo? ¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?» (119.84). Señala las acciones de sus enemigos contra él en cuatro versículos de este párrafo (vv. 84, 85, 86, 87). La idea central de toda la estrofa es la de ser rescatado del acoso, las amenazas y los designios de los hombres impíos que lo están persiguiendo.

La estrofa se acerca más a presentar un pensamiento unificado del salmista que cualquier otra estrofa de Salmos 119. La mente del salmista está ocupada con la tragedia que lo amenaza. Incluso llega a la conclusión de que estas fuerzas malignas han sido enviadas para destruirlo (119.87). Se da cuenta de que solo Dios puede salvarlo.

Cuando dice: **Mas espero en tu palabra**, incluye la idea de que espera la consumación o el cumplimiento de la Palabra que Dios le ha dado. Dios ha prometido protección, y el salmista anhela el cumplimiento de Sus promesas. Le recuerda a Dios en 119.43b: «Porque en tus juicios espero». En 119.49, dice: «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar». Para él, esperar en Dios es parte integral de su caminar con Él.

A veces, Dios parece guardar silencio. Job, mientras esperaba la liberación de Dios, exclamó: «Cuando esperaba yo el bien, entonces vino el mal; y cuando esperaba luz, vino la oscuridad» (Job 30.26). Esta espera llenó a Job de una profunda tristeza. El autor de Salmos 42 dijo que el sufrimiento lo había abrumado tanto que, al pensar en ello, derramó su alma en su interior (42.4). Isaías 42.4 describe la venida del Mesías y dice que el pueblo «[esperará] su ley».

Este hombre es fiel. Confía en Dios incluso cuando Él guarda un silencio momentáneo. Entiende que Dios está activo en este momento y está haciendo los preparativos necesarios para responder a sus oraciones. Dios responde las oraciones de los justos según Su propia voluntad y en el tiempo debido. Dios obra a un nivel mucho más elevado que nosotros. Comprendemos nuestras circunstancias inmediatas, sin embargo, Dios entiende cómo interpretar cada situación en el contexto del tiempo y la eternidad.

Versículo 82. (בָּלוּ, *calu*, «desfallecieron».) El salmista le dice a Dios: **Desfallecieron mis ojos por tu palabra**. Su súplica es casi sinónima de la anterior. El salmista usa el paralelo para enfatizar su petición. Sus ojos están desgastados por el uso excesivo. La misma raíz que se usó para comenzar el versículo 81, בָּלָה (*calah*), se usa nuevamente aquí. En ambos versículos *calah* se traduce como «desfallecer». La palabra también se ha traducido como «lleno de cansancio» y «desgastado». *Calah* se refiere a una condición extrema.

Este hombre ha estado buscando la «palabra» o «dicho» o «promesa» de Dios (אִמְרָה, *'imrah*) tan intensamente que sus ojos no pueden ver bien. La imagen es la de alguien que mira fijamente. Mira a la distancia con los ojos entrecerrados. Mira y espera; fuerza la vista mientras escudriña el horizonte. Sin nada a la vista, seguía mirando, agotado por su anhelo, sus deseos y su espera. Sus ojos, como músculos sobrecargados, estaban desgastados y exhaustos hasta el punto de fallarle.

El salmista espera el cumplimiento de las promesas de Dios. En esencia, le estaba diciendo a Dios: «¿Recuerdas la palabra que le prometiste a Tu siervo? Estoy impaciente por su cumplimiento». Ya lo había mencionado en 119.49: «Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, en la cual me has hecho esperar». Más adelante, añadió: «Mi escondedero y mi escudo eres tú; en tu palabra he esperado» (119.114). Rodeado de malhechores, deseosos de perseguirlo o darle muerte, imploró a Dios que cumpliera Sus promesas y le mostrara una salida.

Durante este período de violenta perturbación, le hizo la inquietante pregunta: **¿Cuándo me consolarás?** Este hombre no duda de la ayuda de Dios; sin embargo, se está angustiando por la elección del momento por parte de Dios. Tiene dos palabras en mente: «cuándo» y «consuelo». Debido a la fragilidad de su cuerpo y mente, desea que Dios actúe de inmediato en su favor. Cuando puede ver el inicio del cumplimiento de la Palabra de Dios, sabe que la esperanza está cerca. La realidad de la redención cercana le da vida: «Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado» (119.50).

Versículo 83. (כִּי־הָיִיתִי, *ciy-hayitiy*, «me he hecho».) Sería fácil para este siervo centrarse en lo que su sufrimiento le ha hecho. Dice que se ha hecho **como [...] odre al humo**. Su paso por este valle de sombras ha desgastado su cuerpo y agotado su mente. Es «inútil, marchito y poco atractivo por estar ennegrecido con hollín».¹ La imagen es vívida e incluso espantosa, pues se ha arrugado y resecado. Se ve a sí mismo lleno de surcos y encogido, como un recipiente de cuero descuidado que ya no sirve. Ha optado por usar este grotesco símil para describir su apariencia personal.

Al Mesías se le describe en 22.15 con una descripción similar: «Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte». Jeremías también describió la calamidad que había venido sobre el pueblo de Dios de una manera similar, diciendo: «Oscuro más que la negrura es su aspecto; no los conocen por las calles; su piel está pegada a sus huesos, seca como un palo» (Lm 4.8).

La situación de este salmista parece inusual para un buen hombre. Un hombre protegido por

¹ Willem A. VanGemeren, "Psalms" («Salmos»), en *The Expositor's Bible Commentary (Comentario bíblico del expositor)*, vol. 5, *Psalms—Song of Songs (Salmos—Cantar de los Cantares)*, ed. Frank E. Gaebelin (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1991), 751.

Dios debería estar más en paz y tener más control sobre su vida. Sin embargo, las difíciles circunstancias de este hombre casi han consumido su vida.

Pese a que está marcado y agotado, puede decir: **Pero no he olvidado tus estatutos.** Sigue haciendo lo que hacen los siervos fieles. No ha olvidado su compromiso de servir al Señor. Cree que «Todos [los] mandamientos [de Dios] son verdad» (119.86a). «Son fidelidad», dice literalmente el texto hebreo. Confía en que Dios lo sacará de su difícil situación, y solo buscará en Él su salvación. Al igual que el autor de 54.4, ve a Dios no solo como su Salvador, sino también como su Sustentador: «He aquí, Dios es el que me ayuda; el Señor está con los que sostienen mi vida».

Ora para que Dios lo asista. Podría decir aquí lo que dice más adelante: «Esté tu mano pronta para socorrerme» (119.173a). Se aferra a su resolución final, la que enuncia al final de esta oración: «Viva mi alma y te alabe, y tus juicios me ayuden» (119.175). Su creencia coincide con la de otro salmista, el cual dijo:

Pero la salvación de los justos es de Jehová,
Y él es su fortaleza en el tiempo de la angustia.
Jehová los ayudará y los librará;
Los libertará de los impíos, y los salvará,
Por cuanto en él esperaron (37.39, 40).

Versículo 84. (מָה־כָּמֹחַ, *camah*, «¿Cuántos?».) Este hombre le pregunta a Dios: **¿Cuántos son los días de tu siervo?** El tiempo se ha vuelto importante para él; su vida se está desvaneciendo. El fuego de la persecución lo rodea, y se pregunta qué hará Dios al respecto. Si Dios no actúa pronto, podría no recibir Su respuesta. Podría tomar prestadas las palabras de otro salmista: «¿Hasta cuándo, oh Jehová? [...] Recuerda cuán breve es mi tiempo» (89.46a–47a). Él sabe, como todos nosotros, que «[nuestros] días son como sombra que se va, y [nos hemos] secado como la hierba» (102.11).

En apariencia, ha estado esperando durante algún tiempo. Sus ojos han estado atentos a la respuesta de Dios hasta el punto de que le han fallado (119.82). Se ha convertido en un odre inútil y descolorido (119.83). Cree que se han cavado fosas para atraparlo y que se dicen mentiras en su contra (119.85, 86). Los ataques casi han provocado su muerte (119.87). Su vida se está debilitando y cree que está desapareciendo (119.88). Como resultado, su condición requiere ser vivificado de manera inmediata.

En momentos clave de la historia bíblica, la

pregunta del «cuándo» aparece en los labios de los siervos de Dios. En 42.2, un hombre desesperado hizo una pregunta similar: «Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios? Fueron mis lágrimas mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?». En dos ocasiones, en su oración, el autor de Salmos 119 usa la palabra «cuándo». Primero, se apropia del «cuándo» del consuelo en 119.82b: «¿Cuándo me consolarás?». Segundo, aplica el «cuándo» de la acción en 119.84b: **¿Cuándo harás juicio contra los que me persiguen?** La eliminación de los enemigos le brindará el fiel aliento que busca.

Habacuc, el profeta, vio maldad y violencia a su alrededor. Le preguntó a Dios: «¿Hasta cuándo, oh Jehová, clamaré, y no oirás; y daré voces a ti a causa de la violencia, y no salvarás?» (Hab 1.2). Su pregunta no era tanto «¿Por qué?», sino «¿Cuándo harás algo al respecto?». Al abrirse el quinto sello en el Apocalipsis, Juan describió a los santos bajo el altar diciendo: «¿Hasta cuándo, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?» (Ap 6.10).

Dudar de Dios siempre es injustificado, sin embargo, acercarnos a Él con nuestras dudas y preguntas puede ser una respuesta de fe. Las preguntas apropiadas surgen de la fe, y no deben etiquetarse como desconfianza. En sus indagaciones, Job no dudó de la existencia de Dios. Más bien, estaba confundido acerca de las acciones y las concesiones de Dios. En sus sufrimientos, se volvió acusador de Dios en lugar de confiar en Su integridad mientras esperaba una comprensión más clara de cómo estaba actuando en su vida.

El hombre de este salmo no duda sobre la presencia de Dios. Está pidiendo rescate y está experimentando cansancio por la espera. Dice: «¿Cuándo enviarás la liberación que necesito? Sé que no me abandonarás, pero estoy cansado de esperar y anhelar».

«¿Cuántos son los días de tu siervo?» es una pregunta que se relaciona con cuándo vendrá Dios a eliminar a sus enemigos, en lugar de referirse necesariamente a cuánto tiempo le queda de vida. Este hombre está preguntando, en esencia: «¿Rescatarás a tu siervo pronto?». Sus circunstancias lo están absorbiendo y desea salir de ellas para poder volver a estudiar y guardar la Palabra.

El versículo 84 es uno de esos versículos que no incluyen una referencia directa a la Palabra de Dios. (Vea vv. 122, 132.)

Versículo 85. (כָּרוּ-לִי, *caru-liy*, «me han cavado hoyos».) El salmista describe las acciones de sus enemigos diciendo: **Los soberbios me han cavado hoyos.** Estos antagonistas son presuntuosos, impertinentes e impenitentes. Este hombre ya ha hablado de ellos de manera intermitente en su oración (119.21–23, 51, 53, 69, 70, 78). Cree que la Palabra de Dios los ha «[reprendido]» y que ellos y sus obras están bajo Su maldición (119.21). Se burlan de él «mucho», haciendo la vida extrema y intolerablemente dolorosa para él (119.51). Se utilizan acusaciones falsas para afligirle con interferencia y frustración (119.69).

Hasta este punto de su oración, este hombre se ha referido a las falsedades de los versículos 69 y 78. En medio de estas mentiras perturbadoras, ha mantenido ante todo su integridad. Busca llevar una vida de fe con meticulosidad y rectitud. No permitirá que nadie comprometa su confiabilidad. Le pertenece a Dios, y su caminar con Él exige autenticidad. Sus enemigos intentan dominarlo. Con lenguaje figurado, los describe como personas que han «cavado hoyos» para él. Estos hombres lo persiguen como cazadores que ponen trampas para atrapar animales.

Crear dispositivos y mecanismos que desvían a las personas de buen corazón, especialmente a las que andan en caminos rectos, quebranta las leyes de Dios. Dios es misericordioso incluso con los animales domésticos. Bajo la Ley, el maltrato animal constituía un delito menor que requería restitución. Éxodo 21.33, 34a dice: «Y si alguno abriere un pozo, o cavare cisterna, y no la cubriere, y cayere allí buey o asno, el dueño de la cisterna pagará el daño, resarciendo a su dueño».

Según Salmos 7.16, Dios permitirá que la iniquidad del hombre que cava hoyos para dañar a otros recaiga sobre su propia cabeza. Jeremías escribió sobre quienes lo rodeaban y buscaban atraparlo: «Porque fueron hallados en mi pueblo impíos; acechaban como quien pone lazos, pusieron trampa para cazar hombres. [...] Se engordaron y se pusieron lustrosos, y sobrepasaron los hechos del malo» (Jer 5.26–28a).

Dios derribará a las naciones orgullosas de la misma manera. David escribió sobre las naciones derrotadas diciendo: «Se hundieron las naciones en el hoyo que hicieron; en la red que escondieron fue tomado su pie» (Sal 9.15).

El autor de Salmos 32 buscó ser un siervo fiel de Dios, con un corazón libre de engaño (32.2b). Quienes intentan hacer tropezar a quien busca

llevar una vida buena son considerados extremadamente malvados. El autor de Salmos 119 no quiere ser uno de ellos. Además, no acusará falsamente a las personas ni las engañará deliberadamente de ninguna manera.

Sus enemigos son hombres que **no proceden según la ley** de Dios. Son perversos en pensamiento y obra. Se oponen a la verdad con rebeldía y se han aliado con el espíritu del mal. Ignoran la Palabra de Dios. Cuando mienten contra el salmista, su corazón arde de indignación (119.53). En el Sermón del Monte se prometió una bienaventuranza a personas como el salmista: «Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo» (Mt 5.11).

Versículo 86. (כָּל-מִצְוֹתָיְךָ, *col-mitsotheka*, «Todos tus mandamientos».) **Todos tus mandamientos son verdad.** Entre los muchos elogios que se pueden dar a los «mandamientos» de Dios, se encuentra la suprema afirmación de que son expresiones de Su fidelidad o confiabilidad. La palabra hebrea מְנוּנָה (*'munah*) es el sustantivo «fidelidad». Dios ha «recomendado» Sus «testimonios» como «rectos y muy fieles» (119.138). Nadie encontrará en los mandamientos de Dios una sola palabra de error o falsedad, pues cada una de ellas permanece fiel a Su carácter justo.

El versículo 86 comienza con una palabra tremendamente amplia: «Todos». Cada palabra que Dios ha pronunciado es fiel, verdadera e impecable. La segunda parte de esta afirmación incluye una guía perfecta: «tus mandamientos». Las instrucciones de Dios proporcionan una guía completa para una vida irreprochable. La última parte del testimonio del autor posee una integridad absoluta.

El autor no titubea en cuanto a la Palabra, a pesar de estar en serios problemas. Sufre en medio de personas infieles. Clama a Dios, diciendo: **ayúdame.** Sus enemigos le **persiguen [sin causa]**. Sus enemigos lo han perseguido con una mentira. Usa la palabra «perseguir». La palabra hebrea רָדַף (*radaph*) puede querer decir «seguir», «presionar», «cazar», así como «perseguir».

Estos perseguidores lo han acusado falsamente y le han hecho la vida difícil. Más adelante en la oración, dice de ellos: «Se acercaron a la maldad los que me persiguen; se alejaron de tu ley» (119.150). También afirma: «Muchos son mis perseguidores y mis enemigos, mas de tus testimonios no me he apartado» (119.157). Se refiere a algunos de ellos como «príncipes» en el versículo 161: «Príncipes

me han perseguido sin causa, pero mi corazón tuvo temor de tus palabras».

Sus enemigos, con mentiras y falsedades, han organizado una persecución maliciosa contra él. La base de este acoso consiste de quizás algún tipo de informe escandaloso que han compilado en su contra. Él puede decir: «Porque he aquí están acechando mi vida; se han juntado contra mí poderosos. No por falta mía, ni pecado mío, oh Jehová; sin delito mío corren y se aperciben» (59.3, 4a).

El salmista sabe que Dios es el único que puede preservarlo. Es muy consciente de que no puede ser salvo por personas buenas ni naciones benévolas. Clama al Señor con una simple oración: «ayúdame». Su súplica, cuando es ampliada, se asemeja a la siguiente súplica: «Esté tu mano pronta para socorrerme, porque tus mandamientos he escogido» (119.173). No sabe qué le harán sus enemigos, sin embargo, desea vivir para poder alabar a su Dios (119.175). Como otro salmista, ora diciendo, en esencia: «Oye, oh Jehová, y ten misericordia de mí; Jehová, sé tú mi ayudador» (30.10). Su esperanza reside en Dios, y puede decir: «He aquí, Dios es el que me ayuda; el Señor está con los que sostienen mi vida» (54.4).

Versículo 87. (טמט, *cim'at*, «casi».) Este hombre se lamenta y dice: **Casi me han echado por tierra.** Sus pruebas han sido severas. Le menciona a Dios que su vida casi ha sido extinguida por estos ministros satánicos de maldad.

Usa la palabra hebrea que normalmente se traduce como «consumido», חָלַהּ (*calah*), una vez más. Este adjetivo aparece tres veces en esta estrofa (vv. 81, 82, 87). En el versículo 81, *calah* se traduce como «desfallece». El versículo 82 dice «desfallecieron mis ojos», y este versículo dice «echado por tierra». Sus múltiples traducciones evidencian que esta palabra tiene muchos significados posibles. El contexto siempre moldea la forma como se traduce. *Kalah* también se usa en Salmos 73.26: «Mi carne y mi corazón desfallecen [*calah*], mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre».

Con la palabra hebrea para «casi», טמט (*ma'at*), el autor comunica la idea de «por poco». Transmite que está al borde de su vida y que sus enemigos casi lo han vencido. Está a solo un paso o dos de ser «echado por tierra». En realidad, está diciendo: «En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies; por poco resbalaron mis pasos» (73.2). Podía decir: «Cada día mi vergüenza está delante de mí, y la confusión de mi rostro me cubre, por la voz del que

me vitupera y deshonra, por razón del enemigo y del vengativo» (44.15, 16).

A pesar de sus circunstancias, el salmista le dice a Dios: **Pero no he dejado tus mandamientos.** Planea mantenerse fiel a lo que le ha sido revelado. Sus enemigos lo han «avergonzado», lo «han rodeado», «contra [él] forjaron mentira», lo «han calumniado» y casi lo «han echado por tierra» (119.42, 61, 69, 78, 87). A pesar de los ataques que enfrenta, está decidido a permanecer firme en la Palabra de Dios, a confiar en Sus preceptos, a tener presente Su ley, a observar Sus testimonios y a meditar en Sus mandamientos.

Versículo 88. (חַסָּדָה, *c^echasad^eka*, «conforme a tu misericordia».) Desanimado, el salmista le suplica a Dios: **Vivifícame conforme a tu misericordia.** Este hombre no busca simplemente alivio de su persecución; desea una renovación de su vida en Dios.² Señala una verdad fundamental que se mantiene en cada época como la fuente última de vida. Todo siervo de Dios comprende la verdad de la «misericordia» de Dios. La oración de este siervo se basa en esa verdad.³

Para estar seguro, busca una vivificación de vida; sin embargo, desea la clase de vida que es «conforme a [Su] misericordia»⁴, esto es, una vida perdonada o redimida (119.154). Anhela una vida conforme a Su «palabra», una vida fiel (119.25). Desea una vida según los caminos de Dios: una vida dirigida por Dios (119.37). Desea una vida que le sea dada conforme a Su justicia, esto es, una vida piadosa (119.40). Desea una vida que se pueda vivir guardando la Palabra y que participe de la naturaleza eterna de Dios (119.88). Desea que las misericordias de Dios —no en singular, sino en plural— lo cubran, lo llenen y lo controlen por completo (119.41).

Busca esta vivificación y así **[guardar] los testimonios de la boca** de Dios. Este hombre redimido jura implícitamente que usará su vivificación para llevar una vida más obediente a la Palabra de Dios. Desea ser salvo de sus circunstancias destructivas para guardar el testimonio del Dios que lo ha salvado.

Todo siervo fiel desea pasar sus pruebas extremas de la misma manera. El siervo del Anti-

² «Vivifícame» también se encuentra en 119.107, 149, 154, 156 y 159.

³ Veá Sal 80.18; 119.25, 37, 40; Jn 6.63; Ro 8.11; Ef 2.1; 1ª P 3.18.

⁴ «Conforme a [Su] misericordia» aparece en 119.88, 124, 149 y 159.

guo Testamento desearía vivir en obediencia a la Palabra de Verdad de la boca de Dios. De manera similar, el cristiano del Nuevo Testamento reconoce con gozo: «¡Cristo está conmigo!». El salmista sabe poco (o nada) de Cristo, sin embargo, comprende el valor de la obediencia a la Palabra que Dios le ha dado. Es a esa vida de obediencia a la que se dedica.

LA ESTROFA CAF EN HEBREO

- (81) כָּל־תָּהָה לַתְּשׁוּעָתֶךָ נִפְשֵׁי לְדַבָּרֶךָ יִחַלְתִּי :
- (82) כָּל־יְמֵי לְאִמְרֹתֶיךָ לְאִמֵּר מִתִּי תִנְחַמְנִי :
- (83) כִּי־הָיִיתִי בְּנֶאֱדָר בְּקִיטוֹר חֲקִיךָ לֹא שָׁכַחְתִּי :
- (84) כִּמְהָ יָמֵי־עֲבֻדָּתְךָ מִתִּי תַעֲשֶׂה בְּרֹדְפֵי מִשְׁפָּט :
- (85) כְּרוּ־לִי יָדַיִם שִׁיחֹת־אֲשֶׁר לֹא כְתוּרְתֶיךָ :
- (86) כָּל־מִצְוֹתֶיךָ אֲמוּנָה שִׁקֵּר דָּפוּנֵי עֲזָרְנִי :
- (87) בְּמַעַט כְּלוּנִי בְּאֶרֶץ וְאֲנִי לֹא־עֲזָבְתִי פִקְוֹתֶיךָ :
- (88) בְּחֶסֶדְךָ תִּגְנִי וְאֲשַׁמְרֶה עֲרוֹת פִּיךָ :

APLICACIÓN

Quando Dios parece distante (119.81–84)

El autor de este salmo se sentía perturbado por el aparente silencio de Dios. Su oración en 119.81–84 expresa la pregunta: «¿Cuándo me consolarás?». Este hombre había orado para que Dios se dirigiera a los enemigos que lo estaban confrontando, y quería saber cuánto tiempo tendría que esperar la respuesta de Dios.

¿Qué puede decirse del silencio de Dios? Nosotros, al igual que este hombre, quisiéramos saber cómo debemos responder cuando Dios parece estar distante. A medida que consideramos el tema, varios hechos son relevantes.

Primer hecho: Dios nunca está inactivo. Jamás descansa de velar por Sus siervos. Salmos 121.4 dice: «He aquí, no se adormecerá ni dormirá el que guarda a Israel». La afirmación no solo era cierta con respecto al antiguo Israel, sino también para nosotros ahora, como pueblo de Dios que somos.

Segundo hecho: Si Dios espera, siempre espera por una razón. Si no ha respondido nuestras oraciones, está dedicando tiempo a prepararse para responderlas. Si oramos por la conversión de alguien, puede que se necesite tiempo para que a esa persona se le instruya. Si oramos por sanidad, Dios podría responder esa oración mediante la aplicación de medicamentos y la reconstrucción natural de las células del cuerpo.

Tercer hecho: Dios siempre está trabajando para fortalecer la fe y la confianza de Sus siervos. Vemos a nuestro alrededor las heridas y cicatrices causa-

das por el pecado; sin embargo, el mundo es un lugar maravilloso para desarrollar una confianza duradera en Dios. Santiago nos instó a tener por sumo gozo cuando nuestra fe es puesta a prueba, porque la prueba de nuestra fe produce paciencia (Stg 1.2, 3). Pedro nos enseñó otra verdad importante sobre el sufrimiento: «Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios» (1ª P 2.20b). Dios a menudo nos permite esperar en Su Palabra para que aprendamos a confiar en Él cuando no vemos Sus acciones inmediatas en nuestras vidas.

Cuarto hecho: Dios siempre es bueno y nunca es cruel. El libro de Salmos enfatiza que Dios es bueno. En numerosas ocasiones, este libro dice algo similar a lo que se afirma en 100.5: «Porque Jehová es bueno; para siempre es su misericordia, y su verdad por todas las generaciones». El silencio de Dios jamás debe darnos la impresión de que nos ha olvidado o de que no está siendo bueno con nosotros.

Quinto hecho: Dios quiere que aprendamos la importancia de ser fieles en nuestra obediencia, incluso cuando no entendemos lo que está haciendo. Dios no puede decirnos todo sobre Sus acciones. Si lo hiciera, no podríamos comprenderlo.

Tenemos que estar contentos con el plan que Dios nos ha mostrado en las Escrituras. Nos corresponde hacer lo que Él nos ha ordenado con amor, fe y compromiso. Tenemos que reconocer que Dios hará lo mejor para nosotros y para el mundo mediante Su propósito eterno.

Sexto hecho: Dios jamás desperdicia. Es generoso con Su gracia; sin embargo, es conservador con respecto a cualquier desperdicio. Nuestro tiempo es más valioso para Él que para nosotros, y nos ha pedido que lo administremos con sabiduría. Dijo por medio de Pablo: «Mirad, pues, con diligencia cómo andéis, no como necios sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los días son malos» (Ef 5.15, 16). Tenemos que recordar que el Dios perfecto que nos dio este encargo usará cuidadosamente nuestro tiempo en Su gran plan para crezcamos más plenamente a Su imagen. No invalidará nuestras malas decisiones, sino que trabaja constantemente para ayudarnos a alcanzar nuestro potencial.

Séptimo hecho: En el corazón de nuestra fe en Dios está la verdad de que Dios siempre nos es fiel. Pablo nos dio una palabra de alabanza que tiene que ser

(Continúa en la página 52)

(Viene de la página 22)

La Palabra establecida

Estrofa 12: *Lamed*

⁸⁹Para siempre, oh Jehová,
Permanece tu palabra en los cielos.
⁹⁰De generación en generación es tu fidelidad;
Tú afirmaste la tierra, y subsiste.
⁹¹Por tu ordenación subsisten todas las cosas
hasta hoy,
Pues todas ellas te sirven.
⁹²Si tu ley no hubiese sido mi delicia,
Ya en mi aflicción hubiera perecido.
⁹³Nunca jamás me olvidaré de tus mandamien-
tos,
Porque con ellos me has vivificado.
⁹⁴Tuyo soy yo, sálvame,
Porque he buscado tus mandamientos.
⁹⁵Los impíos me han aguardado para des-
truirme;
Mas yo consideraré tus testimonios.
⁹⁶A toda perfección he visto fin;
Amplio sobremanera es tu mandamiento.

En la duodécima estrofa, la letra hebrea ל (lamed) continúa el patrón acróstico. Siete de los versículos comienzan con palabras que llevan la preposición *lamed* prefijada. Esta preposición suele traducirse como «a», «para» o «en». El versículo 92 comienza con la palabra *lule* (לֹלֵ), que quiere decir «excepto» o «si» (como conjunción condicional).

De las grandes palabras que designan la Palabra de Dios, cinco aparecen en esta estrofa: «palabra» (v. 89); «ordenación» (v. 91); «ley» (v. 92); «mandamientos» (vv. 93, 94, 96); «testimonios» (v. 95). El versículo 90 contiene «fidelidad», que indirectamente se refiere a la Palabra de Dios como una clara expresión de Su fiabilidad.

Versículo 89. (לְעוֹלָם, *l'olam*, «Para siempre».) El salmista comienza la estrofa con una referencia a la eternidad de Su Palabra: **Para siempre, oh Jehová,**

permanece tu palabra en los cielos. El versículo en el texto hebreo comienza con dos palabras de alabanza, que se traducen como «Para siempre, oh Jehová». Esta frase da el origen de la Palabra divina, mientras que el resto del versículo enfatiza la naturaleza de la misma. El autor alaba a Dios por haberle dado una porción de la Palabra eterna y absolutamente estable que Él ha pronunciado.

Este versículo probablemente se conecta con los dos anteriores en la estrofa anterior. El autor presenta ante el Señor su desesperada situación, recordándole que sus enemigos casi lo han destruido (119.88). Por medio de su tragedia, ha encontrado consuelo en la obediencia a la Palabra de Dios. Jura diciendo: «Pero no he dejado tus mandamientos» (119.87b).

A medida que continúa alabando la Palabra, el autor agradece y adora por sus extraordinarias dimensiones. Reconoce su *naturaleza divina*. Habiendo reconocido la Palabra como una extensión del ser de Dios, dice: «Permanece tu palabra en los cielos». En este sentido, reconoce que las palabras de Dios tienen Sus atributos incrustados en ellas. Siempre que Dios ha hablado, Sus palabras han manifestado Su mente e impartido Su personalidad y poder divinos. Por necesidad, Su Palabra posee cualidades que permiten la comunicación de Su mensaje con las mentes humanas.

Este hombre también ve la *naturaleza perdurable* de la Palabra divina. Llega a comprender que la Palabra suprema de Dios posee una cualidad eterna. Preguntamos: «¿Quién es Dios?», y las Escrituras responden: «Él es el Eterno». De Él, el Espíritu dijo: «Antes que nacieran los montes y que dieras a luz la tierra y el mundo, desde la eternidad y hasta la eternidad, tú eres Dios» (90.2). Por lo tanto, lo que puede decirse de Dios también puede decirse de

Su Palabra. En consecuencia, desde la eternidad pasada hasta la eternidad futura, la Palabra de Dios ha permanecido y siempre permanecerá. No se puede perder, ignorar ni destruir.

A continuación surge otra verdad: *la firmeza o la naturaleza poderosa* de la Palabra tiene una importancia inconmensurable. Con una comprensión profunda, el autor afirma que la Palabra «permanece [נצח, *natsab*] en los cielos». La Palabra de Dios está perfectamente anclada o «permanece» en el trono de Dios. *Natsab* puede querer decir «establecido», «erigido» o «colocado sólidamente». Este hombre alaba a Dios por la fiabilidad de Su Palabra eterna. Cree que quien ha depositado su confianza en esta Palabra confía en aquello que no puede ser quebrantado ni sacudido.

En un nivel práctico, la Palabra de Dios tiene una solidez evidente. Nada en el mundo creado puede ser jamás más fuerte ni más confiable que Su Palabra, que mantiene al mundo unido. Esta es una verdad cohesiva. Pedro se refirió a ello: «... pero los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2ª P 3.7).

Este autor ama tanto la ley de Dios que la describe en su salmo con el lenguaje más enérgico posible. Considera estas palabras divinas como «el camino de la verdad» (119.30), como los justos «juicios» (119.75, 106), como intrínsecamente «buenos» (119.39), como absolutamente «verdad» (119.86), como testimonios «maravillosos» (119.129), como la palabra «sumamente pura» (119.140), y como la «verdad» completa (119.160).

Versículo 90. (לִדְוֹר וְדֹר, *l'dor wador*, «es tu fidelidad».) El salmista añade: **De generación en generación es tu fidelidad.** En hebreo, en realidad, dice: «De generación en generación tu fidelidad».

La fidelidad del Señor se refleja en la coherencia de todos Sus pensamientos, acciones y palabras. El hecho de que la frase «tu fidelidad» aparezca en otras versiones al principio de la oración indica que el autor enfatiza especialmente la continuidad eterna de la fidelidad de Dios. La existencia tangible de la tierra da testimonio de Su fidelidad. Hebreos 11.3 señala que esta es una evidencia irrefutable del Dios invisible: «Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía».

El autor abordó el tema de la naturaleza eterna de la Palabra en el versículo anterior, y ahora se

centra en la «fidelidad» de Aquel que la pronunció. Eleva su corazón y ensalza la confiabilidad de Dios, el poder supremo de la tierra, que sostiene a las huestes celestiales y al universo en su lugar.¹

Este atributo de integridad se manifiesta como veracidad divina o perfecta. En un sentido más profundo e integral, la «fidelidad» es la manera y el comportamiento de las acciones, pensamientos, acciones y planes de Dios. Se manifiesta con absoluta consistencia en todo lo que hace.

La veracidad es el componente más básico de Sus promesas. No se puede encontrar paz en la obediencia a Dios a menos que su corazón afirme que «Todos [sus] mandamientos son verdad» (119.86). Incluso la acción de Dios de reprender o administrar disciplina implica Su confiabilidad en términos de motivación y supervisión. El autor ve esta verdad en su propia experiencia. Él oró: «... conforme a tu fidelidad me afligiste» (119.75b). Dios no permitiría que Su pueblo fuera afligido de ninguna otra manera.

En resumen, la fidelidad es el camino perfecto de Dios, pues dice: «Has ordenado tus testimonios con justicia y suma fidelidad» (119.138). Dios ejemplifica la integridad perfecta de Su ser.

El autor ha expresado la constancia de la fidelidad de Dios con una cronología exaltada. Su confiabilidad se extiende a todos; se transmite de generación en generación. Desde esta perspectiva, se puede decir que el mundo entero siempre ha estado, y siempre estará, lleno de ella. Una alabanza apropiada a Dios enfatiza la amplitud de Su fidelidad: «Jehová, hasta los cielos llega tu misericordia, y tu fidelidad alcanza hasta las nubes» (36.5). Su fidelidad se extiende hacia arriba y hacia afuera, sin embargo, también a lo largo del tiempo terrenal y la eternidad. No tiene límites, siendo ilimitada en su presencia y resistencia. No puede ser limitada por nada, excepto por los confines de Su voluntad. Dios es absolutamente confiable en toda circunstancia, en todo lugar, con cada persona y en todo momento.

Este hombre afirma una verdad: **Tú afirmaste la tierra, y subsiste** [אָמַדָּה, *'amad*]. Esta fiabilidad de Dios se visualiza en la tierra misma, ya que es una de las realidades más evidentes que las personas pueden ver y conocer. La permanencia de la tierra, en su rotación a lo largo del tiempo y el espacio,

¹ Se cuestiona a menudo que el versículo 90 haga referencia a la Palabra. Utiliza la palabra para «fidelidad» (אָמַדָּה, *'emunah*), que también puede traducirse como «verdad», como referencia a Dios y no a Su Palabra.

irradia el carácter de Dios. Este autor la ve como una de las manifestaciones más tangibles de Su confiabilidad. *'Amad* quiere decir básicamente «estar ante». Esta frase podría ser la única vez que *'amad* se usa con este propósito en Salmos. Cada parte de la tierra y de los cielos funciona como un siervo de Dios. Participamos de la tierra al vivir en ella; nos regocijamos en ella al contemplarla y maravillarnos con ella. Las personas racionales se dan cuenta de que constituye una magnífica muestra de la gloria de Dios.

Versículo 91. (מִשְׁפָּטָא, *l'mishpastka*, «a tus ordenanzas».) El autor continúa diciendo: **Por tu ordenación subsisten todas las cosas hasta hoy.** La expresión «todas las cosas» podría referirse tanto a los mandatos de Dios como a la tierra y los cielos. El contexto enfatiza la creación de la tierra, lo que sugeriría que «todas las cosas» se refiere a la tierra y los cielos. Quizá «la tierra» sea una figura retórica amplia que abarca tanto la tierra como los cielos.

Cada parte de la tierra y los cielos se mantiene en su lugar y en el tiempo por y por medio de los juicios de Dios. Los cielos, con sus espacios vacíos y cuerpos celestes, han sido establecidos según el señorío de Dios. La tierra está bajo Su control divino mediante Su providencia y revelación, que guarda y guía a Su pueblo y a Su mundo en Su propósito eterno. Sus palabras sostienen nuestro planeta en su órbita espacial, protegiéndolo hasta que Él decreta que ha cumplido su misión. En todo momento, Sus ordenanzas señorean la tierra y los cielos, aunque la destrucción de los mismos llegará al final de los tiempos. La Palabra de Dios pronostica la esperanza de Su pueblo redimido: «Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia» (2ª P 3.13).

La frase **pues todas ellas te sirven** no parece referirse a sus siervos humanos, sino a la tierra y los cielos físicos. De forma vívida, poética y majestuosa, David reveló esta verdad en 19.1-4:

Los cielos cuentan la gloria de Dios,
Y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
Un día emite palabra a otro día,
Y una noche a otra noche declara sabiduría.
No hay lenguaje, ni palabras,
Ni es oída su voz.
Por toda la tierra salió su voz,
Y hasta el extremo del mundo sus palabras.
En ellos puso tabernáculo para el sol.

Sus manos creadoras se manifiestan en la tierra

y los cielos y por medio de ellos, los cuales proclaman Su gloria. Sus siervos humanos también trabajan para Su gloria cuando enseñan, oran y sirven. «Todas» —no unas pocas cosas especiales, sino la totalidad de «todas las cosas»— funcionan como siervos de Dios. El hecho de que el Dios que amamos se preocupa por los Suyos en Sus planes y propósitos para el mundo escapan a nuestra comprensión. Él usa a todas las entidades existentes como Sus siervos, y las usa para servir a todos Sus seguidores justos.

Versículo 92. (לֵלֵי, *luley*, «Si».) Este versículo comienza con una condición: **Si tu ley no hubiese sido mi delicia.** El autor vuelve a referirse a las pruebas por las que había orado anteriormente. Siguen pesando mucho en su mente. Ha sido liberado de algunas de ellas; y ha alabado a Dios por las grandes liberaciones.

El **ya** del autor constituye el punto de inflexión principal de su oración. Si no fuera por ese gozo, esencialmente dice: «No habría superado mi prueba. Habría resultado en mi muerte». Afirma en el siguiente versículo que las palabras de Dios le han dado vida. Cree que los impíos a su alrededor lo han esperado; sin embargo, en lugar de rendirse por temor, recurre a la Palabra de Dios y considera «más [Sus] testimonios» (119.95).

¿Cómo ha sido la Palabra de Dios su delicia? La palabra hebrea es מִשְׂשׂוֹתֵי (sha'ashu'im), un sustantivo plural que quiere decir «gozos» o «alegrías espirituales». Las enseñanzas de la «ley» guían a este hombre por un valle oscuro, como lo haría un consejero. Tenemos que sopesar sus palabras: «Pues tus testimonios son mis delicias y mis consejeros» (119.24).

La Palabra le recuerda al salmista la gracia de Dios y Su interés en salvarlo. Ora diciendo: «Vengan a mí tus misericordias, para que viva, porque tu ley es mi delicia» (119.77). Más adelante dice: «He deseado tu salvación, oh Jehová, y tu ley es mi delicia» (119.174). Recordar la «ley» ayuda a este hombre a comprender cómo afrontar sus desafíos. Observar los mandamientos y las promesas de Dios le muestra el camino al éxito. Lo transforma de la desolación de sus problemas al triunfo de su fe. Dice: «Aflicción y angustia se han apoderado de mí, mas tus mandamientos fueron mi delicia» (119.143).

Sin alegría, este hombre **en su aflicción hubiera perecido.** La palabra hebrea para «perecido», אָבַד (*'abad*), puede querer decir «destruido» o «aniquilado». La Palabra de Dios sostiene, sana y mantiene

al autor anclado en Sus promesas y poder.

Versículo 93. (לֹלַם, *l'olam*, «nunca».) Este hombre le dice al Señor: **Nunca jamás me olvidaré de tus mandamientos.** La palabra hebrea לֹלַם (*l'olam*) se traduce como «para siempre» en 119.89. Mientras reflexiona sobre las promesas de Dios, el autor le promete que cumplirá Sus «mandamientos». Su compromiso sin duda implicará más que simplemente recordar estos mandamientos. Se propone llenar su corazón con ellos mientras se esfuerza diariamente por obedecerlos. Comienza esta línea con la misma palabra hebrea que se encuentra en 119.89, *l'olam*. La Palabra de Dios está establecida *para siempre* en el cielo, y estas palabras serán recordadas *eternamente* en su corazón.

Su firme determinación es solo uno de los compromisos significativos que pronuncia en la totalidad de su oración. Estas afirmaciones o votos se dividen en siete declaraciones de propósito. Primero, promete *mejorar su mente* meditando en la Palabra de Dios (119.15, 27, 48). Segundo, resuelve *ser más obediente* (119.57, 145). Con esto, busca adoptar la imagen de Dios. Tercero, desea *profundizar su decisión* de servirle a Dios. Confirmará su voto cumpliéndolo (119.106). Cuarto, se compromete a *ser diligente* en la búsqueda de Dios cumpliendo sus promesas a Él. Cree que como resultado Dios ensanchará su corazón (119.32). Quinto, promete *hacer permanente su obediencia* proponiéndose a guardar la ley de Dios para siempre (119.44, 93). Sexto, desea *cultivar y mantener un corazón agradecido* (119.7). Séptimo, se compromete a *aprender a regocijarse* en la Palabra. Guiará su corazón para ver el gozoso valor de los estatutos de Dios (119.16).

Su razón fundamental para guardar los mandamientos de Dios es la sustentación de la vida: **Porque con ellos me has vivificado.** Dios vivifica mediante Su Palabra. La petición del salmista implica una triple súplica: sustento terrenal, enriquecimiento y vida eterna. El salmista desea una vivificación «según [Su] palabra» (119.25, 107, 154 [«con tu palabra»]) o «conforme a [Su] juicio» (119.149). Desea que esta nueva vida sea «en [el] camino» de Dios, «en [Su] justicia» y «conforme a [Su] misericordia» (119.37, 40, 88, 159).

Versículo 94. (לְכָאֲנִי, *l'ka-'ani*, «Yo a ti».) El autor suplica a Dios, diciendo: **Tuyo soy yo, sálvame.** No se puede cuestionar la lealtad del autor. La afirma con su contundente declaración: «Tuyo soy yo». El hebreo a menudo omite el verbo, como ocurre aquí. Dado que la frase hebrea לְכָאֲנִי (*l'ka-'ani*) quiere

decir «Yo a ti», se ha añadido un verbo para que esta afirmación de entrega sea gramaticalmente completa. La mayoría de las traducciones contienen el verbo añadido «soy» y lo traducen como «Soy Tuyo». Sin embargo, algunas traducciones matizan ligeramente el anuncio: «Sálvame, porque soy Tuyo». Colocar «sálvame» primero debe ser una decisión arbitraria de los traductores, ya que la declaración «Soy tuyo» aparece primero en el texto hebreo.

El salmista le pertenece a Dios. Se ha rendido a Él y busca en Él la salvación. Su clamor es una súplica de una sola palabra con un sufijo pronominal en primera persona: «Sálvame». Está actuando consciente de que tener propiedad conlleva obligaciones. Quizás esté diciendo: «Soy tu siervo, y por favor recuerda que necesito que cuides de tu propiedad».

Este autor no menciona el problema al que se refiere de manera indirecta, sin embargo, su súplica probablemente es reflejo de los enemigos mencionados en el párrafo anterior de su oración (119.83–87). La salvación que anhela tiene que ser la salvación por la que su alma languidece (119.81) y por la que sus ojos se cansan de esperar (119.82). Cree que se le está acabando el tiempo. En esencia, está preguntándole a Dios: «¿Cuándo enviarás la ayuda que necesito?».

Hace tal petición porque demuestra una obediencia sincera. Afirma: **Porque he buscado tus mandamientos.** La palabra hebrea para «buscado», דָּרַשׁ (*darash*), también puede transmitir la idea de «pedir» o «perseguir». Tiene un fuerte significado, como se ve en 119.10: «Con todo mi corazón te he buscado». Este salmista se esfuerza celosamente por ser un siervo fiel. No se limita a observar o pensar casualmente en las palabras de Dios; las busca con fervor. La ley del Señor es más valiosa para él «que millares de oro y plata» (119.72).

Este hombre nos recuerda a los que buscan en las parábolas del Señor en Mateo 13.44–46. Jesús dijo:

Además, el reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo, el cual un hombre halla, y lo esconde de nuevo; y gozoso por ello va y vende todo lo que tiene, y compra aquel campo.

También el reino de los cielos es semejante a un mercader que busca buenas perlas, que habiendo hallado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró.

Ha descubierto el tesoro escondido y está dispuesto

a renunciar a todo para obtenerlo. Se podría decir que el salmista es el hombre que busca la perla invaluable: la Palabra de Dios.

Versículo 95. (לִי, *liy*, «me han».) El salmista explica su situación: **Los impíos me han aguardado para destruirme.** Los problemas acechan a este justo, y le molestan. Sus enemigos esperan pacientemente (קָוָה, *qawah*) una oportunidad para tenderle una emboscada. Si surge una oportunidad, sus adversarios intentarán devastarlo. Cree que los malvados están motivados por un designio diabólico para destruirlo (אָבָד, *'abad*).

¿Ansían estos enemigos su destrucción espiritual o física? ¿Será posible que deseen ambas? El reproche que le lanzan es tan repulsivo que le teme (119.39). Afirma que «se burlaron mucho de [él]» (119.51). Cree que las «compañías de impíos» lo han «rodeado» y lo sujetan con fuerza (119.61). Sus enemigos lo han asaltado con sus mentiras (119.69, 78, 86). Ha sido «afligido [...] en gran manera» (119.107). En su desesperación, dice: «Mi vida está de continuo en peligro» (119.109). Ve su situación como persecución (119.81, 82, 157, 161), opresión (119.134), subversión (119.78) y aflicción (119.153). Clama para que Dios le conceda redención (119.154), salvación (119.81), una vivificación (119.88) y alivio conforme a Su misericordia (119.124).

El salmista le dice al Señor: **mas yo consideraré tus testimonios.** La palabra hebrea para «consideraré», בִּין (*bin*), es la que normalmente quiere decir «obedecer» u «cumplir». Independientemente de la gravedad de sus dificultades, mantiene su mente en los «testimonios» de Dios. Sus peores enemigos no pueden distorsionar, disminuir ni destruir su fe. Las promesas de Dios lo consuelan en su dolor; Sus mandamientos lo guían; y Sus juicios lo mantienen pensando conforme al corazón de Dios.

El salmista desea consumir las revelaciones de Dios, y sabe que el Dios justo se asegurará de que tenga acceso a ellas a Su manera y en el tiempo que Él le indique. Buscará la verdad de Dios hasta absorberla por completo.

El salmista reconoce que Dios desea que Su pueblo guarde Sus preceptos. Ora diciendo: «Tú encargaste que sean muy guardados tus mandamientos» (119.4). Promete que será diligente en lo que Dios ha ordenado.

En la respuesta de este hombre a la verdad de Dios vemos el camino que tienen que recorrer los estudiantes de la Palabra de Dios. Primero, tienen que buscar la Palabra. Segundo, tienen que consi-

derarla de manera cuidadosa. Tercero, tienen que guardarla u obedecerla. Cada una de estas acciones debe abordarse con un espíritu decidido y sincero. Estas constituyen los tres pilares de la obediencia. Cada acción pierde importancia sin las otras dos.

Versículo 96. (לְכֹל, *l'kol*, «a toda».) Este hombre admite: **A toda perfección he visto fin.** Ha presenciado muchos intentos de éxito. Ha visto a quienes poseen el talento de la invención y la imaginación trabajar arduamente para descubrir soluciones a las dificultades de la vida. Ha presenciado a conocedores de la riqueza, las posesiones y la propiedad alcanzar la máxima realización humana. Ha visto a líderes en puestos importantes buscar la paz en la tierra; ha visto a hombres en el campo de la medicina buscar la perfección en la salud física. Ha observado a otros alcanzar el éxito mediante ideas, discursos, debates y educación.

Sin embargo, expresa concisamente su juicio general sobre lo que ha visto y considerado: «A toda perfección [תִּכְלָה, *tiklah*] he visto fin». *Tiklah* es un término hebreo que tiene que ver con la naturaleza temporal de «terminar», «completar» o «poner fin». La traducción más clara del sentido de la oración es: «He visto un límite a todo lo demás, sin embargo, tus mandamientos no tienen límite».

La palabra de la que proviene «fin», קֶצֶת (*qets*), tiene el significado básico de «fin, límite o frontera».² Cuando la palabra aparece en un contexto similar en el Antiguo Testamento, se refiere a una conclusión temporal. Job usó ambas palabras hebreas —*qets* y *tiklah*— al hablar de una exploración minera: «A las tinieblas ponen término [*qets*, “fin” en 119.96] y examinan todo a la perfección [*tiklah*, “perfección” en 119.96], las piedras que hay en oscuridad y en sombra de muerte» (Job 28.3). Job también habló del fin del habla con *qets* en Job 16.3. «¿Tendrán fin [*qets*] las palabras vacías? ¿O qué te anima a responder?». Jeremías usó la palabra en sus lamentos por Jerusalén: «Se acercó nuestro fin [*qets*], se cumplieron nuestros días; porque llegó nuestro fin [*qets*]» (Lm 4.18b).

Para plantear la observación del salmista en 119.96 en forma de pregunta, podríamos preguntar: «¿Quién puede encontrar la perfección siguiendo cualquiera de estas direcciones que el hombre ha elegido?». Lo que desea comunicar tiene que ser lo

² John R. Kohlenberger III y William D. Mounce, eds., *Kohlenberger/Mounce Concise Hebrew-Aramaic Dictionary of the Old Testament (Diccionario conciso hebreo arameo Kohlenberger/Mounce del Antiguo Testamento)*, edición Accordance 3.4, OakTree Software, 2012.

siguiente: los intentos del hombre por alcanzar la perfección no pueden acercarse a la perfección de la Palabra. Ningún esfuerzo de la raza humana puede jamás acercarse a la Palabra de Dios en integridad o infalibilidad. Ningún ingenio humano puede alcanzar el estatus de la Palabra. Su revelación supera todas las invenciones y producciones de los seres humanos más brillantes que hayan vivido.

Sin duda, la gran verdad sobre la Palabra de Dios la constituye la perfección superlativa de la misma: **Amplio sobremanera es tu mandamiento.** La palabra «mandamiento» es singular, sin embargo, aparentemente representa todo el conjunto de mandamientos que Dios ha dado.

Estos mandamientos son eternos en longitud, y son lo suficientemente amplios como para abarcar cada dimensión de la vida. Son lo suficientemente elevados como para proporcionar un camino al cielo, y lo suficientemente profundos como para alcanzar los secretos designios de Dios. ¿Por qué no deberíamos alabar a Dios por ellos? En efecto, son «[amplios] sobremanera».

La palabra hebrea que se traduce como «sobremanera» es **מֵאֹד** (*m'e'od*, «muy»). La palabra «amplio» se refiere a la amplia cobertura de todas las necesidades humanas por la Palabra. Al combinarse, estas dos palabras alaban a Dios por Su Palabra en su extensión, en su profundidad de significado, en su riqueza sanadora y en su persistencia para Su propósito eterno. El tema del autor, debido a la naturaleza divina del mismo, solo puede expresarse en lenguaje simbólico. Adam Clarke formuló la

idea de forma bien escrita.³ Una adaptación nos ofrece una imagen útil de la perfección de la Palabra divina que el autor tiene que tener presente:

Todo lo de origen humano tiene límite y fin, independientemente de cuán extensos, nobles y excelentes sean. Todas las artes y ciencias, idiomas e invenciones tienen sus respectivos principios y ambiciones; sin embargo, tienen sus límites y sus culminaciones. Proviene del hombre, se relacionan con él y con él terminarán. Sin embargo, las leyes de Dios, Su revelación, conforman una imagen de Su propia mente. Son una manifestación externa de Sus propias perfecciones. Han sido concebidas y creadas a partir de Sus infinitas ideas. Fueron creadas con referencia a objetos eternos y, por consiguiente, son sumamente amplias. Trascienden los límites de la creación y se extienden ilimitadamente hacia la eternidad.

LA ESTROFA

LAMED EN HEBREO

- לְעוֹלָם יְהוָה דְּבָרְךָ נִצָּב בְּשָׁמַיִם: (89)
 לְדָר וְדָר אֲמוֹנֶתְךָ כּוֹנֵנֶת אֶרֶץ וְתַעֲמֹד: (90)
 לְמִשְׁפָּטֶיךָ עֲמְדוּ הַיּוֹם כִּי הַכֹּל עֲבָדֶיךָ: (91)
 לְוַלֵּי תוֹרָתְךָ שִׁעֲשֵׂי אֲזוּ אֲבָדְתִי בְּעֵנָי: (92)
 לְעוֹלָם לֹא־אֲשַׁכַּח פְּקוּדֶיךָ כִּי כֹם חִיִּיתֵנִי: (93)
 לֵךְ־אֲנִי הוֹשִׁיעֵנִי כִּי פִקּוּדֶיךָ דְּרָשֹׁתִי: (94)
 לִי קִנּוּ רְשָׁעִים לְאַבְדָּנִי עַד־תִּיךָ אֶתְבּוֹנֶנּוּ: (95)
 לְכֹל תִּכְלֶה רְאִיתִי קֶץ רַחֲמֶה מִצְוֹתֶיךָ מֵאֹד: (96)

³ Adam Clarke, *The Holy Bible with a Commentary and Critical Notes (La Santa Biblia con comentario y apuntes analíticos)*, vol. 3, *Job to Solomon's Song (Job a Los Cánticos de Salomón)* (Nashville: Abingdon Press, s.f.), 620.

La Palabra esclarecedora

Estrofa 13: *Mem*

⁹⁷¡Oh, cuánto amo yo tu ley!
 Todo el día es ella mi meditación.
⁹⁸Me has hecho más sabio que mis enemigos
 con tus mandamientos,
 Porque siempre están conmigo.
⁹⁹Más que todos mis enseñadores he entendido,
 Porque tus testimonios son mi meditación.
¹⁰⁰Más que los viejos he entendido,
 Porque he guardado tus mandamientos;
¹⁰¹De todo mal camino contuve mis pies,
 Para guardar tu palabra.
¹⁰²No me aparté de tus juicios,
 Porque tú me enseñaste.
¹⁰³¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!
 Más que la miel a mi boca.
¹⁰⁴De tus mandamientos he adquirido inteligencia;
 Por tanto, he aborrecido todo camino de mentira.

En esta estrofa, cada línea comienza con la decimotercera letra del alfabeto hebreo, מ (*mem*). Los versículos 97 y 103 comienzan con la misma partícula: מה (*mah*). Los demás versículos de la estrofa comienzan con la misma palabra preposicional, מִן (*min*), que sirve como indicador de origen que se traduce como «más que», «de» o «a través de». En estos versículos, *min* es añadido a la primera palabra sustantiva de la oración, lo que cambia su forma.

En cuanto a los términos principales para referirse a la Palabra de Dios, se utilizan cinco: «ley» (v. 97); «mandamientos» (vv. 98, 100, 104); «testimonios» (v. 99); «palabra» o «palabras» (vv. 101, 103); y «juicios» (v. 102).

La estrofa que nos ocupa presenta una expresi

sión continua de alabanza a la Palabra de Dios a lo largo de sus ocho versículos. Al no contener peticiones ni ruegos, es similar a la vigesimoprimera estrofa, que se centra en la letra hebrea ש (*sin*).

Versículo 97. (מה-אהבתי, *mah-‘ahab‘sthi*, «Oh, cuánto amo».) El autor comienza con la hermosa frase: ¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Alaba la Ley porque es una extensión de la mente de su Creador y Rey. «Oh, cuánto» es una traducción de מה (*mah*) y sirve como partícula de exclamación. El texto hebreo simplemente dice: «¡Cuánto amo tu ley!».

La palabra hebrea para «amor», אהב (*‘ahab*), es un verbo emotivo y expresivo. El salmista ama la Palabra, y esta le deleita el corazón. Ora diciendo: «Y me regocijaré en tus mandamientos, los cuales he amado. Alzaré asimismo mis manos a tus mandamientos que amé, y meditaré en tus estatutos» (119.47, 48).

Con esta pasión viene una lealtad perdurable a Dios. Este hombre no puede formar parte de la compañía de quienes aman solo casualmente o periódicamente. Ora diciendo: «Aborrezco a los hombres hipócritas; mas amo tu ley» (119.113). Su amor a Dios lo lleva a aborrecer la maldad, y es consciente de que Dios está ocupado eliminándola de la tierra (119.119). No puede tener camaradería con la falsedad. Con franqueza, puede decir: «La mentira aborrezco y abomino; tu ley amo» (119.163).

A medida que el salmista guarda los testimonios de Dios, desarrolla una devoción firme e inquebrantable por ellos: «Mi alma ha guardado tus testimonios, y los he amado en gran manera» (119.167). Quien obedece la Palabra de Dios tiene un corazón piadoso y un aprecio cada vez mayor por ella.

El amor de este hombre por la Ley supera todo otro amor porque le enseña a vivir. Ora diciendo:

«Por eso he amado tus mandamientos más que el oro, y más que oro muy puro» (119.127). La pureza de la Palabra lo cautiva, y esta apreciación le trae a la mente un «por lo tanto» implícito, pues dice: «Sumamente pura es tu palabra, y [por lo tanto] la ama tu siervo» (119.140). Basado en su amor por la Ley, le suplica a Dios que continúe vivificándolo conforme a Su misericordia (119.159).

Se refiere al pueblo de Dios como aquellos que aman Su nombre, y describe a Dios como alguien que tiene una relación especial con ellos. Dice: «Mírame, y ten misericordia de mí, como acostumbrabas con los que aman tu nombre» (119.132). Quienes son fieles a la Ley «mucha paz tienen», y nada puede ponerles «tropiezo» (119.165).

El salmista dice: **Todo el día es ella mi meditación.** «Meditación» es una traducción de *הִתְחַוֵּה* (*sichah*), que quiere decir «reflexionar» y también puede referirse a la oración, la reflexión o el estudio. La otra raíz hebrea que se usa en los salmos para «meditación» es *הִגָּה* (*hagah*), y transmite la idea de hablar en silencio por medio de las palabras que se usan para la meditación. Salmos 1.2 contiene un ejemplo de este uso al referirse al hombre justo que medita en la Ley día y noche.

Su respeto por la Ley se revela más plenamente a medida que la lee. Contempla en silencio los términos de obediencia, las promesas y la comunión con Dios de la misma. La verdadera piedad implica meditación. El salmista cree que la meditación le dará una mejor comprensión de los caminos de Dios. La contemplación prepara el corazón para participar en la adoración y la alabanza a Dios (119.48). Además, desea comprender los preceptos de Dios con mayor claridad para poder meditar con precisión en Sus maravillas (119.27). Por medio de su persecución, la meditación lo ayuda a mantenerse enfocado en la guía de Dios (119.23, 78). Reflexionar sobre la verdad divina es su manera de refutar los comentarios negativos de los demás y negarse a dejarse vencer por ellos.

Una dedicación sincera, una práctica continua y una reflexión profunda caracterizan su contemplación. La reflexión genuina generalmente incluye cuatro etapas de disciplina espiritual: buscar la Palabra, estudiarla, afianzarla en el corazón y saborearla en lo más profundo de su ser. El justo se deleita en la ley del Señor «de día y de noche» (1.2). No permite que nada lo interrumpa (119.23), ni siquiera las mentiras que caen sobre él como una lluvia de flechas (119.78).

La contemplación le ayuda a este hombre a

caminar con Dios. Espera con ansias los momentos que le ha reservado a la misma: «Se anticiparon mis ojos a las vigili­as de la noche, para meditar en tus mandatos» (119.148).

Versículo 98. (*מְעוֹבָבָה*, *me'oy'ba*, «que mis enemigos».) El salmista le dice a Dios: **Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos.** Continúa su alabanza de la ley de Dios haciendo tres comparaciones que revelan la superioridad de la sabiduría que proviene de los mandamientos de Dios. 1) Su sabiduría es mejor que la de sus enemigos (119.98); 2) es superior a la comprensión que ha recibido de sus maestros (119.99); 3) es mayor que la sabiduría de los ancianos que lo han ayudado (119.100).

Sus enemigos, de quienes ha hablado a menudo (119.22, 50, 51, 53, 95, 98, 115), no tienen la sabiduría de Dios ni podrían comprenderla si la tuvieran. Un hombre impío podría maquin­ar y distorsionar, y puede que manifieste gran astucia e ingenio; sin embargo, su sabiduría no es la sabiduría celestial que proviene de Dios. El libro de Proverbios da una descripción detallada:

La ciencia del prudente está en entender su camino;
Mas la indiscreción de los necios es engaño
(14.8).

En el temor de Jehová está la fuerte confianza;
Y esperanza tendrán sus hijos.
El temor de Jehová es manantial de vida
Para apartarse de los lazos de la muerte
(14.26–27).

Por su maldad será lanzado el impío;
Mas el justo en su muerte tiene esperanza.
En el corazón del prudente reposa la sabiduría;
Pero no es conocida en medio de los necios
(14.32–33).

Los impíos actúan con la sabiduría de Satanás, no con la de Dios.

La fuente de la sabiduría del autor proviene de los «mandamientos». Estos preceptos contienen la sabiduría que trasciende esta tierra. Al obedecer la voluntad de Dios, se le imparte sabiduría adicional y su relación con Dios crece. El autor de Salmos 111 enfatizó cómo sucede: «El principio de la sabiduría es el temor de Jehová; buen entendimiento tienen todos los que practican sus mandamientos; su loor permanece para siempre» (111.10). El temor del Señor lleva a la obediencia, y ésta produce entendimiento.

Esta sabiduría se imparte en una persona cuando vive en sumisión a su Dios. Esta persona

posee esta sabiduría al escribir su oración y anhela recibir más a medida que crece espiritualmente.

El salmista se apropia de los mandamientos de Dios y dice: **Porque siempre están conmigo.** La palabra «mandamientos» en la primera parte del versículo es obviamente plural, sin embargo, la segunda parte se refiere a los mandamientos de Dios con el singular en hebreo, consignando «está conmigo».

Esta ley de la que habla jamás abandona su mente. La frase «siempre están conmigo» en hebreo no incluye un verbo. Literalmente dice: «por siempre conmigo». El énfasis de la frase está en «por siempre».

Estos preceptos están constantemente disponibles para el autor. Los manifiesta tanto en sus acciones como en sus pensamientos. Los estudia, y le proporcionan el alimento y la comprensión que requiere el crecimiento espiritual.

Versículo 99. (מִכּוֹל-מְלַמְּדָי, *mikol-melammeda*, «que todos mis enseñadores».) Este autor hace una segunda comparación: **Más que todos mis enseñadores he entendido.** Por medio de la Palabra de Dios, ha recibido la guía más elevada. Ha recibido mayor percepción y discernimiento que toda la comprensión que le han dado todos sus maestros, tanto del pasado como del presente.

Afirma tener más «entendimiento» (סֶכֶל, *sekel*) que todos sus instructores. La palabra *sekel* conlleva la idea de prudencia o sabiduría. No podemos evitar impresionarnos con su afirmación de «todos mis enseñadores». Supone que ha tenido muchos guías educativos de alta calidad, y su amplia declaración los incluye a todos.

Además, nos asombra la supremacía de su afirmación. Utiliza la palabra «enseñadores» (לָמַד, *lamad*), un sustantivo que se refiere a las personas más respetadas que conoce. Con esta comparación, el autor presenta su pensamiento principal. Ha podido alcanzar una calidad de comprensión que ningún maestro terrenal podría darle. Lo único que un plan de estudios puede proporcionar es una sabiduría embotellada, una guía abreviada o una comprensión académica de la vida y de los mandamientos de Dios. Sin embargo, este hombre ha recibido la sabiduría que proviene de Dios por medio de Su Palabra. Dios ha infundido Su sabiduría en el carácter y la existencia del salmista. Un intérprete solo puede hablar de caminar con Dios. Cuando vivimos nuestras vidas en Dios y por medio de Él, seremos llevados a la sabiduría más duradera.

Esta sabiduría tiene tres características valiosas. Primero, se origina en Dios y es resultado de una vida con Él. Segundo, tiene una fuente inexpugnable. Esta singular sabiduría le fue dada al salmista por medio de los preceptos de Dios. Dondequiera que esté o lo que sea que esté haciendo, Dios morará con él, y es el hombre por el que Dios elige obrar. Tercero, está infundida de piedad. La vida de este hombre en Dios le ha permitido pensar como Dios piensa. Dios le imparte una nueva mente, la cual trae consigo las características de Dios mismo.

Cuando Dios es nuestro Maestro, recibimos guía perfecta; y también, tenemos ante nosotros un ejemplo perfecto en la conducta y la capacidad del Maestro. Cuando una persona camina con Dios, es concedora de Su sabiduría. Por medio de su vida con Dios, crece en una sabiduría que el mundo de maestros que lo rodea no puede proporcionar.

El salmista le dice a Dios: **porque tus testimonios son mi meditación** [*sichah*]. El camino hacia esta sabiduría implica la «meditación» en los «testimonios» de Dios. El «entendimiento» le ha llegado mediante el estudio de las enseñanzas y los caminos de Dios.

En relación con cada comparación, el autor señala la Palabra de Dios como la vía que le ha permitido alcanzar una comprensión superior. Este hombre ve que es la manera de acercarse a la presencia de Dios y caminar con Él como camina un amigo con su amigo. No podemos sobreestimar el valor espiritual de estudiar, obedecer y meditar en los preceptos que proporcionan el camino real hacia la comunión con Dios. Todo lo que asimilamos nos define. Dios en nosotros nos hace piadosos; Cristo en nosotros nos hace cristianos; un siervo que es santificado se vuelve santo.

Versículo 100. (מִזְקְנֵימִי, *mizqenim*, «que los viejos».) El salmista hace su tercera comparación: **Más que los viejos he entendido.** La palabra hebrea para «viejos», זָקֵן (*zaqen*), también puede traducirse como «los ancianos» o «los mayores». Con el conocimiento que Dios le había dado, la comprensión de este hombre superaba la sabiduría de los ancianos de la sociedad que lo rodeaba.

Eliú, en sus discursos a Job y sus amigos, enfatizó el respeto y la admiración que las personas de aquella época sentían por sus mayores. Sostuvo: «Yo soy joven, y vosotros ancianos; por tanto, he tenido miedo, y he temido declararos mi opinión. Yo decía: Los días hablarán, y la muchedumbre de años declarará sabiduría» (Job 32.6b, 7). Eliú llegó a la conclusión de que la sabiduría humana trans-

mitida por los ancianos no siempre es confiable, pues dijo: «No son los sabios los de mucha edad, ni los ancianos entienden el derecho» (Job 32.9).

A menudo consideramos a los ancianos más sabios que a los jóvenes. Las generaciones mayores tienen años de experiencia viviendo, resolviendo problemas y observando el fluir y refluir de la vida. Por lo tanto, ha surgido un lema práctico: «Acude a los ancianos en busca de sabiduría antes de emprender tu propio camino». Era cierto en los días de Job y sigue siéndolo hoy. La sabiduría de Salomón fue descrita comparándola con la de los sabios de sus días (1° R 4.30, 31). Esta comparación abarcaba quizás a los ancianos del pueblo o a sus consejeros ancianos. Sin embargo, este salmista confía en la sabiduría que posee. En esencia, está diciendo: «Entiendo más que los ancianos». ¿Cómo puede ser cierto esto?

Da la razón: **porque he guardado tus mandamientos**. Confía en la fuente de su sabiduría. Se ha dedicado a vivir la palabra perfecta de Dios. Su buen juicio y su entendimiento divino surgen de su observancia de los «mandamientos» de Dios. El estudio y la meditación han dado lugar a la obediencia; y ésta ha producido entendimiento y un pensamiento piadoso. Es capaz de comprender a Dios más plenamente y caminar más cerca de Él.

Está hablando de la piedad, un estilo de vida que solo se puede conocer por medio de una comunión íntima con Dios. Sin duda, la verdadera vida surge de vivir la Palabra en una relación con Dios, una vida que irradia Su poder, comunión y mente. Vivir en Dios mediante la fe, el amor, la obediencia y la oración proporciona un conocimiento más práctico que cualquier buen juicio que pudieran impartir los «enseñadores» y los «viejos».

Versículo 101. (מִכּוֹל-אֶרֶץ, *mikol-'orach*, «de todo camino».) Para evitar tropiezos, el salmista dice: **De todo mal camino contuve mis pies**. Dios no impondrá el carácter en nuestros corazones mientras dudamos al límite del deber o mientras nos quedamos de brazos cruzados, viendo pasar un mundo de personas quebrantadas y necesitadas. Este hombre comprende que tiene que iniciar la sensatez y la piedad en su propia vida. Dios no quiere un siervo perezoso que no se esfuerce por ser piadoso. Su deseo es que las personas actúen con benevolencia y rectitud, en lugar de únicamente hablar de ello.

La verdadera obediencia no puede llegar hasta que el arrepentimiento llene el alma. Este hombre tiene que acercarse a la Palabra con un corazón

resuelto y contrito antes de poder continuar su camino a Dios. La espiritualidad requiere la decisión de caminar con Dios y la diligente determinación de alejarse de cualquiera que lo lleve de regreso al oscuro pasado del que proviene. Este hombre posee una santa disciplina interior que impide que sus pies se desvíen por los caminos del mal.

Tras este compromiso personal y la búsqueda de una vida recta, la pureza intacta de su corazón permite que la Palabra crezca y prospere en él. Se requieren verdaderos esfuerzos, y es necesaria la moderación. Satanás, el gran opositor, se asegura de que los siervos de Dios sean tentados ferozmente. La decisión, la dirección y la disciplina ocupan un lugar en el corazón del pueblo de Dios cuando se propone seguirlo. Este hombre le dice a Dios que se ha restringido **para guardar [Su] palabra**. Sin este compromiso piadoso y arrepentido, no sería apto para dedicarse a un caminar obediente con Dios.

En estas comparaciones, el autor alude a las dos reglas del crecimiento espiritual. Primero, lo que meditamos determinará en quiénes nos convertiremos. Segundo, quiénes somos determinará, en cierta medida, lo que vemos cuando meditamos en las revelaciones de Dios. Al meditar en las verdades que el Espíritu nos ha dado, adoptaremos la forma, los patrones de pensamiento y los propósitos de esas revelaciones.

El autor usa dos frases para expresar las anteriores dos reglas, ya que le han permitido crecer. Dice desde la perspectiva del pasado: «Porque he guardado tus mandamientos» (119.100b); y dice desde la perspectiva del futuro: «Para guardar tu palabra» (119.101b). De acuerdo a su oración, ambos principios de crecimiento están obrando en él, y por esta razón, alaba a Dios.

Versículo 102. (מִמִּישְׁפָּטֶיךָ, *mimishppateak*, «de tus juicios».) El salmista reafirma su compromiso, diciendo: **No me aparté de tus juicios**. El salmista enfatiza ante Dios su determinación de vivir conforme a Sus juicios. Cree que ha exhibido perseverancia en la obediencia y devoción a todos los edictos de Dios. No se ha dejado engañar ni persuadir astutamente por quienes se oponen a la Palabra eterna. Sin embargo, no es arrogante en cuanto a su vida piadosa. Reconoce con humildad que ha fallado de muchas maneras. De hecho, termina su oración con una súplica de restauración. Su última petición describe su corazón como el de una oveja descarriada: «Yo anduve errante como oveja extraviada; busca a tu siervo, porque no me he olvidado de tus mandamientos» (119.176).

El salmista afirma con frecuencia que pretende ser un hombre obediente. Es muy consciente de que Dios exige un corazón perfecto para con Él antes de depositar Su poder en él. Puede que el salmista esté familiarizado con la revelación que Hanani le dio a Asa, rey de Judá, cuando le dijo: «Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él» (2º Cr 16.9a). Sabe que un corazón perfecto o irreprochable constituye el objetivo al que debe aspirar un siervo del Señor.

En la primera parte de su oración, el salmista enfatiza la idea de ser irreprochable. En Salmos 119.1, 2, leemos: «Bienaventurados los perfectos [irreprochables] de camino, los que andan en la ley de Jehová. Bienaventurados los que guardan sus testimonios, y con todo el corazón le buscan». Cree que Dios desea que él diga: «No me aparté de tus juicios». Pablo, en el Nuevo Testamento, se unió a este coro al afirmar que Dios exige que Su siervo sea digno de confianza (1ª Co 4.2).

Es importante que el salmista afirme que está haciendo lo que su gran Maestro, Dios mismo, le ha encomendado. Le dice a Dios que ha sido obediente, **porque tú me enseñaste**. ¿Dónde y cómo impartió Dios tal enseñanza? Sin duda, lo hizo por medio de Sus mandamientos. El salmista dice: «De tus mandamientos he adquirido inteligencia» (119.104a). Dios le ha enseñado mediante los estudios que ha realizado, las meditaciones que ha experimentado y la vida obediente que ha exhibido.

En esta línea, vemos tres relaciones extraordinarias (119.102b). Primero, en su centro, vemos una relación con Dios, el Maestro supremo y perfecto. Segundo, vemos una relación de gracia. ¿Podría haber alguna situación más estimulante que estar tan cerca de Dios hasta el punto de que Él se digne rebajarse a nuestro nivel para convertirse en nuestro Maestro personal? Tercero, vemos una relación de crecimiento. A medida que Dios enseña y el salmista aprende, se produce un asombroso crecimiento espiritual.

Versículo 103. (מַה-נִּימְלֹטָי, *mah-nimlōtsu*, «¡Cuán dulces!».) Si consideramos la ingestión de la Palabra de Dios en sentido figurado, podemos describir Sus «palabras» como algo que sabe a las comidas más deliciosas. El salmista proclama: **¡Cuán dulces son a mi paladar tus palabras!** Describe la Palabra como más deliciosa y succulenta que la miel. En otras palabras, dice: «¡Cuán dulces son Tus palabras al entrar en mi corazón!». La palabra hebrea que se traduce como

«dulces», מַלְצָה (*malatz*), solo se encuentra aquí en el Antiguo Testamento.¹ Su significado básico es «suave» o «agradable». En este contexto, se refiere a las «palabras» de Dios como llenas de gracia, felicidad y significado. Normalmente pensamos en un yugo como algo pesado, sin embargo, Jesús consideró Su yugo como «fácil» (Mt 11.30). Algunos consideran los mandamientos de Dios como una carga, sin embargo, este salmista los encuentra dulces como la miel. (Vea 1ª Jn 5.3.)

La palabra hebrea que se traduce como «paladar», חֵקֶךָ (*chek*), se refiere al paladar mismo de una persona. Otras versiones consignan «... a mi gusto».

David tenía una visión similar de las palabras de la revelación de Dios: «Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal» (Sal 19.10). Sin embargo, tiene que entenderse que es únicamente cuando obedecemos la Palabra y permitimos que nos lleve a una relación con Dios, que podemos experimentar las delicias que son «para siempre» descritas en Salmos 16.11. Solo entonces veremos que la Palabra es más dulce que la miel, y para que este hombre reconozca la Palabra como «dulce», tiene que abstenerse de todo camino falso (119.101). Tiene que afirmar su pie en las ordenanzas de Dios y ser diligente, sin permitir que ninguna persecución lo desvíe de la Palabra (119.102). Tiene que asegurarse de que su estudio le brinde la verdadera comprensión que Dios quiere que obtenga de los mandamientos (119.104). Tiene que confiar en las palabras de Dios y estimarlas como rectas en sus enseñanzas y liderazgo (119.128). También tiene que permitir que la Palabra lo guíe hacia una comunión diaria con Dios.

El autor es tan consciente de la anterior verdad que se ve obligado a repetirla: **Más que la miel a mi boca**. No puede decir suficiente sobre el deleite y el privilegio de vivir la Palabra de Verdad.

Versículo 104. (מִפִּי-דִבְרֵיךָ, *mipiqqudeka*, «De tus mandamientos».) ¿Adónde debe acudir una persona para obtener la sabiduría más elevada? El salmista responde con integridad y franqueza: **de tus mandamientos he adquirido inteligencia**. La palabra hebrea que se traduce como «inteligencia», בִּינָה (*bin*), transmite discernimiento, perspicacia o una percepción clara. Se usa aquí para enfatizar

¹ Otras palabras hebreas que se traducen como «dulce» en el libro de Salmos son מַתּוֹק (*matog*; 55.14) y נְאִיִּם (*na'im*; 81.2).

la claridad que los preceptos de Dios le han dado a este hombre. Su punto es claro, directo y deliberado. Mediante el amor, la fe, la obediencia, viviendo en la comunión con Dios y participando en la meditación fiel, ha obtenido entendimiento de los mandamientos de Dios. La verdadera sabiduría nos llega por medio de un camino similar.

El salmista concluye el pensamiento, diciendo: **Por tanto, he aborrecido todo camino de mentira.** Esta parte del versículo es un corolario de la parte anterior. El entendimiento que se ha ensalzado viene con un «Por tanto». Con esta comprensión de los estatutos de Dios, reconoce que tiene que aborrecer todo camino de mentira. ¿Por qué tiene que aborrecerlos? Primero, son falsos. El camino de Dios es el camino hacia la justicia y la integridad. Segundo, nos engañan. Nos alejan de Dios, no nos acercan a Él. Nuestro Dios es verdad, y no habita en falacias ni desilusiones. No puede engañarnos y no nos conducirá al atolladero del error. En tercer lugar, son los caminos malos del diablo. No son agradables, ni constructivos, ni dulces. Son destructivos y no tienen características redimibles.

Dios ha guiado a este hombre a la verdad justa y le enseñará que el error no tiene cabida en su corazón, y el hombre responde diciendo: «he aborrecido [שָׁנֵא, sane'] todo camino de mentira» que conduce al pecado. De su búsqueda de la verdad ha surgido la percepción de la voluntad de Dios, y de esta percepción han surgido la paz y un maravilloso caminar con Dios. El salmista no permitirá que el error y la falsedad perturben la hermosa relación que tiene con Dios.

LA ESTROFA MEM EN HEBREO

- מֵה־אַתְּבִי תוֹרַתְךָ כֹּל־הַיּוֹם הִיא שִׁיחֲתִי: (97)
 מֵאֵיבֵי תַחֲפֹמֵי מִצּוֹתֶיךָ כִּי לְעוֹלָם הִיא־לִי: (98)
 מִכָּל־מַלְמְרֵי הַשִּׁפְלֹתִי כִּי עֲדוֹתֶיךָ שִׁיחָה לִּי: (99)
 מִזִּקְנִים אֲתַבּוֹנֵן כִּי פִקּוּדֶיךָ נִצְרָתִי: (100)
 מִכָּל־אַרְחֵ רָע כֹּל־אֲחִי רִגְלִי לְמַעַן (101)
 אֲשַׁמֵּר דְּבַרְךָ:
 מִמִּשְׁפָּטֶיךָ לֹא־סָרְתִי כִּי־אַתָּה הוֹרַתְנִי: (102)
 מֵה־נִּמְלָצוּ לַחֲכִי אֲמַרְתֶּךָ מִדָּבָר שֶׁלֹּא־לִּי: (103)
 מִפִּקּוּדֶיךָ אֲתַבּוֹנֵן עַל־כֵּן שָׁנֵאתִי | (104)
 כֹּל־אַרְחֵ שִׁקָּר:

APLICACIÓN

Dios, nuestro Maestro (119.97–99, 102)

El salmista consideraba a Dios su Maestro: «No me aparté de tus juicios, porque tú me enseñaste» (119.102). En vista de que Dios lo había guiado a la

verdad, se había propuesto a permanecer en ella.

Alcanzamos un hito en nuestro crecimiento espiritual cuando nos damos cuenta de que la Biblia contiene las palabras de Dios. Este hombre se refirió tres veces a las Escrituras como provenientes de la boca de Dios. El hecho de que Dios hubiera pronunciado las palabras lo alentó y le dio la confianza para enseñarlas a otros. Dijo: «Con mis labios he contado todos los juicios de tu boca» (119.13). El origen divino de estas palabras confirmó su valor: «Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata» (119.72). Pensar en ellas como salidas de los labios de Dios lo motivó a amarlas y guardarlas. Oró diciendo: «Vivifícame conforme a tu misericordia, y guardaré los testimonios de tu boca» (119.88).

Dios busca enseñarle a cada persona. La raza humana no solo es Su creación, también es su familia. Nos presta especial atención a cada uno de nosotros, y ve a cada persona como un alumno Suyo.

En conducta perfecta. Podemos regocijarnos de que Dios, nuestro Maestro, sea perfecto en conducta. Cuando abrimos nuestra mente para recibir enseñanza, nos gustaría saber que tenemos un Instructor impecable. Al observar a nuestro Señor, vemos un ejemplo vívido de lo que se enseña. Escuchamos, pero aprendemos aún más cuando observamos.

Jesús retó a Sus seguidores a ser perfectos: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto» (Mt 5.48). Cuando se nos insta a tratar a los demás como lo haría Jesús, es alentador tener un ejemplo perfecto. ¿Qué hace Dios, nuestro Padre, al respecto? Jesús dijo: «vuestro Padre [...] hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos» (Mt 5.45). Dios no nos pedirá que seamos considerados con nuestros enemigos sin darnos un ejemplo perfecto de cómo hacerlo. Jamás nos fallará en Sus enseñanzas y ejemplificará a la perfección cada mandamiento que sale de Sus labios.

Con un currículo perfecto. Dios enseña las lecciones apropiadas para nosotros. Abarca lo que necesita ser enseñado. Nos revela lo esencial que debemos saber para llevar una vida espiritual adecuada. No se pierde tiempo en Su salón de clases. No nos abrume con detalles sin importancia. Nos enseña todo lo que necesitamos saber y hacer para tener la vida más plena con Él.

La vida es compleja, y todos buscamos un maestro que nos prepare para cada dificultad que

enfrentemos. En nuestro entorno, tenemos que decir con respecto a nuestros maestros terrenales: «Gracias por lo que puedes darme, pero sé que no puedes darme todo lo que necesitaré» (vea Sal 119.99). Jesús nos recordó en Mateo 23.8–10 que solo tenemos un verdadero Maestro.

Mediante la continuidad perfecta. Tenemos que creer que Dios nos instruye de manera constante. Su salón de clases se expande para abarcar cada circunstancia de la vida, y se contrae para permitir nuestra relación personal con Él.

Si entramos seriamente en la escuela de Dios, jamás debemos abandonarla. Nunca salimos a vacaciones. Él trabaja con nosotros día y noche, y nos enseña en cada eventualidad que experimentamos. Trabaja con nosotros en cada momento de nuestras vidas. Para impartir este tipo de enseñanza, Dios tiene que estar con nosotros de manera constante. Su presencia con Sus siervos es un tema principal en los salmos.

El Señor nos guarda en todo momento con Su poder providencial y también nos enseña en todo momento con Su sabiduría divina. Enseñó a Noé, Abraham, Job y Daniel. Enseñó a Febe, Lidia y Ana; y nos enseñará si escuchamos.

Con perfecta consolación. Dios nos instruye con perfecta gracia y consolación. Solo nos pedirá que hagamos lo que somos capaces de hacer. Somos siervos imperfectos, y únicamente podemos aceptar de manera imperfecta Sus enseñanzas perfectas. El hecho de que tengamos una capacidad defectuosa para aprender podría desanimarnos y desmoralizarnos. Sin embargo, cuando recordamos que Dios enseña con perfecta gracia, podemos regocijarnos en la salvación que hemos recibido por medio de Jesús.

Pablo les dijo a los cristianos de Corinto que vivieran en Cristo con un corazón dispuesto, asumiendo que un espíritu dispuesto capta la atención de Dios y llena Su corazón de gozo. Las palabras de aliento de Pablo infunden vida en nuestro espíritu: «Porque si primero hay la voluntad dispuesta, será aceptada según lo que uno tiene, no según lo que no tiene» (2^a Co 8.12). La actitud expresada en la frase «si primero hay la voluntad dispuesta» hace que la mentalidad cristiana sea alcanzable para todos los santos de Dios, frágiles y pecadores.

Nuestro consuelo es que Dios nos enseña con

sublime gracia. Él esperará que digamos: «Padre, Te entrego mi corazón, aunque esté decepcionado por mis fracasos y errores. Recibiré con gusto Tus enseñanzas perfectas. Reconozco que obtendré una puntuación increíblemente baja en algunos de Tus exámenes. También sé que me permitirás reorganizarme, reestudiar, repensar, repasar y tomar Tus exámenes una y otra vez mientras intento aprobarlos. Creo que aceptarás mi disposición y determinación a la obediencia como mi camino de fe».

En resumen, Dios es el Maestro perfecto; y jamás nos cansaremos de aprender de Él. Su carácter es absoluto. Nos enseña lo necesario, nos enseña con constancia y con gracia.

El salmista nos da la manera más pura de responder a las enseñanzas de nuestro Maestro todopoderoso: «¡Oh, cuánto amo yo tu ley! todo el día es ella mi meditación» (119.97). Esta breve alabanza resume la respuesta que debemos tener a las enseñanzas de Dios. Primero, tenemos que dar una respuesta amorosa y meditativa. Con amor, un siervo obedece y medita en los mandamientos de Dios.

A continuación, debemos responder a las enseñanzas de Dios asumiéndolas como nuestras (119.98b). Él nos ha hablado y atesoramos Sus palabras en la mente para que las tengamos disponibles a medida que navegamos por la vida.

Sabiendo que las palabras le pertenecen a Dios, nos sentimos impulsados a aceptarlas con integridad. Somos plenamente conscientes de que las enseñanzas de nuestro Padre superan a las de nuestros enemigos, maestros y ancianos. Resplandecen con la precisión de Dios y la gloria de Su ser.

Nuestra respuesta tiene que incluir un firme compromiso de caminar con nuestro Maestro, quien es nuestro Señor y Amo. Únicamente los estudiantes con una devoción singular pueden agradecerle. Nuestro amor por la verdad nos mantiene en el camino de la verdad. Abrimos nuestro corazón al gozo de Dios que nace del amor por Su Palabra.

Si bien no podemos ser estudiantes perfectos de Dios, sí podemos ser estudiantes fieles. A medida que nos comprometemos con Él, nos aseguramos de Su llamado y elección. Jamás nos apartaremos de lo que Él nos ha enseñado. Nuestra entrada al reino eterno será provista en abundancia. (Vea 2^a P 1.10, 11.)

La Palabra que ilumina

Estrofa 14: *Nun*

¹⁰⁵Lámpara es a mis pies tu palabra,
Y lumbrera a mi camino.
¹⁰⁶Juré y ratifiqué
Que guardaré tus justos juicios.
¹⁰⁷Afligido estoy en gran manera;
Vivifícame, oh Jehová, conforme a tu palabra.
¹⁰⁸Te ruego, oh Jehová, que te sean agradables
los sacrificios voluntarios de mi boca,
Y me enseñes tus juicios.
¹⁰⁹Mi vida está de continuo en peligro,
Mas no me he olvidado de tu ley.
¹¹⁰Me pusieron lazo los impíos,
Pero yo no me desvié de tus mandamientos.
¹¹¹Por heredad he tomado tus testimonios
para siempre,
Porque son el gozo de mi corazón.
¹¹²Mi corazón incliné a cumplir tus estatutos
De continuo, hasta el fin.

Los conflictos y desafíos abundan en esta parte de la oración del salmista. Alaba a Dios con una devoción sincera y le presenta sus dificultades. Cree que Dios, por medio de Su Palabra divina, será su Líder y Protector.

Cada línea de la estrofa comienza con נ (*nun*), la decimocuarta letra del alfabeto hebreo. El autor ha usado ocho palabras diferentes que terminan en *nun* para comenzar las ocho líneas. Otras estrofas donde se usan ocho palabras diferentes son la octava (ה, *het*), la decimoquinta (ם, *samek*) y la decimoséptima (פ, *pe*).

En la estrofa que nos ocupa aparecen seis términos para la Palabra de Dios: «palabra» (vv. 105, 107); «juicios» (vv. 106, 108); «ley» (v. 109); «mandamientos» (v. 110); «testimonios» (v. 111) y «estatutos» (v. 112).

Versículo 105. נֶר-לְרַגְלִי, *ner-l'ragli*, «lámpara

a mis pies».) El salmista comienza diciéndole a Dios: **Lámpara es a mis pies tu palabra.** La Palabra ofrece guía protectora al hombre fiel. Le ayuda a mantenerse en medio del camino que recorre.

La «luz» constituye una metáfora cautivadora en los salmos. Los diversos salmistas usan la palabra «luz» (אֵשׁ, *'or*) veinticuatro veces como símbolo de luz física o espiritual. En el versículo 105, se usa con una mirada retrospectiva, ya que este hombre alaba a Dios por lo que la luz ha hecho por él en el pasado. La palabra también se usa con una mirada al futuro: al brillar la luz frente a él, ilumina todo su camino y le advierte de todos los impedimentos que podrían afectarlo. La luz es personal, proporcionando a cada paso una perspectiva mejorada. Es amplia, iluminando el camino y ofreciéndole al viajero una visión clara del camino que se extiende ante él.

La luz tiene cuatro matices diferentes y a la vez relacionados. Primero, *simboliza la percepción y guía divinas.* La Palabra de Dios trae la luz del entendimiento al justo (36.9). Abre nuestra mente a la verdad.

En muchos casos, «luz» es sinónimo de verdad o entendimiento. En 43.3 se da una comparación vívida: «Envía tu luz y tu verdad; estas me guiarán; me conducirán a tu santo monte, y a tus moradas». Se puede tomar otro ejemplo de Proverbios 6.23. En las palabras de la Sabiduría a un hijo, a los mandamientos se les describe como su luz para vivir: «Porque el mandamiento es lámpara, y la enseñanza es luz, y camino de vida las repreensiones que te instruyen».

Segundo, *transmite una luz reveladora que Él provee a Sus siervos* (118.27). Por medio de Su Palabra, Su pueblo recibe la luz del entendimiento: «La exposición de tus palabras alumbra; hace entender a

los simples» (119.130).

La 2ª epístola de Pedro 1.19 describe la profecía —en su confirmación y comprensión— como un resplandor cada vez mayor: «Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbró en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones».

En tercer lugar, la «luz» simboliza una claridad realista y práctica. Dios trae claridad a Su pueblo. El hombre de Dios puede decir: «Tú encenderás mi lámpara; Jehová mi Dios alumbrará mis tinieblas» (Sal 18.28). Se podría tener una imagen tenue de la verdad en la mente, sin embargo, esa imagen no es suficiente para el justo. Tiene que ver la verdad con claridad. En 27.1, a Dios se le describe como Aquel que trae entendimiento con Su salvación: «Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temeré? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme?».

En cuarto lugar, la «luz» simboliza Su divina presencia. El ser y el poder de Dios se caracterizan por la luz (44.3). El resplandor, la beneficencia y la belleza del rostro del Señor pueden ser descritos de manera acertada con símbolos de luz: «Alza sobre nosotros, oh Jehová, la luz de tu rostro» (4.6b). Nuestro andar con Dios cuenta con la bendición de Su aprobación: «Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte; andará, oh Jehová, a la luz de tu rostro» (89.15). Sin embargo, Su presencia no solo nos favorece; a veces también nos escudriña: «Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro» (90.8). En 132.17, se transmite una herencia significativa con el simbolismo de una luz brillante: «Allí haré retoñar el poder de David; he dispuesto lámpara a mi ungido». «Luz» se usa para denotar un camino de bendición (es posible que el camino sea el mismo hombre justo) en 112.4, que dice: «Resplandeció en las tinieblas luz a los rectos; es clemente, misericordioso y justo».

Para reafirmar la verdad contenida en el primer versículo, el salmista emplea un paralelismo sinónimo: declara que la Palabra de Dios es también una **lumbre** a su **camino**. La luz de Dios le da al autor confianza espiritual. Con ella, se siente capacitado para afrontar cualquier desafío que se le presente en su camino. Cree que al tener la Luz verdadera, podrá alcanzar el éxito y encontrar seguridad.

Como un camino sinuoso ante él que es iluminado por una antorcha que penetra la oscuridad, este siervo ahora cuenta con un sendero seguro.

Tiene porciones del Antiguo Testamento que lo guían e iluminan. Si este autor nos hablara hoy, nos señalaría cuánto más somos bienaventurados nosotros por el acceso que tenemos a la revelación completa de Dios.

La Palabra de Dios guía nuestros pies para que no tropiecen, y Su Palabra revela el camino que nos lleva hacia Sus propósitos.

Versículo 106. (יְהִי כְּשֵׁבֶט־יָדִי, *nishbba'etti*, «Juré».) El autor dice con convicción: **Juré y ratifiqué.** Ha hecho un voto y afirma que lo cumplirá.

La palabra hebrea para «juré», שָׁבַט (*shaba'*), es el término típico que se usa para una promesa vinculante. La palabra hebrea para «ratifiqué», קָמַת (*qum*), quiere decir básicamente «establecer» o «hacer firme». El salmista ha cumplido su compromiso. No permitirá que su voto sea olvidado ni cumplido a medias. Ha logrado cumplir su promesa.

El salmista le promete a Dios: **guardaré tus justos juicios.** Quiere que Dios sepa que será un estudiante devoto de Su Palabra. Será un siervo obediente, sin importar sus circunstancias. Habiendo reconocido los mandamientos de Dios como «justos juicios», cree que son dignos de su total dedicación.

Su compromiso personal a «guardar» los juicios de Dios representa tres etapas de su crecimiento espiritual. La primera parte implica su estudio y trabajo previos con la voluntad de Dios, lo que lo ha llevado a *la etapa de comprensión*. Entiende que la relación con Dios constituye el aspecto más importante de la vida. Sus ambiciones se han alineado con los propósitos supremos de Dios.

Se ha dedicado a seguir a Dios durante algún tiempo. Esta espiritualidad ha crecido dentro de él y ha dado como resultado una decisión importante. Cree que su anhelo de comunión con Dios tiene que ser expresado en un compromiso sincero y vinculante.

Tras esta decisión tomada en su pasado, llega a la siguiente etapa de su crecimiento: *la etapa de la resolución*. Le dice a Dios lo que anhela hacer. Comunica su compromiso en forma de juramento con las palabras más firmes que tiene a su disposición.

Puede que Dios mismo le haya enseñado a hacer este tipo de voto. De Dios, se dice al menos cinco veces en el libro de Salmos que ha jurado o hecho un juramento respecto a Sus intenciones para con Su pueblo (89.35; 95.11; 106.26; 110.4; 132.11).

Además, el autor podría haber leído en los salmos que hacer un juramento honesto forma parte

de la vida del hombre justo. Por ejemplo, quien asiste a la tienda de adoración de Dios ha de ser alguien que «honra a los que temen a Jehová» y que «el que aun jurando en daño suyo, no por eso cambia» (15.4b, c). Esta idea se repite en Salmos 24, que dice: «¿Quién subirá al monte de Jehová? [...] El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas» (24.3a, 4). De David se dice que se preocupó por construir una casa para Dios: «... juró a Jehová, y prometió al Fuerte de Jacob» (132.2).

Una tercera etapa es la culminación o *la etapa del regocijo*. La siguiente frase en 119.106 se consigna como una promesa futura en la NASB: «... y la confirmaré». Sin embargo, existe una posibilidad real de que se le dé una connotación pasada, como lo traduce la Reina-Valera: «... y ratifiqué».

Si la perspectiva futura es la correcta, entonces las etapas mencionadas tendrían un énfasis diferente. La etapa de comprensión lleva al salmista a la etapa de resolución, que se relaciona con lo que va a hacer. La etapa del regocijo implica su entusiasmo por una promesa para el futuro y su deseo de cumplirla de manera fiel.

Versículo 107. נַעֲיִתִי, *na'neytiy*, «afligido estoy».) El salmista admite: **Afligido estoy en gran manera.** Sus peticiones en este punto de su oración regresan a sus pruebas, las cuales son severas.

Usa la palabra hebrea de dos partes עַד-מְעֹד (*'ad-m'e'od*), que quiere decir «excesivamente» o «como muy». Con ella, designa la severidad de sus luchas. También usa esta palabra con respecto a los mandamientos de Dios en 119.8: «Tus estatutos guardaré; no me dejes enteramente [*'ad-m'e'od*]». En el versículo 43, se refiere a su amor por los mandamientos de Dios: «No quites de mi boca en ningún tiempo [*'ad-m'e'od*] la palabra de verdad, porque en tus juicios espero». En 119.51, menciona a sus perseguidores: «Los soberbios se burlaron mucho [*'ad-m'e'od*], mas no me he apartado de tu ley». No usa esta expresión con frecuencia. Cuando lo hace, la coloca en el contexto de medidas extremas.

En la primera mitad de su oración, menciona sus persecuciones 17 veces (vv. 22, 23, 28, 39, 42, 51, 53, 61, 67, 69, 71, 75, 78, 84, 85, 86, 87). Las referencias indican que ora a Dios pidiendo fuerza y guía durante sus momentos de constantes dificultades, las cuales lo angustian internamente. De haberlas conocido, seguramente habría evocado las palabras de Jesús en Mateo 5.4: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación».

Con la aflicción viene la pérdida de energía

para una vida pacífica. A veces, la oposición golpea tan fuerte al siervo del Señor que su espíritu se hunde en la desesperación y su alma busca una vivificación que solo puede venir de la Palabra. Este autor, por lo tanto, ora diciendo: **Vivifícame, oh Jehová, conforme a tu palabra.** Aunque su espíritu está quebrantado, ora para que la obra de Dios se lleve a cabo y para que una nueva vida sea formada en él. El Señor ha prometido darle vida a Su pueblo desalentado, y este siervo pide el cumplimiento de esa promesa.

La palabra hebrea para «vivifícame», חַיָּה (*chayah*), quiere decir «dar vida» y se usa de tres maneras en la oración. Primero, la usa con respecto a la *purificación* o el *arrepentimiento* (119.37). Le suplica a Dios que avive su corazón, afectado por la vanidad: «Aparta mis ojos, que no vean la vanidad; avívame [*chayah*] en tu camino» (119.37). Cree que está siendo tentado hacia la ganancia deshonesto y desea que una nueva vida sea el resultado de la purificación de su espíritu. Suplica diciendo: «Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia» (119.36).

Además, usa la palabra *chayah* para *rejuvenecimiento* o *vivificación* (119.25, 50). Sabe que sus pruebas lo han arrastrado al abismo del desaliento y desea que su atribulada alma sea restaurada.

En esta parte de su oración, también usa «vivifícame» (*chayah*) para *resucitación* (119.107b). Sus enemigos están agobiando su vida. Quizá lo ridiculizan tanto por su obediencia a los mandamientos de Dios que su burla evoca la muerte.

Si bien está abatido por circunstancias adversas, es consciente de que una vivificación de su espíritu solo puede venir en armonía con los mandamientos, las promesas, las profecías y las enseñanzas de la Palabra. En cuanto a ser liberado de la vanidad, desea que se haga conforme a los caminos de Dios (119.37). En cuanto a ser liberado de sus enemigos, busca una vivificación conforme a Su misericordia (119.88). Una verdadera restauración tiene que estar alineada con los caminos de Dios, Su Palabra y Su misericordia. Es únicamente por medio de Dios que las profundas necesidades del salmista pueden ser satisfechas.

Versículo 108. נִדְבֹת, *nid'bot*, «sacrificios voluntarios».) El salmista suplica: **Te ruego, oh Jehová, que te sean agradables los sacrificios voluntarios de mi boca.** Usando un término hebreo figurado para «voluntario», נְדָבָה (*n'e'dabah*), derivado del sacrificio de ofrendas, implora a Dios que acepte sus alabanzas, confesiones, testimonio

y agradecimiento. Sus labios están consagrados a Su alabanza, y llama a las palabras de su boca «sacrificios voluntarios», lo que también podría traducirse como «sacrificios de alabanza». El salmista se refiere a las ofrendas como algo que daría, de manera voluntaria, un corazón generoso y rebosante de gratitud.

Sus palabras nos recuerdan Hebreos 13.15: «Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre». El autor de Hebreos estaba enseñando que el sacrificio de Jesús había hecho posible que los siervos de Dios le ofrecieran sacrificios de alabanza y acción de gracias. Este salmista sabe que, mediante su vida en la Palabra y su caminar con Dios, debe abundar en alabanzas voluntarias y agradecidas. Su ofrenda no consiste en un sacrificio animal. Son las palabras de su boca por medio de los sacrificios espirituales de alabanza que ofrecen a Dios.

Este hombre ha sido severamente perseguido, sin embargo continúa ofreciendo alabanzas a Dios. Su mensaje es similar a la exhortación de Pablo a los cristianos de Roma: «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional» (Ro 12.1).

Este siervo quiere que Dios reciba su gozosa adoración y acción de gracias como recibiría los sacrificios animales de un adorador fiel. Está orando para que Dios se complazca con su ofrenda de alabanza.

Los «sacrificios voluntarios de [su] boca» incluyen alabanzas, acción de gracias, confesiones y adoración propiamente dicha. Expresiones similares son frecuentes en los salmos. Por ejemplo, en agradecimiento y alabanza, David cantó: «Alabaré a Jehová conforme a su justicia, y cantaré al nombre de Jehová el Altísimo» (7.17). Otro salmista alzó la voz, alabando a Dios y diciendo: «Clemente y misericordioso es Jehová, lento para la ira, y grande en misericordia. Bueno es Jehová para con todos, y sus misericordias sobre todas sus obras» (145.8, 9). David escribió en alabanza confesional:

Señor, abre mis labios,
Y publicará mi boca tu alabanza.
Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría;
No quieres holocausto.
Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado;
Al corazón contrito y humillado no despreciarás
tú, oh Dios (51.15–17).

El siervo fiel es profundamente consciente de su necesidad de crecer en la Palabra de Dios. En consecuencia, no puede orar sin expresar una ferviente súplica por más enseñanza: **y me enseñes tus juicios**. Sabe que sin entenderlos, no puede obedecerlos. Sin obedecerlos, no puede agradar a Dios.

Una de sus mayores ambiciones es aprender los mandamientos de Dios. Diez veces le pide a Dios que le «enseñe» en la presente oración (vv. 12, 26, 33, 64, 66, 68, 108, 124, 135, 171). Una de las características supremas que Dios desea ver en Sus siervos es el deseo de conocer Su voluntad. No se puede ser un buen estudiante a menos que se desee aprenderla. No se puede ser un siervo bueno y obediente a menos que se haya entregado el corazón al mensaje de la revelación divina dada por Dios.

Versículo 109. (נַפְשִׁי, *napshi*, «Mi vida».) Este hombre ora: **Mi vida está de continuo en peligro**. Regresa a las luchas que lo aquejan y afirma que, sea que muera, viva bien o tropiece, vivirá y avanzará con el cuidado y la protección de Dios. Esta feroz confrontación con hombres impíos le ha quitado tiempo, energía y concentración; sin embargo, ha sido cuidadoso en estudiar los mandamientos de Dios y vivir conforme a Sus leyes.

Su frase «mi vida está de continuo en peligro» ejemplifica un fuerte espíritu de lucha. Parece estar diciendo que arriesga su vida para adherirse firmemente a la palabra de Dios. A pesar de la persecución que le ha sobrevenido, no renunciará a su compromiso con Dios.

Jefté enfrentó una situación similar. Cuando los hombres de Efraín lo criticaron, defendió su actuar, diciendo: «Viendo, pues, que no me defendíais, *arriesgué mi vida*, y pasé contra los hijos de Amón, y Jehová me los entregó...» (Jue 12.3a; énfasis agregado).

En la defensa que Jonatán hizo de David ante su padre, Saúl, presentó un argumento eficaz y convincente con la frase: «... pues *él tomó su vida en su mano*, y mató al filisteo, y Jehová dio gran salvación a todo Israel...» (1° S 19.5a; énfasis agregado). La médium de Endor usó esta frase. La mujer le dijo a Saúl: «He aquí que tu sierva ha obedecido a tu voz, y *he arriesgado mi vida*, y he oído las palabras que tú me has dicho» (1° S 28.21b; énfasis agregado). Job, en su respuesta a Zofar, dijo: «¿Por qué quitaré yo mi carne con mis dientes, y *tomaré mi vida en mi mano*? He aquí, aunque él me matare, en él esperaré» (Job 13.14, 15a; énfasis agregado).

El salmista está haciendo una firme declaración de compromiso, que afirma a pesar de sus difíciles circunstancias. Se niega a rendirse ante los hombres que buscan destruir su vida. En esencia, está diciéndole a Dios: «Mi situación es casi desastrosa. Me enfrento a la destrucción y la muerte a manos de hombres malvados. Ser fiel a ti, oh Señor, me ha llevado al máximo riesgo, esto es, arriesgar mi vida. Sin embargo, no me dejaré influenciar por esta gente diabólica. Cumpliré mi promesa sin importar lo que me hagan. Pongo mi vida en tus manos. Por favor, guárdala y líbrala».

En efecto, está enfrentándose a un gran conflicto. Con tenacidad de espíritu, expresa un precioso «mas» como recordatorio. La palabra «mas» no aparece en el texto hebreo, sin embargo, la idea está presente: **mas no me he olvidado de tu ley**. Ningún odio gélido, ninguna persecución amarga ni ninguna privación desesperada pueden apartar el conocimiento de la Palabra de Dios de la mente de este hombre, ni ningún problema de la vida puede destruir de su corazón la firme determinación de obedecer Su Palabra.

Versículo 110. (נָתַן, *nathan*, «me pusieron».) El salmista sufre porque le **pusieron lazo los impíos**. La persecución generalmente proviene de los impíos, quienes de alguna manera intentan destruir a los justos. Este hombre ve a estas personas siniestras como si le estuvieran tendiendo un «lazo» a él, un hombre justo. Están tratando de hacerlo caer. Quizá la palabra hebrea para «lazo», פַּח (*pach*), se usa aquí como metáfora del plan espiritual de ellos para destruir su corazón justo. También podría indicar un plan concreto que usarán para rodearlo de burlas y acusaciones engañosas.

Una vez más, se inserta un «pero» en la traducción porque la idea está presente en su frase: **Pero yo no me desvié de tus mandamientos**. ¿Cómo responde a las amenazas de estos impíos? En cierto sentido, usa una *fuerte concentración*. No permite que llenen su mente hasta el punto de no poder continuar en su vida espiritual en Dios. Tiene una *determinación tenaz*, ya que mantiene una profunda resolución de nunca dejarse desviar por ellos, aunque intenten matarlo. Además, usa la *observación espiritual*. Reconoce la importancia de las cosas espirituales y se mantiene firme en ellas. Usa el proceso de atracción superior. Llena su mente de Dios y de oración, y no deja espacio para nada más. Sin duda alguna, responde con la *debida atención*. No se sorprende de sus artimañas (2ª Co 2.11), y sabe lo que intentan hacerle. Tam-

bién usa una *afirmación fiel*, pues anuncia quién es y qué debe hacer en cada oportunidad.

Se mantiene fiel a su obediencia y no permite que esos hombres lo intimiden y lo aparten de los preceptos de Dios. Está en una gran batalla, pero sabe que cada enfrentamiento con el enemigo dará como resultado la victoria para el Señor.

Este hombre, en esencia, sigue el esquema que Pedro les dio a los cristianos de Asia Menor. Primero, Pedro los instó a recordar que serían bendecidos si permanecían fieles durante sus pruebas (1ª P 3.14). Segundo, animó a los cristianos a mantener una conciencia intachable mientras eran calumniados para que las mentiras que se les lanzaban fueran imposibles de creer (1ª P 3.16). Tercero, les recordó que es mejor sufrir por hacer lo correcto que rendirse y hacer lo malo (1ª P 3.17). Cuarto, enfatizó que el justo que sufre tiene la gloria de Dios sobre él (1ª P 4.14). El sufrimiento justo es uno de los propósitos a los que los cristianos han sido llamados. En ese sufrimiento, los cristianos siguen los pasos de Jesús (1ª P 2.21). Este tipo de sufrimiento, dijo Pedro, es esperado y no debería sorprendernos (1ª P 4.12). Un discípulo no es mayor que su Maestro (Jn 13.16). La fidelidad en cualquier prueba traerá sufrimiento por causa de la justicia, y esto fortalece nuestra fe (Stg 1.2-4).

Versículo 111. (יִרְשָׁהּ, *nachal*, «He heredado».) El autor agradece a Dios al admitir: **Por heredad he tomado tus testimonios para siempre**. Los testimonios del Señor han sido transmitidos a este hombre, y él los ha recibido con alegría. Se han convertido en su posesión más preciada, y se regocijará en ellos por el resto de su vida terrenal. El verbo hebreo נָחַל (*nachal*) es la palabra típica para heredar un tesoro valioso.

El texto no nos dice cuánta revelación de Dios recibió el salmista. ¿Tiene uno o dos rollos? ¿Posee varios? ¿Tiene todos los rollos que Dios ha inspirado para ser escritos? Las preguntas no tienen respuesta. Se asume que este hombre es Esdras, o al menos alguien similar. En su oración, no da indicios de ser sacerdote, como lo fue Esdras. Esdras 7.6a dice: «este Esdras subió de Babilonia. Era escriba diligente en la ley de Moisés, que Jehová Dios de Israel había dado». Por la providencia de Dios, este salmista ha llegado a poseer algunos rollos o se encuentra cerca de un lugar que le permite acceder a estos testimonios del Señor. Por estar libremente disponibles, puede decir que se han convertido en su herencia espiritual.

Formas de la palabra hebrea *nachal* se usan a

menudo en el Antiguo Testamento para designar un terreno donde se podía vivir y un lugar donde se podía sustentar a la familia. Sin embargo, este salmista usa *nachal* para referirse, en sentido figurado o poético, a un tesoro espiritual. Cualquier hombre con el espíritu de Esdras consideraría la Palabra del Señor como una herencia especial para él y el pueblo de Dios. Se dijo de él: «Abrió, pues, Esdras el libro a ojos de todo el pueblo, porque estaba más alto que todo el pueblo; y cuando lo abrió, todo el pueblo estuvo atento» (Neh 8.5).

Pedro les escribió a los cristianos de Asia Menor y les informó que recibirían una herencia especial de Dios. La descripción que hizo de su herencia es vívida, con cuatro designaciones, a saber: dijo que recibirían «una herencia incorruptible, inmaculada e inmarcesible» y que esta herencia estaba «reservada en los cielos para [ellos]» (1ª P 1.4). Tenían una herencia que no podía ser destruida, degradada ni descolorida con el tiempo. Era un lugar reservado para ellos en el cielo. La herencia de la Palabra es similar. No es solo una herencia presente y accesible, también es un mensaje eterno de parte de Dios. Jamás fallará en su precisión ni perderá su poder.

Los testimonios del Señor son *invaluables*. El autor dice: «Mejor me es la ley de tu boca que milares de oro y plata» (119.72). Cuando las copias de los libros que componen la Biblia son escasas y difíciles de conseguir, estos volúmenes se vuelven más preciados que cualquier posesión terrenal.

Además, el siervo del Señor puede decir: «Estos son míos para siempre». *Su poder es permanente*. Pedro escribió: «Mas la palabra del Señor permanece para siempre» (1ª P 1.25a). El salmista conoce la Palabra lo suficiente como para reconocer y confiar en su poder (119.89). Ora diciendo: «Por tu ordenación subsisten [el cielo y la tierra] hasta hoy» (119.91a). Las palabras de Dios son omnipotentes.

Los estatutos del Señor son *personales en su aplicación*. Es como si hubieran sido escritos exclusivamente para el salmista, y él se deleita en ello. Desea comprenderlas a fondo para poder obedecerlas de manera completa. Busca la compañía de Dios, el Autor de las Escrituras, con todo su corazón (119.2). No quiere que nada ni nadie interfiera en su relación con las verdades de Dios.

Su compromiso personal con la Palabra se hace evidente en la primera línea de esta estrofa (119.105). Ha jurado a Dios que guardará Sus mandamientos justos (119.106). El salmista dice que **son el gozo de su corazón**. Recibe la ley del Señor

con los brazos abiertos y se llena de gozo por ella, y se regocijará mientras viva. Los testimonios del Señor siempre proveerán sustento para su alma y alegría para su corazón.

Versículo 112. (יִתְּנֵנִי, *natiti*, «incliné».) Este hombre expresa su intención de seguir al Señor, pues dice: **Mi corazón incliné a cumplir tus estatutos de continuo, hasta el fin**. Ha contemplado los estatutos de Dios y se propone nuevamente guardarlos «de continuo». Para transmitir la idea, utiliza una línea sintética¹ que incluye la entrega del «corazón» en la primera parte y el cumplimiento de los «estatutos de continuo» en la segunda. Buscará y practicará las palabras de Dios. Las deseará y responderá obedientemente con devota diligencia.

La palabra «incliné» proviene del hebreo יָטַח (*natah*), que puede querer decir «estiré», «esparcí» o «extendí». En este contexto, indica que presentará su corazón como abierto, receptivo y deseoso de comprender los estatutos para obedecerlos.

Podemos inclinar nuestros corazones entregándolos a la instrucción de la Palabra, a la corrección que trae la Palabra y a la repreensión o disciplina que imparte la Palabra. Pablo ofreció cuatro maneras en las que el siervo fiel debe permitir que la Palabra inspirada guíe su mente. Debe usarla para enseñar, reprender, corregir y guiar hacia la rectitud. Estas dimensiones lo prepararían para el servicio (2ª Ti 3.16, 17).

Este salmista le pide a Dios que le enseñe de Sus estatutos (119.108), y ora diciendo: «Enséñame buen sentido y sabiduría, porque tus mandamientos he creído» (119.66). Busca la guía multipropósito de las Escrituras. Le pide a Dios que lo corrija cuando la corrección es necesaria, diciendo: «Muchas son tus misericordias, oh Jehová; vivifícame conforme a tus juicios» (119.156). Incluso encuentra repreensión espiritual en las Escrituras, pues dice: «Antes que fuera yo humillado, descarriado andaba; mas ahora guardo tu palabra» (119.67). Continúa diciendo: «Bueno me es haber sido humillado, para que aprenda tus estatutos» (119.71). Además, dice: «Ella es mi consuelo en mi aflicción, porque tu dicho me ha vivificado» (119.50). Reconoce que el estudio de la Palabra de Dios lo prepara para enseñar a otros, y le menciona a Dios sus esfuerzos por evangelizar: «Con mis labios he contado todos los juicios de tu boca. Me he gozado en el

¹ El paralelismo sintético es una estructura en la que la segunda mitad de la línea completa el pensamiento de la primera mitad.

camino de tus testimonios más que de toda riqueza» (119.13, 14).

El salmista ha prometido estudiar, meditar y vivir «de continuo» según estos preceptos. No dejará que su vida en la Palabra llegue a su fin. El «fin» que prevé tiene que estar refiriéndose al fin de su vida. La frase «de continuo» es la traducción de la palabra hebrea עֹלָם ('*olam*). En este contexto, «fin» transmite la idea de «consumación».

«De continuo», como idea, puede limitarse si el contexto lo exige. La palabra «fin» se asocia simplemente con la conclusión de los asuntos. La devoción del salmista a la Palabra seguirá siendo parte del futuro que Dios tenga para él. Mira hacia su futuro con la mayor anticipación posible. Su fe en Dios le ha enseñado que Dios lo bendecirá y lo protegerá en el futuro, incluyendo el futuro que se extiende más allá de su vida terrenal. Además, su vida en Dios le ha enseñado sobre la naturaleza eterna de Dios. Sabe que Él es el Dios eterno, el Dios «Desde el siglo y hasta el siglo», como se anunció en la alabanza de 90.2. Él pertenece a Dios, y Dios le pertenece a él. Cree firmemente que todo lo que Dios haga en el futuro, lo compartirá con él, Su siervo amoroso.

LA ESTROFA NUN EN HEBREO

- (105) נִרְ-לְרַגְלִי דְבַרְךָ וְאוֹר לְנִתְיָבְתִי :
- (106) נִשְׁבַּעְתִּי וְאֶקְנֶה לְשֹׁמֵר מִשְׁפָּטֵי צְדָקָךָ :
- (107) נִעֲנִיתִי עַד-מָאֹד יְהוָה חֲנִנִי כִדְבָרְךָ :
- (108) נִדְבַּחְתָּ בִּי רֵצָה נָא יְהוָה וּמִשְׁפָּטֶיךָ לְמַדְנִי :
- (109) נִפְשִׁי בְּכַפְּי תִמְיֵד וְתוֹרָתְךָ לֹא שָׁכַחְתִּי :
- (110) נִתְנֶנּוּ רְשָׁעִים פֶּחַ לִי וּמִפְקוּדֶיךָ לֹא תָעִיתִי :
- (111) נִתְלַחֵי עֲדוּתֶיךָ לְעוֹלָם כִּי-שִׁשׁוֹן לְבַי הַמָּה :
- (112) נִטִּיתִי לְבַי לַעֲשׂוֹת חֲקֶיךָ לְעוֹלָם עֲקָב :

APLICACIÓN

Cómo crecer en la piedad (119.105–112)

La oración del autor, en los versículos 105 al 112, ilustra su vida de fe. La piedad no es un paso; es una búsqueda diaria. Implica un tiempo continuo, personal y relacional con Dios. El caminar de este hombre con Dios, que produjo su piedad, tiene características memorables.

El camino. Primero, notamos que la Palabra le señaló el camino que tenía que recorrer. La luz de la Palabra de Dios trazó el camino que había de recorrer. El siervo fiel necesitará no solo luz para sus pies, sino también luz para su camino. La Palabra es ambas cosas: «Tu palabra es lámpara a mis pies y lumbrera a mi camino» (119.105).

Aceptar esta Palabra de Dios trae fe al corazón. La fe solo puede venir por medio de la Palabra. Pablo lo dejó claro: «Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios» (Ro 10.17). La Palabra nos lleva a la salvación que Jesús obtuvo por medio de la cruz: «Porque la palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios» (1ª Co 1.18).

La promesa. En segundo lugar, vemos la promesa que surge de la fe. Se expresa un firme compromiso: «Juré y ratifiqué que guardaré tus justos juicios» (119.106). Andar por fe es un compromiso de seguir la Palabra con una obediencia fiel a los mandamientos de Dios, lo cual da como resultado una verdadera comunión con Dios.

La vida de oración. En tercer lugar, vemos la oración a Dios como nuestro estilo de vida fijo. Este caminar diario con Dios tiene un lado devocional. Era natural para este hombre orar: «Te ruego, oh Jehová, que te sean agradables los sacrificios voluntarios de mi boca, y me enseñes tus juicios» (119.108). Alabar a Dios, darle gracias y presentarle fervientes peticiones eran todo partes integrales de su vida.

La persistencia. En cuarto lugar, vemos que la persistencia es esencial para nuestro camino. Cada siervo de Dios tiene la determinación espiritual de permanecer en el camino fiel de Dios. El salmista oró diciendo: «Mi vida está de continuo en peligro, mas no me he olvidado de tu ley. Me pusieron lazo los impíos, pero yo no me desvíe de tus mandamientos» (119.109, 110). Permanecer en la verdad trae crecimiento, comprensión y paz.

El privilegio. En quinto lugar, reconocemos el gozoso privilegio de vivir en Dios. La vida de un hombre justo se define por su permanencia en la Palabra. Este hombre se dio cuenta de lo que tenía, pues dijo: «Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, porque son el gozo de mi corazón» (119.111). Tuvo el privilegio de pasar el resto de su vida en la tierra agradeciendo los testimonios que tenía, estudiándolos, meditando en ellos, obediéndolos, regocijándose en ellos y enseñándolos a otros. Este estilo de vida le trajo paz y llenó su alma de gozo. Ninguno de nosotros encontrará jamás una mejor manera de vivir.

El desempeño. Sexto, entendemos la necesidad de la acción o el desempeño. La persona justa está comprometida a desarrollar un corazón receptivo para poder obedecer la Palabra. Ha tomado la decisión de mantener su corazón «inclinado» para con la obediencia. Esta iniciativa consumiría el resto

de su vida. Su promesa a Dios fue que guardaría o cumpliría Su Palabra para siempre, incluso hasta el final de su vida terrenal y más allá.

Si observamos este estilo de vida como se refleja en las palabras de Jesús y Pablo, tomamos nota de dos versículos. Aunque inicialmente persiguió a los cristianos, Pablo finalmente escuchó las palabras de Jesús: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt 16.24). En una carta a los cristianos de Galacia, Pablo dijo más tarde:

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Ga 2.20).

«Venir en pos de Jesús» implica negarse a uno mismo y caminar con Él. Tenemos que perder la vida para ganarla. Si elegimos conservarla, la perderemos para siempre. Las palabras de Jesús no tienen un punto medio:

Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas (Mt 6.24; vea 12.30).

Nuestra herencia espiritual (119.111)

El autor ensalzó a Dios, el Dador de las Escrituras, cuando oró: «Por heredad he tomado tus testimonios para siempre, porque son el gozo de mi corazón» (119.111). De las mayores bendiciones que hemos recibido, los mandamientos del Señor encabezan la lista.

El salmista veía los estatutos de Dios como una herencia. Usó la palabra «heredad» para expresar cómo veía este legado de Dios. Estaba dando gracias por la presencia eterna de los estatutos de Dios y su accesibilidad permanente. Es bueno considerar por qué la Palabra es uno de nuestros mayores tesoros.

Por la comprensión que transmite. Una razón por la que podemos encomiar la Palabra de Dios es que es lo único que nos permite comprender los caminos de Dios. Estas verdades clave del reino celestial no son intuitivas. Tenemos que aprenderlas de la revelación que Dios nos ha dado. Tenemos que estudiar, meditar e interiorizar la Palabra.

Podemos confiar en que el entendimiento nos guiará a la luz y la esperanza correctas, porque el desarrollo de la Palabra de Dios nos ilumina. En los testimonios de Dios, el entendimiento es algo de lo que podemos apropiarnos. «Tu siervo soy yo, dame entendimiento para conocer tus testimonios» (119.125).

Por la justicia que imparte. Podemos ensalzar la Palabra porque nos guía hacia Dios y a la manera correcta de vivir. El salmista dijo: «Por eso estimé rectos todos tus mandamientos sobre todas las cosas, y aborrecí todo camino de mentira» (119.128). Quería que Dios estableciera sus pasos en Su Palabra, y oró para que Dios no permitiera que ninguna iniquidad lo dominara (119.133). A quienes siguen la Palabra se les muestra el camino a la comunión con Dios. Deseamos vivir en el poder y la presencia de Dios, y para lograr el objetivo, tenemos que obedecer Sus preceptos.

Porque revela los propósitos de Dios. ¿Qué está haciendo Dios en el mundo y cuál es nuestra participación en ese gran plan? Un estudio de los testimonios de Dios nos revela la vida. Solo las justas ordenanzas de Dios pueden guiarnos a la justicia: «La suma de tu palabra es verdad, y eterno es todo juicio de tu justicia» (119.160).

Porque crea seguridad. Podemos atesorar sin duda la Palabra de Dios gracias a la confianza que nos da. La verdadera paz no puede venir de otra manera: «Mucha paz tienen los que aman [la] ley [de Dios], y no hay para ellos tropiezo» (119.165). El gozo fluye de la paz; no podemos tener uno sin el otro.

Todo siervo del Señor debe unirse a este salmista para alabar a Dios por la herencia de Su Palabra. Puesto que tenemos la revelación completa, debemos alabar diariamente este gran don del Espíritu Santo. Salmos 19.7–9 dice:

La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma;
El testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo.
Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón;
El precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos.
El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre;
Los juicios de Jehová son verdad, todos justos.

La Palabra que sustenta

Estrofa 15: *Sámec*

¹¹³Aborrezco a los hombres hipócritas;
Mas amo tu ley.
¹¹⁴Mi escondedero y mi escudo eres tú;
En tu palabra he esperado.
¹¹⁵Apartaos de mí, malignos,
Pues yo guardaré los mandamientos de mi
Dios.
¹¹⁶Susténtame conforme a tu palabra, y viviré;
Y no quede yo avergonzado de mi esperanza.
¹¹⁷Sosténme, y seré salvo,
Y me regocijaré siempre en tus estatutos.
¹¹⁸Hollaste a todos los que se desvían de tus
estatutos,
Porque su astucia es falsedad.
¹¹⁹Como escorias hiciste consumir a todos los
impíos de la tierra;
Por tanto, yo he amado tus testimonios.
¹²⁰Mi carne se ha estremecido por temor de ti,
Y de tus juicios tengo miedo.

La presente sección constituye una mezcla de peticiones y alabanzas, una expresión de ocho versículos que expresa amor por la Ley y peticiones de fortaleza. Cada línea comienza con la decimoquinta letra del alfabeto hebreo, ם (*samek*). El autor ha usado ocho palabras diferentes que se refieren a la palabra de Dios para comenzar las ocho líneas. En cuanto a los grandes términos para la Palabra de Dios, la sección usa seis de ellos: «ley» (v. 113); «palabra» (vv. 114, 116); «mandamientos» (v. 115); «estatutos» (vv. 117, 118); «testimonios» (v. 119) y «juicios» (v. 120).

Versículo 113. (סְׁפִימִים, *se^a pim*, «hipócritas».) El salmista dice: **Aborrezco a los hombres hipócritas.** Esta frase en hebreo comienza con סְׁפִימִים (*se^a pim*), una palabra que se traduce como «hipócritas». La palabra hebrea se usa solo una vez en el Antiguo

Testamento. En este contexto, describe a un hombre que ha permitido que su interior se fragmente entre lo secular y material, y lo espiritual. Este autor, como alguien que busca y ama la verdad, le dice a Dios que desprecia su asociación con estas personas indiferentes que han invadido su vida.

El salmista dice que estos individuos incompetentes no ofrecen nada de valor a los justos. Carecen de lealtad a la verdad. Obstaculizan la vida de piedad y bondad. Este hombre dice que los desprecia; que se alejará de tales personas.

Usa una palabra fuerte para describir su actitud para con ellos: «aborrezco» (סָׁנֵׁ, *sane'*); los desprecia intensamente. Usa *sane'* cuatro veces en su oración (vv. 104, 113, 128, 163). Dice que aborrece «todo camino de mentira» (119.104, 128). Considera los caminos erróneos como diametralmente opuestos a la verdad de Dios. Tiene la misma opinión de quienes dicen mentiras y falsedades: «La mentira aborrezco y abomino; tu ley amo» (119.163). Según él, simplemente no se puede caminar con Dios a menos que se tenga un corazón sincero. (Vea 1^a Jn 1.5, 6.)

El profeta Elías acusó al pueblo de Israel de estar poseído por una mente dividida que les impedía adoptar la postura correcta para Dios. En su exhortación, los instó a elegir entre un bando u otro: «¿Hasta cuándo claudicaréis vosotros entre dos pensamientos? Si Jehová es Dios, seguidle; y si Baal, id en pos de él» (1^o R 18.21a). Fue un día triste para la causa de Dios y la presentación de Elías cuando, ante este desafío suplicante, «el pueblo no respondió palabra» (1^o R 18.21b). Si hubiéramos podido hablar con Elías después de esta escena desgarradora, seguramente nos habría dicho: «Aborrezco a los hipócritas. ¡Dios no puede lograr nada por medio de ellos!».

Santiago, el hermano de nuestro Señor, usó la forma griega de «doble ánimo», δίψυχος (*dipsuchos*), al referirse a la fe y la confianza que hemos de tener al orar. De una persona que carece de sabiduría, dijo:

Pero pida con fe, no dudando nada; porque el que duda es semejante a la onda del mar, que es arrastrada por el viento y echada de una parte a otra. No piense, pues, quien tal haga, que recibirá cosa alguna del Señor (Stg 1.6, 7).

¿Quién era esta persona dudosa a la que aludía Santiago? Santiago respondió con una sola línea: «El hombre de doble ánimo [*dipsuchos*], es inconstante en todos sus caminos» (Stg 1.8).

El salmista continúa orando: **Mas amo tu ley.** Tiene aborrecimiento y amor en su corazón. Ama la ley de Dios. Está lleno de amor por Dios y Su verdad, lo cual infunde en él aborrecimiento por la doble moral. El autor establece un vívido contraste entre su postura y la de quienes lo rodean. Ha elegido una lealtad singular a la Palabra. Quienes se le oponen son tibios en cuanto a su visión de Dios y su adhesión a Su verdad.

Este hombre tiene una devoción que se mantendrá firme ante toda oposición. Es una lealtad «fiel hasta la muerte» (Ap 2.10). Revela su dedicación en 119.34, diciendo: «Dame entendimiento, para que guarde tu ley y la guarde con todo mi corazón». Sin embargo, sus asociados de doble ánimo le causan asco tanto a Dios como a él. Podría decir de ellos, como Jesús dijo de la iglesia de Laodicea: «... pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca» (Ap 3.16).

Versículo 114. (סִתְּרִי, *sit'ri*, «mi escondedero».) Este hombre se consuela diciéndole a Dios: **Mi escondedero y mi escudo eres tú.** Cuando vuelve a enfrentarse a las pruebas que se avecinan, desea que Dios lo envuelva en Su poderosa protección. Su situación exige ser salvaguardado de dos maneras: le pide a Dios que sea su «escondedero» (סִתְּרִי, *sathar*) y su «escudo» (מָגֵן, *magen*). Para él, la visión de estar escondido en Dios es el sueño supremo. En Dios, estará oculto de los malhechores que buscan interrumpir su ambición de caminar con Dios mediante el estudio cuidadoso y la aplicación diaria de Su revelación.

En cuanto a *sathar*, «escondedero» parece ser la traducción más efectiva. La palabra supone la idea de cobertura total y ocultamiento verdadero. Su oración es muy similar a la de 32.7. «Tú eres mi refugio [*sathar*]; me guardarás de la angustia; con

cánticos de liberación me rodearás». Este hombre es muy consciente de que sus circunstancias exigen un lugar seguro, y está convencido de que solo Dios puede concedérselo. Su súplica se asemeja a la oración de 61.2, que dice: «Desde el cabo de la tierra clamaré a ti, cuando mi corazón desmayare. Llévame a la roca que es más alta que yo».

Además, incorpora la figura de un escudo protector en su petición: «mi escudo [*magen*] eres tú». Esta palabra hebrea se refiere a un pequeño escudo que un guerrero llevaba en el brazo. El combatiente lo usaba para protegerse de las flechas y dardos que le lanzaba el enemigo. Con estas figuras, el salmista invoca a Dios para que lo proteja y defienda. En resumen, el autor de Salmos 28 ofreció una alabanza reivindicativa: «Jehová es mi fortaleza y mi escudo [*magen*]; en él confié mi corazón, y fui ayudado, por lo que se gozó mi corazón, y con mi cántico le alabaré» (28.7). En 91.2, la firme devoción del salmista a Dios lo impulsó a orar: «Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios, en quien confiaré».

Este hombre completa su pensamiento en la última parte del versículo: **en tu palabra he esperado.** Dios le ha hecho promesas, y ahora espera con fe que las Escrituras se cumplan en él. Dios jamás deja de cumplir Sus promesas. Con expectativa, este siervo anhela ver los beneficios de la Palabra en su vida.

Anticipar las promesas de Dios ha sido una ambición común para el autor. En esta oración, habla cinco veces de su disposición a «esperar» (vv. 43, 74, 81, 114, 147). Ora diciendo: «Los que te temen me verán, y se alegrarán, porque en tu palabra he esperado» (v. 74). También ora: «Desfallece mi alma por tu salvación, mas espero en tu palabra» (v. 81). Siempre presta la debida consideración a la Palabra con un espíritu de espera cuando ora. Por ejemplo, dice: «No quites de mi boca en ningún tiempo la palabra de verdad, porque en tus juicios espero» (v. 43).

La espera en Dios de este hombre no debe interpretarse como ociosidad, ya que anticipa las acciones de Dios. El término hebreo para «esperar», יָחַל (*yachal*), transmite las ideas de confianza y esperanza. Es un verbo activo y vibrante. Este hombre simplemente no se sienta, mirando el camino y contemplando la posibilidad de la llegada de Dios. En lugar de ello, el siervo fiel cree y espera en Dios, incluso cuando Él retrasa Su venida. Además, su confianza en Dios lo impulsa a ocuparse en guardar la Palabra mientras espera

el regreso de su Señor. Seguramente, al hacerlo, reflexionará con expectación sobre las promesas de la Palabra. Meditará en la fidelidad de Dios y permitirá que Dios lo guíe por medio de la prueba que está experimentando. Su triple misión incluye aplicar los preceptos de Dios, anticipar Su fidelidad y pedir Su guía.

Versículo 115. (סורו־מִמֶּנִּי, *suru-mimmeni*, «Apartaos de mí».) El salmista proclama: **Apartaos de mí, malignos.** Se entrega a la obediencia y a una vida con Dios, y no permitirá ninguna interferencia de los malhechores que lo rodean. Su clamor es una orden directa, como diciendo: «¡Salgan de mi vida, malvados! ¡No los necesito, y no deseo asociarme con ustedes!». Interrumpe su oración para hablarles directamente a sus enemigos. Su imperativo tiene la esencia de una fuerte súplica imprecatoria similar a la de 139.19, que dice: «¡De cierto, oh Dios, harás morir al impío; apartaos, pues, de mí, hombres sanguinarios». Ese autor estaba lidiando con los enemigos de Dios y oraba por su expulsión. No podía permitir que nadie tratara mal a Dios. Continuó diciendo de este pueblo: «Porque blasfemias dicen ellos contra ti; tus enemigos toman en vano tu nombre. ¿No odio, oh Jehová, a los que te aborrecen, y me enardeczo contra tus enemigos?» (139.20, 21).

En 119.115, el mandamiento tiene tres reconocimientos. En primer lugar, se usa como un *reconocimiento* indirecto de liberación, como se ve en 6.8, donde dice: «Apartaos de mí, todos los hacedores de iniquidad; porque Jehová ha oído la voz de mi lloro». El hombre que desea la vida y ama la longevidad tiene que tomar la decisión que dice: «Apártate del mal, y haz el bien» (34.14a; 37.27a). La oración en 101.4 es la resolución de un corazón arrepentido: «Corazón perverso se apartará de mí; no conoceré al malvado».

En segundo lugar, y a la inversa, es un profundo *reconocimiento de la presencia del mal*. El mal anda libre entre estas personas, y no se ha hecho nada al respecto. Permanece y se le tiene que eliminar.

En tercer lugar, la oración implica un *reconocimiento purificador*. Es un claro llamado a la destrucción del mal, una oración conmovedora para que Dios lo juzgue. La oración es una petición amplia e íntegra por el señorío de la justicia.

El salmista desea distanciarse de sus enemigos para él [guardar] los mandamientos de su Dios. El propósito que tiene para eliminar el mal se refleja en su profundo deseo de liberarse de gente impía para no verse obstaculizado en su observancia de la

Palabra. Su oración es por la voluntad y la gloria de Dios. Se ha dedicado a aprender y permanecer en la voluntad de Dios, y no tolerará interrupciones.

La consagración tiene que surgir de la concentración. Puede que tengamos la capacidad de hacer grandes cosas en el mundo. Sin embargo, si no nos enfocamos o no podemos concentrarnos, no lograremos mucho. Un incendio en la pradera tiene gran poder, sin embargo, está extendido. Por lo tanto, solo destruye lo que está sobre la tierra, en la superficie del campo. Sin embargo, un soplete, con su calor y fuerza concentrados, puede cortar casi cualquier tipo de metal y destruir no solo lo que está sobre la superficie, sino la superficie misma, así como todo lo que está debajo.

Un hombre con habilidades naturales promedio que se concentra en la Palabra de Dios —que la estudia, medita en ella y la pone en práctica— se convertirá rápidamente en un hombre fuerte de Dios. Juntos, su consagración y concentración crearán un enfoque profundo que dará como resultado una vida dedicada y piadosa.

El salmista podría decir con honestidad: «Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré; que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová, y para inquirir en su templo» (27.4).

Versículo 116. (סַמְכֵנִי, *samkeni*, «Susténtame».) Este hombre le implora al Señor: **Susténtame conforme a tu palabra, y viviré.** Entiende que la Palabra es el alimento espiritual que lo vivifica y permite que su alma crezca. Ningún crecimiento espiritual real puede darse sin un alimento espiritual adecuado.

La palabra hebrea para «susténtame», סַמְכֵנִי (*samak*), puede traducirse como «establecer», «sostener» o incluso «apoyar fuertemente». *Samak* no es la misma palabra que se usa en el versículo 117 para «sosténme» (סָעַד, *sa'ad*), sin embargo, es similar.

Este hombre desea fortalecer su espíritu y su cuerpo. Anhela las palabras «conforme a» o «según»: «Se deshace mi alma de ansiedad; susténtame según tu palabra» (119.28). Una oración por el poder sustentador de Dios constituye la parte positiva de este versículo, pues el salmista desea llevar una vida invencible. Cuando pide «vida», pide la vida verdadera que se encuentra en Dios. Es abundante en perdón, paz, protección y esperanza.

Este siervo sabe que su oración tiene que estar en armonía con los pensamientos de Dios. Tenemos que tener el espíritu apropiado cuando

le pedimos a Dios, de lo contrario, nuestras oraciones podrían no ser escuchadas. David ilustró esta verdad, diciendo: «Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente» (51.12). La oración que pide fortaleza tiene que hacerse con un espíritu sumiso. Dios ha prometido un cuidado providencial para los justos, y se dedica a guardar a los que andan según Su corazón, a saber: «La boca del justo habla sabiduría, y su lengua habla justicia. La ley de su Dios está en su corazón; por tanto, sus pies no resbalarán» (37.30, 31). El Señor Jesús, en Sus conversaciones con Sus discípulos la víspera de Su crucifixión, resumió el significado de la frase «conforme a tu palabra». Les dijo a Sus apóstoles: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho» (Jn 15.7).

El salmista también le suplica a Dios: **y no quede yo avergonzado de mi esperanza**. Esta idea sobre la integridad constituye la cláusula con negación de la suplica. Está dejando atrás sus miedos con una fe genuina. Está diciendo: «No permitas que en el futuro descubra que Tus promesas no son reales». Ha anclado su vida en la esperanza eterna, la única que Dios da. No quiere descubrir más adelante que tiene una esperanza insustancial y sin fuerza. Suplica por las promesas y el carácter de Dios mientras ora.

La palabra hebrea para «avergonzado», בֹּשָׁת (bosh), puede traducirse como «confundido», «aturdido», «decepcionado» o «apenado». El autor usa *bosh* en su oración seis veces: cinco veces en relación consigo mismo (vv. 6, 31, 46, 80, 116) y una vez en referencia a otros (v. 78). Respecto a sí mismo, dice que no soporta la idea de avergonzarse de su comprensión u obediencia a la Palabra: «¡Ojalá fuesen ordenados mis caminos para guardar tus estatutos! Entonces no sería yo avergonzado [bosh], cuando atendiese a todos tus mandamientos» (119.5, 6).

Su anhelo es poder hablar ante reyes y otros dignatarios con conocimiento y sin vergüenza (119.46). Por seguir diligentemente la Palabra, implora al Señor que no lo avergüence (119.31). Ora para que los arrogantes sean avergonzados, pues han subvertido a otros con mentiras y falsedades (119.78). Busca tener un corazón intachable en cuanto a su obediencia para no ser avergonzado como siervo fiel de Dios (119.80). En el versículo 116, vemos que desea ser hallado vivo y sin vergüenza cuando reciba la fuerza sustentadora del Señor.

Versículo 117. (סָעֵדֵנִי, *se'aden*, «Sosténme».) El

salmista le pide a Dios que le [sostenga], y [será] salvo. Este sostén es de naturaleza espiritual. La palabra hebrea para «sostener», סָעָד (sa'ad), también puede traducirse como «apoyar», «sustentar» y «permanecer». Desea estar espiritualmente sano para poder ser firme en su obediencia. (Vea 18.35; 20.2; 41.3; 44.18.)

El Señor no sostiene a Su pueblo librándonos de todo enemigo, de toda circunstancia adversa ni de toda dificultad que enfrentemos. Nos da la disciplina espiritual que la vida exige para que podamos vencer o permanecer fuertes ante un torrente de pruebas. A veces hace que esos momentos de disciplina brillen con fuerza para que podamos verlos en medio de nuestras luchas. Luego nos fortalece en cada uno de esos momentos. En Su providencia, nos libra de las pruebas, en medio de ellas y por medio de ellas.

El siervo cree que Dios actúa en su vida, pero no siempre puede explicar cómo lo hace. Puede decirle a Dios: «Me diste asimismo el escudo de tu salvación; tu diestra me sustentó, y tu benignidad me ha engrandecido» (18.35). Reconocemos que Dios nos ayuda, sin embargo, no siempre comprendemos Sus métodos. Solo podemos expresar un deseo de ayuda para un hermano: «[Dios] te envíe ayuda desde el santuario, y desde Sion te sostenga» (20.2).

El Señor tiene numerosas maneras en las que obra a favor de los justos. Por lo tanto, podemos decir: «Jehová lo guardará [al justo] y le dará vida, [el justo] será bienaventurado en la tierra; y [Dios] no lo entregará a la voluntad de sus enemigos» (41.2). ¿Cómo hace el Señor estas cosas? No lo sabemos; solo sabemos que las hace conforme a Su voluntad. El justo dice: «Cuando yo decía: Mi pie resbala, tu misericordia, oh Jehová, me sustentaba. En la multitud de mis pensamientos dentro de mí, tus consolaciones alegraban mi alma» (94.18, 19).

El salmista pide seguridad para **[regocijarse] siempre en los estatutos** de Dios. Este hombre anhela ser sostenido en su obediencia. Quiere «[regocijarse] siempre en los estatutos». No quiere perder su devoción, esto es, su fervor espiritual por guardar la Palabra.

Nuestra actitud de respeto para con las leyes del Señor nos impulsa a obedecerlas, gozar de ellas y vivir en ellas. Este hombre ora diciendo: «Me regocijaré en tus estatutos; no me olvidaré de tus palabras» (119.16). Expresa este pensamiento en una resolución en el versículo 47, diciendo: «Y me regocijaré en tus mandamientos». Se ha dicho:

«Mientras estoy trabajando en algo, no quiero dejar de asombrarme en ello». Cuando un hombre de Dios pierde el amor por la Palabra, puede que incluso pierda la vida de la Palabra.

Versículo 118. (שָׁלִיטָה, *salita*, «Hollaste».) Este hombre reconoce ante Dios: **Hollaste a todos los que se desvían de tus estatutos.** Toda persona tiene que confrontar la temible verdad de este versículo. Cuando la persona impenitente continúa su vida descarriada, Dios eventualmente la dejará en su pecado y pasará de él. Si una persona conoce el camino de la verdad, pero se aparta del mismo y permanece en pecado, comenzará a distanciarse de Dios, lenta y quizás imperceptiblemente.

Este aterrador pensamiento es declarado como real en Hebreos. El autor, en referencia a quienes se habían apartado de la verdad, les dio a sus lectores una advertencia escalofriante:

Porque *es imposible* que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (He 6.4–6; énfasis agregado).

De este pasaje se desprende que puede llegar un momento en que una persona haya cruzado el punto de no retorno y haya desperdiciado su vida. Ha perdido su oportunidad de redención. (Vea 1ª Jn 5.16; Mr 3.29; Lc 12.10.)

¿No fue este el caso de Herodes Antipas, el rey de Galilea, quien tuvo la oportunidad de entrevistar personalmente a Jesús? Lo interrogó extensamente, pero Jesús no le respondió nada (Lc 23.9). De haber habido alguna esperanza para este rey, Jesús seguramente le habría ofrecido alguna palabra de salvación. Debido a su corazón endurecido para con el Hijo de Dios y al gran plan de Dios para el mundo, Dios dejó a Herodes y pasó a salvar a otros.

Herodes tuvo que haber cometido el pecado imperdonable mencionado por Jesús en Mateo 12. Se había apartado de la verdad eterna que el Espíritu Santo le había presentado en la Persona de Jesús, el Hijo de Dios. Puede que Pablo haya estado hablando de esta condición pecaminosa cuando escribió: «... los cuales, después que perdieron toda sensibilidad, se entregaron a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza» (Ef 4.19). Pablo reveló de una manera vívida que

una de las mayores tragedias de la vida ocurre cuando Dios entrega a una persona a su pecado. Sus palabras están cargadas de imágenes de la maldad del pecado: «Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos» (Ro 1.24). Cuando llega un momento en la vida de una persona en que toda esperanza se desvanece, Dios tiene que entregarla al camino que ha elegido. Pablo describió la terrible idea de que Dios entrega a las personas a «las concupiscencias de sus corazones» (1.24), a «pasiones vergonzosas» (1.26) y a «una mente reprobada» (1.28).

Dios tiene que tratar a los infieles de esta manera, **porque su astucia** la de los infieles **es falsedad**. Esta verdad está ante nosotros, y nadie puede negarla ni ignorarla. De hecho, ninguna «falsedad», de ningún tipo, tiene valor. La verdad finalmente triunfa, mientras que la falsedad siempre fracasa. Las mentiras, por ser inherentemente malas, no pueden triunfar.

La «falsedad» adopta diversas formas. Las riquezas pueden ser engañosas (Mt 13.22); el engaño puede hallarse en los deleites pecaminosos de este mundo (He 11.25). Puede encontrarse en las lenguas de hombres malvados, y es evidente en las palabras y discursos de los falsos maestros (36.3). La falsedad es propia del pecado (He 3.13). Cuando los seres angelicales se rebelaron contra Dios, crearon el pecado. El pecado es mayor que Satanás porque el pecado convirtió a un ángel rebelde en Satanás. El pecado solo tiene un camino: hacia una maldad más profunda. Es imposible que el pecado se arrepienta o sea redimido por sí mismo.

El engaño puede estar tan arraigado en nuestros corazones que nos engañamos a nosotros mismos. El Espíritu Santo advirtió sobre esta verdad: «Nadie se engañe a sí mismo; si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase ignorante, para que llegue a ser sabio» (1ª Co 3.18). El engaño siempre se pone del lado del enemigo. Nuestros verdaderos amigos nos llevan a la verdad, pero los besos del enemigo son engañosos (Pr 27.6).

Versículo 119. (שִׁימָה, *sigim*, «como escorias».) El salmista le agradece a Dios porque **como escorias [hizo] consumir a todos los impíos de la tierra.** La palabra hebrea para «escorias», שִׁימָה (*sig*), aparece al principio de esta línea. La ubicación de *sig* indica que debe recibir énfasis. Este hombre está aseverando que Dios ha juzgado todo mal y lo considera basura. El verbo hebreo en pasado שָׁחַת

(*shabath*), que se traduce como «consumir», indica la continuación del juicio de Dios. Lo ha juzgado en el pasado, lo juzga ahora y lo juzgará en el futuro. Dios nunca ha cambiado y nunca cambiará Su perspectiva sobre la naturaleza reprensible del pecado. Para Él, es «escoria», uno de los rasgos de carácter más fútiles que existen. Cualquiera que intente encontrarle valor es necio.

El autor usa la palabra para «impíos» (רשע, *rasha'*) seis veces en este salmo (vv. 53, 61, 95, 110, 119, 155), sin embargo, cinco de esas veces se refiere a quienes han hecho suya la maldad. El versículo 119 es el único ejemplo que involucra el juicio de Dios sobre los impíos. El autor podría unirse a otro salmista, quien dijo: «Reprendiste a las naciones, destruiste al malo, borraste el nombre de ellos eternamente y para siempre» (9.5).

Dios ha juzgado a los impíos, sin embargo, el mal también los ha juzgado. Con el tiempo, «Matará al malo la maldad, y los que aborrecen al justo serán condenados» (34.21). La maldad se aprovecha de quien la comete y le paga con la moneda de la muerte (Ro 6.23).

Dios mismo le dijo al impío: «¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca?» (Sal 50.16). Después de Su pregunta, Dios continuó diciendo que los impíos aborrecen la disciplina, rechazan Sus palabras, consienten el hurto, se asocian regularmente con el adulterio, hablan con lenguas malvadas cada vez que abren la boca y calumnian constantemente, incluso contra sus hermanos (50.17–21). Dios dijo que había guardado silencio cuando los impíos se burlaron de Su voluntad, pero que juzgaría la maldad y la haría pedazos en Su propio tiempo (50.22, 23).

Aunque este hombre ora: «Como escorias hiciste consumir a todos los impíos de la tierra», no quiere decir que la tierra haya sido purificada de la maldad. Eventualmente, Dios quitará a todos los malvados. La frase da la sensación de que Dios ha juzgado la maldad absolutamente y tiene planes firmes para erradicarla. La minuciosidad de Su juicio será evidente algún día.

Debido al justo juicio de Dios, el salmista relata: **por tanto, yo he amado tus testimonios**. Puede regocijarse en el camino que ha elegido porque conduce a un futuro hermoso y puro, un lugar y un tiempo donde mora la justicia.

Versículo 120. (סַמָּר, *samar*, «estremecido».) El autor admite que teme al Señor, pues dice: **Mi carne se ha estremecido por temor de ti**. Concluye la estrofa con una descripción de su alto y sano

respeto por la santidad del Señor. La razón de su «temor» puede describirse de tres maneras.

Primero, puede que esté diciendo que Dios está lleno de compasión y de justicia; es decir, alberga en su corazón dos grandes visiones de Dios. Esta doble comprensión de Dios se expresa en Salmos 145, que dice: «Jehová guarda a todos los que le aman, mas destruirá a todos los impíos» (145.20). (Vea Ro 11.22.) Al considerar la justicia de Dios, se estremece con el temor que un hombre debería experimentar al comprender la magnitud de la santidad de Dios. El pueblo en el monte Sinaí tembló ante esa visión y se mantuvo a distancia del monte. Moisés dijo: «Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos» (Ex 20.18).

En segundo lugar, el autor podría estar diciendo: «No quiero tener nada que ver con Tus justos juicios sobre el pecado». Compartía el sentimiento de otro salmista que dijo: «No me arrebatas juntamente con los malos, y con los que hacen iniquidad, los cuales hablan paz con sus prójimos, pero la maldad está en su corazón» (Sal 28.3). Dios juzgará la maldad de una manera trágica y horrible, pues Su justicia lo exige. El primer salmo insta al lector a alejarse de los impíos. Tenemos que alejarnos, con una determinación firme, de cualquier asociación con la maldad. Al hacerlo, evitaremos su influencia, su filosofía y su destino (1.1, 4–6).

En tercer lugar, el autor podría estar estremeeciéndose ante la idea de traicionar a su Dios amoroso. Sabe que Dios tiene que juzgar la maldad. Desea agradecerle a Dios con fiel obediencia.

Jesús, el Hijo de Dios, y Juan, Su apóstol, describieron ese juicio de los impíos con mayor viveza que cualquier otro profeta del Antiguo o del Nuevo Testamento. Respecto a su naturaleza abrumadora, Jesús comparó el juicio de Dios sobre los impíos con un bautismo del «Espíritu Santo y fuego» (Mt 3.11). Respecto a su naturaleza restrictiva, lo llamó «el horno de fuego» (Mt 13.42). Respecto a su vastedad, Juan lo describió como un «lago de fuego» (Ap 20.10). Respecto a su naturaleza duradera, Jesús lo llamó «castigo eterno» (Mt 25.46). Respecto a su naturaleza sufriente, Jesús lo describió como un lugar de «lloro y [...] crujir de dientes» (Mt 13.42).

El salmista dice: **y de tus juicios tengo miedo**. Dios es fuego consumidor en el sentido de Sus juicios. El autor de Hebreos lo expresó claramente: «Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza,

yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. ¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!» (He 10.30, 31).

El hombre de Salmos 119 sabe que Dios es un manantial de gracia para quienes aman Su Palabra y le obedecen. Sin embargo, también ha tenido que reflexionar profundamente sobre los impíos debido a su confrontación con ellos. Reconoce que Dios tiene un foso ardiente de juicio eterno esperando a quienes rechazan Su Palabra. Aquí no hace ninguna referencia específica a la Palabra, excepto con el término «juicios».

LA ESTROFA SÁMEC EN HEBREO

- סְעַפִּים שְׁנֵאתִי וְהוֹרַתָּ אֶהְבֵּתִי : (113)
 סְתָרֵי וּמְגִנֵי אֶתָּה לְדַבְרֶךָ יִחַלְתִּי : (114)
 סְוֵרו־מַמְנֵי מַרְעִים וְאַצְרָה מִצְוַת אֱלֹהֵי : (115)
 סְמִכְנֵי כְּאִמְרַתְךָ וְאַחֲיָהּ וְאַל־תִּבְיֹשְׁנִי מִשְׁבָּרֵי : (116)
 סְעָרְנִי וְאוֹשָׁעָה וְאַשְׁעָה בְּחַקֶּיךָ תָּמִיד : (117)
 סְלִית כָּל־שׁוֹגִים מִחַקֶּיךָ כִּי־שֹׁקֵר תִּרְמִיתָם : (118)
 סְגִים הַשֶּׁבֶת כָּל־רְשָׁעֵי־אָרֶץ לְכֹן אֶהְבֵּתִי (119)
 עֲדַתֶּיךָ :
 סְמַר מִפְּחָדְךָ בְּשָׂרֵי וּמִמְשַׁפְּטֶיךָ יִרְאֵתִי : (120)

APLICACIÓN

Aplicación del tema: El temor de Dios

No podemos impugnar la rectitud del salmista, quien dijo: «Maravillosos son tus testimonios; por tanto, los ha guardado mi alma» (119.129) y «He practicado el derecho y la justicia» (119.121a). No encontramos ninguna razón para desacreditar sus afirmaciones. Tras leer todo su salmo, podemos afirmar que fue un hombre que buscó vivir la Palabra con diligencia, fidelidad y gozo. Tenía una relación con Dios difícil de imitar para cualquiera de nosotros, sin embargo, nos gozamos de que nos haya dejado un ejemplo asombroso. Nuestro juicio de él se resume mejor en dos palabras: «inculpabilidad» y «credibilidad».

Nos sorprende leer sobre su temor de Dios al final de la estrofa, donde dijo: «Mi carne se ha estremecido por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo» (119.120). Nos preguntamos: «¿Acaso este hombre no tiene una relación tranquila y pacífica con su Dios? Si es así, ¿por qué le teme?» La respuesta a nuestras preguntas reside en los matices únicos de significado de la frase «el temor de Dios».

Temor sano. Tenemos que reconocer que el temor de Dios puede incluir un respeto sano. El amor genuino de Dios tiene este tipo de temor, como se indica en Eclesiastés 12.13. El autor lo usó al

concluir su búsqueda: «El fin de todo el discurso oído es este: Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre». También sería el tipo de temor que Lucas tenía en mente cuando dijo: «Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo» (Hch 9.31).

Los cristianos recordamos este temor cuando vemos la destrucción del pecado mediante los juicios de Dios. Este autor había visto pruebas de que Dios eventualmente eliminará «como escorias [...] a todos los impíos de la tierra». Este pensamiento lo llevó a decir: «he amado tus testimonios» (Sal 119.119). Impulsado por el poder y la naturaleza santa de Dios, como se ve en el destino que Él les había dado a los malvados, oró: «Mi carne se ha estremecido por temor de ti, y de tus juicios tengo miedo» (119.120).

Temor natural. El temor de Dios también puede considerarse temor natural. Este es el tipo de temor que se siente de manera natural cuando se contempla la grandeza de Dios. Los israelitas se sintieron invadidos por este temor cuando vieron a Dios dividir el mar Rojo (Ex 14.31). ¿Cómo podría alguien ver esta gran liberación y no temblar en su corazón?

Cuando el Señor descendió sobre el Monte Sinaí y le estaba dando los Diez Mandamientos a Moisés, ¡qué espectáculo tuvo que haber sido! Éxodo 20.18 dice: «todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba...». Moisés les dijo: «No temáis; porque para probaros vino Dios, y para que su temor esté delante de vosotros, para que no pequéis» (Ex 20.20).

Temor desobediente. Otro tipo de temor puede ser el temor desobediente. Quienes han vivido en desobediencia y han llegado a la muerte o al juicio se verán invadidos por este tipo de temor. En esos momentos, verán lo terrible que es caer en las manos del Dios vivo (He 10.31). El autor del libro de Hebreos nos exhortó diciendo:

Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés, por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta

al Espíritu de gracia? (He 10.26–29).

¿Qué clase de temor se apoderará de quienes han rechazado el evangelio de Cristo, el plan redentor de Dios, cuando comparezcan ante Él en juicio? Isaías se refería a este pensamiento cuando escribió: «Métete en la peña, escóndete en el polvo, de la presencia temible de Jehová, y del resplandor de su majestad» (Is 2.10). Jesús nos recordó este temor cuando dijo: «Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno» (Mt 10.28).

Temor por ignorancia. Otro tipo de temor que no se puede ignorar es el temor por ignorancia. Es el temor a lo desconocido. Quienes ignoran la Palabra de Dios no han estudiado sobre Dios ni han recibido enseñanzas sobre Él, sin embargo, pueden ver Su grandeza en el mundo creado que los rodea. No pueden afirmar saber mucho de Él, pero sí saben lo que el mundo natural les enseña. Pablo dijo:

Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa (Ro 1.20).

En resumen, Dios desea que le tengamos un profundo respeto. Dios siempre estará por encima de nosotros y más allá de nosotros. Sabemos demasiado de Él como para llenarnos de temor natural o temor por ignorancia. Nuestras vidas en Cristo eliminan el temor desobediente. Sin embargo, del siervo del Señor, junto con su amor a Dios, se puede decir: «el temor de Jehová será su tesoro» (Is 33.6c). Este temor sano jamás debe

abandonarnos.

(Viene de la página 16)

oramos sin cesar, tenemos pensamientos puros y anhelamos la salvación— andamos en el camino que ella nos indica. Si encontramos nuestro camino mediante el estudio y la asimilación del mensaje de Dios, reconocemos que es el camino para que otros también vivan. El salmista se entristeció al ver a personas que no estaban siguiendo las enseñanzas de la revelación de Dios (119.158).

Satisfecho con la Palabra. Una persona de corazón íntegro se deleita amorosamente en la Palabra de Dios. Un corazón así reconoce su belleza y bendición. Un buen padre ve la bondad de sus hijos y se complace en sus excelentes cualidades. No se centra en su inmadurez. La persona de buen corazón encuentra esperanza y gozo en la verdad de Dios. Este es el resultado natural del enfoque que este corazón ha adoptado para con la verdad divina. Nada, ni siquiera los problemas, puede quitar la preciosidad de la Palabra del corazón de un hombre así. El salmista dijo: «Aflicción y angustia se han apoderado de mí, mas tus mandamientos fueron mi delicia» (119.143). Este deleite en Dios y Su Palabra surgió del amor.

Todo siervo de Dios tiene que recordar dos hechos respecto a la verdad divina de Dios. Primero, con la excepción de Jesús y el Espíritu Santo, Su verdad constituye el don más valioso y duradero que Dios ha dado a Su pueblo. Segundo, no tenemos esperanza, consuelo ni relación con Él excepto permaneciendo en la revelación divina que Dios nos ha dado. Si no usamos la Palabra de Dios y nos deleitamos en ella, hemos desechado el mayor tesoro que Dios nos ha dado.

primordial en nuestros corazones: «Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor» (1ª Co 1.9). Este hombre sustentó su oración con grandes afirmaciones, diciendo: «De generación en generación es tu fidelidad» (119.90); y «Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles» (119.138).

Nuestra fe tiene que incluir varios elementos para agradar a Dios. Hebreos 11.6a dice: «Pero sin fe es imposible agradar a Dios». Esta es una fe que acepta lo que Dios ha dicho y actúa conforme a Su Palabra con confianza y amor. Reconocer la fidelidad de Dios constituye la base de una fe genuina. No se puede aceptar Su Palabra sin creer firmemente en Su integridad. De hecho, gracias a la fidelidad de Dios, aceptamos Su Palabra y actuamos conforme a ella con una obediencia sumisa.

En cualquier conversación sobre el silencio de Dios, tenemos que llegar a la conclusión de que hemos de manifestar confianza y obediencia en nuestras vidas, independientemente de nuestras circunstancias. Si Dios decide retrasar Su respuesta a cualquier petición que le hayamos hecho, tenemos que permitirle tomarse el tiempo que considere necesario para responder nuestras oraciones. Además, tenemos que ser conscientes de que no será tiempo perdido.

Es cierto que esperar en Dios a menudo nos hará derramar lágrimas. Cuando Dios parece guardar silencio, tenemos que soportar nuestras circunstancias con una fe que confía en que Él hará todo bien. Tenemos que caminar obedientemente con Dios, incluso cuando no podemos ver adónde nos está guiando.

«Os saludan todas las iglesias de Cristo» (Romanos 16.16).